

LE MONDE  
diplomatique

Noam Chomsky / Chantal Mouffe  
Ignacio Ramonet / Wolfgang Streeck  
Serge Halimi / Judith Butler

Prólogo: Pedro Brieger

# Neofascismo

De Trump a la extrema  
derecha europea



**ci** Capital intelectual

Ediciones *Le Monde diplomatique* «el Dipló»  
Capital intelectual

# **Neofascismo**

De Trump a la extrema derecha europea

Prólogo:

**Pedro Brieger**

**Chantal Mouffe**

**Alain Badiou**

**Serge Halimi**

**Wolfgang Streeck**

**Cédric Gouverneur**

**Ignacio Ramonet**

**Étienne Balibar**

**y otros**

Entrevistas a:

**Noam Chomsky**

**y Judith Butler**

Neofascismo : de Trump a la extrema derecha europea / Pedro Brieger ...  
[et al.] ; compilado por Luciana Rabinovich ; coordinación general de  
Creusa Muñoz ; dirigido por José Natanson.- 1a ed compendiada. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2019.  
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-614-579-4

1. Análisis de Políticas. I. Brieger, Pedro. II. Rabinovich, Luciana, comp.  
III. Muñoz, Creusa, coord. IV. Natanson, José, dir.  
CDD 320

© de la presente edición, Capital Intelectual S.A., 2017

**Capital Intelectual S. A.** edita, también, el periódico mensual *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur.

Director: José Natanson

Coordinadora de la **Colección Le Monde diplomatique**: Creusa Muñoz

Editora: Luciana Rabinovich

Diseño de tapa: Raquel Cané

Diagramación de interior: Carlos Torres

Traductores: Ignacio Barbeito, Aldo Giacometti, Florencia Giménez Zapiola,  
Virginia Higa, Patricia Minarrieta, María del Carmen Rodríguez, Bárbara Poey  
Sowerby, Lucía Vera y Ramón Vera Herrera

Corrección: Alfredo Cortés

Comercialización y producción: Esteban Zabaljauregui

Paraguay 1535 (C1061ABC) Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (54-11) 4872-1300

[www.editorialcapin.com.ar](http://www.editorialcapin.com.ar)

Suscripciones: [secretaria@eldiplo.org](mailto:secretaria@eldiplo.org)

Pedidos en Argentina: [pedidos@capin.com.ar](mailto:pedidos@capin.com.ar)

Pedidos desde el exterior: [exterior@capin.com.ar](mailto:exterior@capin.com.ar)

Digitalización: Proyecto451

ISBN 978-987-614-579-4

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723  
Libro de edición argentina.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

# Índice

**Prólogo** | Pedro Brieger

**Capítulo 1 | Las raíces del fascismo contemporáneo**

Herederos de la globalización neoliberal | Chantal Mouffe

Una perversión capitalista | Alain Badiou

Las derechas y su ideología | Jean-Yves Camus

**Capítulo 2 | La nueva cara de la extrema derecha en Europa**

El descontento popular, combustible de la derecha francesa | Serge Halimi

La versátil ideología de Marine Le Pen | Eric Dupin

El estallido de Europa: Alemania, los refugiados y el Brexit | Wolfgang Streeck

Democracia corrompida en Hungría | G. M. Tamás

La islamofobia se apodera de la "ejemplar"

Noruega | Remi Nilsen

Tierra fértil para el racismo en Austria | Pierre Daum

Populismo xenófobo con tinte social en Polonia | Cédric Gouverneur

**Capítulo 3 | El ascenso de Donald Trump y la decadencia de Estados Unidos**

Los motivos de una victoria inesperada | Ignacio Ramonet

Trump y la irrelevancia de la verdad: entrevista a Noam Chomsky | Federico Kukso

El mundo según Trump | Immanuel Wallerstein

Nacionalismo xenófobo y retroceso democrático: entrevista a Judith Butler | Christian Salmon

**Epílogo**

Una democracia jaqueada por el neoliberalismo | Étienne  
Balibar

## **Procedencia de los textos**

## **Los autores**

# Prólogo

---

Pedro Brieger

A comienzos del año 2003 el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, se encontraba en campaña para derrocar a Saddam Hussein en Irak y, para ello, necesitaba contar con la legitimidad del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para poder invadir dicho país. Por entonces, varios gobiernos europeos se opusieron a lo que parecía una trama de demonización de Hussein basada en un conjunto de falsedades acerca de un supuesto arsenal nuclear que habría en suelo iraquí, y que habría convertido al gobernante en el “Hitler” del nuevo siglo y la mayor amenaza a la humanidad entera. Fue entonces cuando el secretario de Defensa estadounidense Donald Rumsfeld atacó a los gobiernos de Alemania y Francia que se oponían a sus planes calificándolos despectivamente de pertenecer a la “vieja Europa”.

Amén de la situación interna de Irak, los argumentos de la Casa Blanca se basaban en dos falacias. Por un lado, la comparación de Saddam Hussein con Adolf Hitler era propagandística y conceptualmente errónea; como si a la ligera se pudiera comparar cualquier fenómeno autoritario o dictatorial con el nazismo y su líder. Por el otro, aquella “vieja” Europa a la que aludía Rumsfeld apenas existe en el imaginario de las simplificaciones. No tiene ningún sentido condensar la historia europea del siglo XX en el Pacto de Munich de 1938 entre Chamberlain y Hitler y deslizar que la Alemania nazi avanzó hacia Polonia y construyó campos de exterminio sólo como consecuencia de un rancio “pacifismo” europeo.

Las vaguedades y simplificaciones de las apreciaciones de Rumsfeld aludían a las atrocidades cometidas por el nazismo que en la memoria colectiva –principalmente europea, hay que destacarlo–

todavía persisten, y a una supuesta Europa pacifista incapaz de enfrentarse desde un primer momento a la bestia del nazismo como si no hubieran dimensionado el peligro que enfrentaban.

Las comparaciones y analogías históricas pueden contribuir a pensar un fenómeno social determinado, a contextualizarlo, analizarlo o buscar similitudes y diferencias. Sin embargo, en numerosas ocasiones estas comparaciones sólo sirven como herramienta política para generar apoyo, como el que buscaba la Casa Blanca para invadir Irak. Al fin y al cabo, quién podía oponerse a derrocar al mismísimo Hitler reconvertido en un aterrador Saddam Hussein que tendría armamentos para atacar las principales capitales europeas y matar a millones de personas.

*Neofascismo*, el libro que *el Dipló* presenta en esta oportunidad, está lejos de las simplificaciones. Muy por el contrario, mediante la reflexión de prestigiosos autores busca problematizar el ascenso de nuevas fuerzas políticas calificadas de "extrema derecha" en Europa, un continente que se parece muy poco al que fue entre la finalización de la Segunda Guerra Mundial y la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, y mucho menos al de la década de 1930, cuando emergió el nazismo en Alemania después de la Primera Guerra Mundial.

## **Una "nueva" Europa**

"Europa ya no es Europa" suelen lamentar aquellos que añoran países con tradiciones, lenguas, religiones y costumbres diferentes que tenían muy poco en común entre sí y que apenas se mezclaban cuando sus casas reales se unían por conveniencia doscientos años atrás. El ascenso del capitalismo trajo la expansión colonial y millones de africanos, árabes, musulmanes, hindúes y asiáticos abandonaron las colonias (antes y después de las independencias) para instalarse en las metrópolis. Si una de las razones que esgrimió el presidente Charles De Gaulle para abandonar Argelia fue que temía que el crecimiento demográfico de "esos" franceses terminara por transformar a Francia, no es menos cierto que con la independencia de Argelia se les quitó la nacionalidad francesa,

incluso después de que miles de argelinos franceses se hubieran trasladado a la Francia continental.

Entre 1945 y 1975 españoles, portugueses, marroquíes, tunecinos y argelinos llegaron a Francia, país que duplicó su población extranjera. Los portugueses y españoles eran europeos, pero los magrebíes del Norte de África –árabes y musulmanes en su mayoría– modificaron por su parte aun más la sociedad francesa y la integración –consecuencia de la inmigración– se convirtió allí en un problema social y político. Los hijos y nietos de aquellos inmigrantes magrebíes nacieron y crecieron en las periferias urbanas criándose como franceses de segunda categoría que estallan en cólera cada tantos años para protestar contra su falta de integración. Como caldo de cultivo para los partidarios de extrema derecha suele decirse sin una pizca de inocencia que Francia se “kebabizó” (“La France kebabisée?”, *Rue 89*) en referencia a la carne cocinada a las brasas traída de Medio Oriente. Alemania no le va a la zaga y el “*doner kebab*” –un aporte de los inmigrantes de Turquía que llegaron en la década de 1970– ya se ha convertido prácticamente en la comida “nacional” alemana.

A raíz de los cambios en Europa, la provocadora periodista Oriana Fallaci se atrevió a afirmar en una entrevista a *The Wall Street Journal* en 2005 que “Europa ya no es más Europa; es Eurabia, una colonia del islam, donde la invasión islámica no es sólo física, sino mental y cultural”.

Los atentados terroristas perpetrados por jóvenes musulmanes nacidos en Europa son un reflejo de estos cambios. A mediados del siglo pasado los ataques de los independentistas argelinos se realizaban en los territorios ocupados por las potencias coloniales contra los soldados extranjeros y rara vez en suelo europeo. Hoy, algunos de estos jóvenes son hijos de quienes emigraron hacia la metrópoli y, nacidos en Europa, no se identifican con los lugares que abandonaron sus padres o abuelos e incluso se han radicalizado por la discriminación que sienten en la vida cotidiana como nacionales de segunda categoría. También hay que tomar en cuenta la transformación de la estructura productiva, con la consecuente desaparición de los grandes conglomerados industriales y sus

organizaciones sindicales, y la pérdida de referentes socio-políticos que caracterizaron a gran parte del siglo XX.

El debate sobre la radicalización de los jóvenes franceses y su relación con el Islam excede las páginas de este libro aunque está planteado por el impacto que provocaron los ataques terroristas perpetrados en Francia y las diferentes respuestas surgidas desde los ámbitos gubernamentales y los diversos partidos políticos. Está claro que no existe un consenso respecto de las causas que motivaron los ataques ni tampoco sobre la forma de resolver los temas de fondo. Esta dificultad se da por las profundas diferencias de diagnóstico, como sucede en el caso de dos de los grandes estudiosos sobre el Islam como Gilles Kepel y Olivier Roy. Mientras Kepel asegura que se trata de la radicalización del Islam, Roy sostiene que es la islamización de la radicalidad.

Después de la caída del muro de Berlín, otros millones, que provenían de los países que conformaban el bloque soviético, también decidieron probar suerte en Europa Occidental, cuna del desarrollo capitalista y del "pensamiento democrático moderno".

Es indudable que los sucesivos procesos migratorios han transformado las principales capitales europeas, hasta convertir a algunas en verdaderos ámbitos multiculturales, como Londres, donde cuesta encontrar "auténticos" ingleses. Nada mejor que los resultados del referéndum por el "Brexit" para ratificar lo antedicho: en la multicultural Londres la mayoría votó por permanecer en la Unión Europea, mientras que a medida que uno se alejaba de la capital había más "ingleses" y crecía el voto para abandonar la Unión Europea.

Este proceso de integración –como en el caso del Reino Unido– es lo que numerosas formaciones políticas comúnmente definidas de "extrema derecha" quieren evitar antes de que sea irreversible. Cabe destacar que este pensamiento no es patrimonio de la extrema derecha. En 2010 la canciller alemana Angela Merkel se dirigió a los jóvenes de su partido para decirles: "A principios de los años 1960 nuestro país convocaba a los trabajadores extranjeros para venir a trabajar a Alemania y ahora viven en nuestro país [...]. Nos hemos engañado a nosotros mismos. Dijimos: 'No se van a quedar, en

algún momento se irán'. Pero esto no es así [...].Y, por supuesto, esta perspectiva de una [sociedad] multicultural, de vivir juntos y disfrutar del otro [...] ha fracasado, fracasado totalmente" (1).

El problema de los partidos tradicionales de "centro" o "centro-derecha" es que están inmersos en sus propias contradicciones y no se deciden a implementar aquello que pregonan. En cambio, quienes sí parecen estar dispuestos a concretar esos postulados son aquellos partidos denominados de "extrema derecha", que ahora se sienten envalentonados por el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos.

El presente libro de *el Dipló* contiene múltiples opiniones y definiciones sobre estos partidos y movimientos europeos influenciados por fenómenos como el fascismo y el nazismo que dejaron su huella a lo largo de todo el siglo XX y que hoy tienen un fuerte discurso antiinmigratorio. Tal es así que no existe consenso entre los diferentes autores acerca de si definirlos como "neonazis", "neofascistas", de "derecha", "ultraderecha", "extrema derecha" o nazis y fascistas a secas, entre otras definiciones que se abordan en los trabajos que componen este libro.

No deja de ser verdad que ciertos periodistas utilizan los adjetivos calificativos de manera más superficial –y, muchas veces, con fines comerciales– y que los académicos tienden a una mayor rigurosidad al analizar fenómenos colectivos. Es importante la salvedad porque no se puede tildar de "fascista" a cualquier movimiento de "extrema derecha" como ocurre en ocasiones con cierto lenguaje periodístico que no repara en disquisiciones teóricas y prefiere el sensacionalismo antes que el análisis riguroso de un fenómeno.

El punto de partida para casi todos los autores es la experiencia histórica y la conciencia de los cambios sucedidos a lo largo del siglo XX tomando como momento inicial la Revolución Rusa de 1917, que cambió el sentido de la historia. Sin embargo, las definiciones se plantean como problemáticas cuando se asegura –como varios especialistas hacen en el libro– que las expresiones "izquierda" o "derecha" son anticuadas y que existe una gran desilusión respecto de los partidos políticos tradicionales y de la política en sí misma.

## **Las mutaciones de la política**

En este sentido, el libro está atravesado por la redefinición de la representación política y por el ascenso de fuerzas que se vieron influenciadas por los modelos autoritarios del fascismo y el nazismo, pero que también se han transformado y –en algunos casos– se han adaptado al modelo parlamentario representativo. Esto es claramente comprobable con el Frente Nacional liderado hoy por Marine Le Pen en Francia. En sus orígenes, la formación creada por su padre Jean-Marie cuarenta años atrás había reunidos a varios grupos de extrema derecha como “Ordre Nouveau” (Nuevo Orden) que tenía las características de un partido fascista con grupos de choque y las mismas consignas que hoy enarbolan casi todos los partidos de extrema derecha. En junio de 1973 organizaron un acto público con la consigna “Hay que parar la inmigración salvaje” en el centro de París que provocó la respuesta de algunas organizaciones de izquierda que intentaron impedir el acto, al que calificaron de “fascista”.

En el caso francés este conjunto de formaciones extraparlamentarias, al borde de la legalidad, ha mutado. Jean-Marie Le Pen ya no es más su líder, el partido dejó de ser marginal y tampoco concita el rechazo del 80% de la población, como se había visto en la segunda vuelta electoral de 2002, cuando Le Pen fue derrotado de manera humillante por Jacques Chirac en su carrera a la Presidencia, aunque había logrado el segundo lugar en la primera vuelta, superando al histórico Partido Socialista francés.

Su hija Marine, como analiza Alain Badiou en el libro, no es la antítesis de su padre, pero tampoco una continuidad lineal. Ella ha demostrado una gran capacidad de convocatoria incluso de sectores que antaño votaban al Partido Comunista y que cuarenta años atrás ni se les hubiera cruzado por la cabeza votar por lo que en Francia se denomina “la extrema derecha” a secas.

En el libro también existe una serie de cuestionamientos a los partidos políticos progresistas y de “izquierda”, tal como los conocimos en casi todo el mundo en el siglo XX, que respondían a un modelo ideológico atravesado por la Revolución Francesa de 1789

y la Rusa de 1917, modelo que –en cierta medida– finalizó con la caída del muro de Berlín. En la mayoría de los países de Europa “Occidental” y “Oriental” los partidos surgidos al calor de la Revolución Rusa en casi todas sus variantes y por motivos diferentes han desaparecido. La socialdemocracia, además, se ha liberalizado hasta tal punto que ya es casi imposible distinguirla de los partidos que abrazan el credo liberal, e incluso las vertientes social cristianas también prácticamente han desaparecido. Por su parte, aquellos partidos conservadores y de derecha que han aplicado las fórmulas neoliberales y “europeístas” dictadas por los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Central Europeo han potenciado el desarrollo de las fuerzas de “extrema derecha” al arrojar a sus brazos a miles de desocupados que han perdido referencias ideológicas y donde el miedo al “otro” termina por provocar un rechazo a todo proceso de integración europea.

El acceso al poder de Donald Trump todavía es muy reciente como para saber qué impacto tendrá en algunas formaciones europeas que se identifican con varios de sus postulados, aunque él haya proclamado que su triunfo alentaría el desarrollo de fuerzas políticas afines, pensando en primer lugar en Marine Le Pen en Francia y en algunos partidos de Europa Oriental.

En 1933, Wilhelm Reich analizó al fascismo a través de la lupa de la psicología de masas. Casi cien años después algunos de sus pensamientos parecieran adaptarse a la era actual cuando se trata de analizar el nacionalismo y los mecanismos subjetivos que apelan al inconsciente y los sentimientos irracionales que afloran. Esta “psicología de masas” hoy se ha transformado en el “marketing” de la política que permite llevar adelante campañas electorales y llegar al corazón de millones de personas apelando a lo mismo que planteaba Reich a comienzos del siglo pasado: la actitud emocional de las masas.

Sin embargo, Chantal Mouffe sostiene que la estrategia demonizadora de estos movimientos que califica de “populistas de derecha” a estos partidos, puede ser moralmente reconfortante, pero desempodera políticamente. Al igual que ella, muchos de los

autores de este libro consideran que hay que encontrar una formulación progresista que permita una movilización hacia la igualdad y la justicia social. En este sentido, *Neofascismo* es un aporte muy valioso para emprender esa búsqueda. ■

---

**1** "Merkel asegura que la Alemania multicultural ha fracasado", *El País*, Madrid, 17-10-10,  
[http://elpais.com/diario/2010/10/17/internacional/1287266409\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2010/10/17/internacional/1287266409_850215.html)

# **Capítulo 1**

---

## **Las raíces del fascismo contemporáneo**

# Herederos de la globalización neoliberal

Chantal Mouffe

Tras el éxito del Brexit en el Reino Unido y la victoria de Donald Trump en las elecciones estadounidenses, los medios de comunicación están difundiendo el temor de que las democracias liberales occidentales sean conquistadas por partidos de extrema derecha con la voluntad de instalar regímenes "fascistas". ¿Qué debemos hacer ante este miedo?

Las democracias liberales se enfrentan sin duda a una crisis de representación que se manifiesta en un creciente descontento con los partidos "tradicionales" y en el surgimiento de movimientos anti-*establishment*. Esto representa un verdadero desafío para la política democrática y puede conducir a un debilitamiento de las instituciones democráticas liberales. Sin embargo, sostengo que categorías como "fascismo" y "extrema derecha" o las comparaciones con los años treinta no son adecuadas para captar la naturaleza de este desafío. Esas categorías sugieren que estaríamos siendo testigos de la repetición de un fenómeno bien conocido: el retorno de la "peste marrón" que afecta a las sociedades que, expuestas a las dificultades económicas, experimentan una explosión de pasiones irracionales. Por tanto, la cuestión no merecería más análisis.

Ciertamente no es mi intención negar la existencia de agrupaciones políticas que puedan calificarse adecuadamente como de "extrema derecha". Afortunadamente son marginales y no amenazan seriamente a nuestras instituciones básicas. También existen partidos como Amanecer Dorado en Grecia o Jobbik en Hungría con un carácter claramente "neofascista". Pero este no es el caso del Partido de la Libertad en Austria, el Frente Nacional bajo el mando de Marine Le Pen en Francia o de la variedad de partidos nacionalistas de derecha que están floreciendo en Europa. A

diferencia de la extrema derecha tradicional, el objetivo de estos partidos no es derribar las instituciones democráticas liberales. Su estrategia consiste en establecer una frontera política entre el pueblo y el *establishment* y se definen mejor como "populistas". Entendido como una manera específica de construir una frontera política, el populismo se presenta bajo muchas formas, según las diferentes condiciones nacionales y de cómo se definan el pueblo y el *establishment*. Algunos populismos han sido fascistas, pero hay muchas otras formas de populismo, y no todas son incompatibles con las instituciones democráticas liberales. En efecto, este tipo de movilización puede tener resultados democratizantes, como el movimiento populista estadounidense que en el siglo XIX pudo redistribuir el poder político a favor de la mayoría sin poner en cuestión todo el sistema democrático.

Por cierto, muchas personas equiparan el populismo con el fascismo y la extrema derecha y ésta es claramente la táctica utilizada hoy por las élites para descalificar a todas las fuerzas que cuestionan el *statu quo*. Pero para entender el creciente atractivo de los partidos populistas, necesitamos rechazar esta concepción simplista. Lejos de ser el producto de las fuerzas demagógicas, el momento populista que estamos presenciando es la expresión de resistencias a la situación "post-democrática" provocada por la globalización neoliberal. Esto ha sido posible gracias al consenso "post-político" establecido entre centro-derecha y centro-izquierda en torno a la idea de que no había alternativa al orden neoliberal. Este "consenso en el centro" ha reducido la política a la gestión de problemas técnicos a ser tratados con y por expertos. Con el predominio del capitalismo financiero y la consecuente oligarquización de nuestras sociedades, los dos pilares centrales de la idea de democracia –igualdad y soberanía popular– han sido declarados categorías "zombies". La igualdad ha dejado de ser un objetivo de las políticas públicas y los ciudadanos han sido privados de cualquier posibilidad de decidir acerca de los asuntos colectivos. Esto ha creado un terreno fértil para que partidos populistas de derecha puedan movilizar los afectos en torno al rechazo de las élites. Afirmando hablar "en nombre del pueblo", estos partidos han

logrado articular mediante un vocabulario xenófobo muchas de las demandas desatendidas por los partidos socialdemócratas que han aceptado el modelo neoliberal y son cómplices de sus políticas de austeridad aplicadas.

Clasificar a esos partidos populistas de derecha como "extrema derecha" o "neofascista" es una forma fácil de rechazar sus demandas, negándose a reconocer la dimensión democrática de muchas de ellas. Atribuir su atractivo a la falta de educación o a la influencia de factores atávicos es, por supuesto, especialmente conveniente para las fuerzas del centro-izquierda. Les permite evitar reconocer su propia responsabilidad en su surgimiento. Su respuesta es pretender proteger a los "buenos demócratas" contra el peligro de las pasiones "irracionales" estableciendo una frontera moral para excluir a los extremistas del debate democrático. Esta estrategia demonizadora del "enemigo" del consenso bipartidista puede ser moralmente reconfortante, pero desempodera políticamente. Para diseñar una respuesta propiamente política, debemos darnos cuenta de que la única manera de luchar contra el populismo de derecha es dar una formulación progresista a las demandas democráticas que están expresando con un lenguaje xenófobo. Esto supone reconocer la existencia de un núcleo democrático en esas demandas y la posibilidad, a través de un discurso diferente, de articularlas en una dirección emancipadora.

Debemos ser conscientes de que tal proyecto no puede formularse sin descartar el enfoque esencialista racionalista dominante en el pensamiento liberal-democrático. Tal enfoque nos impide reconocer la necesaria naturaleza partidista de la política y el papel central de los afectos en la construcción de identidades políticas colectivas. Etiquetar como "extrema derecha" o "fascista" a los partidos que rechazan el consenso post-político es condenarse a uno mismo a la impotencia política. La única manera de luchar contra los partidos populistas de derecha es abordar los temas que han incluido en la agenda, ofreciendo respuestas, capaces de movilizar los afectos comunes hacia la igualdad y la justicia social. Este debe ser el objetivo de un movimiento populista de izquierda que, confrontándose a la post-democracia, apunte a la recuperación y radicalización de la democracia. ■

# Una perversión capitalista

Alain Badiou

De manera general, pienso que podemos llamar “fascismo” a la subjetividad popular generada y suscitada por el capitalismo, ya sea porque hay una crisis sistémica grave –tal fue el caso en los años treinta–, ya, quizás más profundamente, bajo el efecto de los límites estructurales del capitalismo que su globalización puso en evidencia. Globalización que, recordémoslo, es una expansión y, a la vez, la revelación de su incapacidad para valorizar el conjunto de la fuerza de trabajo disponible.

El fascismo es una subjetividad reactiva. Es intracapitalista, puesto que no propone otra estructura del mundo. Se instala en el mercado mundial, de hecho, en la medida en que le reprocha al capitalismo no estar en estado de cumplir sus promesas. Al fascizarse, el decepcionado del deseo de Occidente se vuelve el enemigo de Occidente porque, en realidad, su deseo de Occidente no se satisface. Ese fascismo organiza una pulsión agresiva, nihilista y destructora porque se constituye a partir de una represión íntima y negativa del deseo de Occidente. Es, en amplia medida, un deseo de Occidente reprimido, y en su lugar viene a situarse una reacción nihilista y mortífera cuyo blanco es, precisamente, aquello que era el objeto del deseo. Estamos en un esquema psicoanalítico clásico.

En cuanto a su forma, se puede definir a este fascismo moderno como una pulsión de muerte articulada en un lenguaje identitario. La religión es un ingrediente más que posible de esta articulación: el catolicismo lo fue para el fascismo español durante la Guerra Civil (1936-1939); el islam lo es hoy en Medio Oriente, en particular allí donde la zonificación imperial destruyó a los Estados.

Pero la religión es sólo un ropaje, no es en modo alguno el fondo de la cuestión: es una forma de subjetivación, no el contenido real de la cosa. El contenido real al que ciertas esquirlas de fábula

religiosa le dan su forma deriva de la omnipresencia del deseo de Occidente, bajo su forma afirmada y explícita o bajo su forma reprimida y mortífera.

La forma práctica de estos fascismos es siempre la lógica de la banda, el gansterismo criminal, con la conquista y la defensa de los territorios en que se tiene el monopolio de los negocios, como lo tiene el líder en la esquina de su barrio. Para que eso se sostenga, hace falta el carácter espectacular de la crueldad, el saqueo y, también, en el caso de las diferentes mafias, el reciclaje permanente de las cosas en el mercado mundial.

Así como el deseo nihilista no es más que un reverso del deseo de Occidente, las zonas desestatizadas donde prospera la subjetividad nihilista se articulan con el mercado mundial y, por lo tanto, con lo real de Occidente. La firma Daesh [Estado Islámico, EI], por poner un ejemplo, vende petróleo, obras de arte, algodón, armas, montones de cosas. Y sus mercenarios son, de hecho, asalariados, con algunos privilegios suplementarios debidos al saqueo y a la reducción a la esclavitud de cautivos y cautivas.

Esta forma fascizante es entonces, en realidad, interna a la estructura del capitalismo globalizado del que es, de algún modo, una perversión subjetiva. Todo el mundo sabe, por lo demás, que las firmas, pero también clientes occidentales confirmados, como el gobierno de Arabia Saudita, entre otros, negocian sin cesar con las bandas fascistas instaladas en la zonificación de Medio Oriente y que lo hacen tal como mejor conviene a sus propios intereses. Digamos, por fin, que este fascismo es el reverso de un deseo de Occidente frustrado, organizado más o menos militarmente a partir del modelo flexible de la banda mafiosa y con coloraciones ideológicas variables donde la religión tiene un mero lugar formal.

Lo que me interesa aquí es aquello que esta subjetividad fascizante les propone a los jóvenes. Después de todo, tanto los asesinos de enero de 2015 como los de noviembre de ese mismo año en Francia **(1)** son jóvenes, son jóvenes de aquí. Son jóvenes de entre veinte y treinta años, en su mayoría provenientes de la inmigración obrera, en su segunda o tercera generación. Estos jóvenes se consideran a sí mismos como sin perspectiva, sin un buen

lugar que ocupar. Incluso aquellos que tienen alguna educación, que obtuvieron el bachillerato, comparten esta visión de las cosas: no hay lugar para ellos; no hay lugar, en todo caso, en conformidad con su deseo. O sea que estos jóvenes se ven al margen, a la vez, del trabajo asalariado, del consumo y del porvenir. Lo que les propone entonces la fascización (llamada de modo estúpido, en la propaganda, "radicalización", mientras que es una pura y simple regresión) es una mezcla entre un heroísmo sacrificial y criminal y una satisfacción "occidental". Por un lado, el joven se va a convertir en algo así como un mafioso orgulloso de serlo, capaz de un heroísmo sacrificial y criminal: matar a occidentales, vencer a los asesinos de las otras bandas, practicar una crueldad espectacular, conquistar territorios, etc. Eso, por un lado; por el otro, toques de la "buena vida", satisfacciones diversas. El les paga bastante bien, en conjunto, a sus asesinos a sueldo, mucho más de lo que podrían ganar "normalmente" en las zonas en que viven. Hay un poco de dinero, hay mujeres, automóviles, etc. Es entonces una mezcla de propuestas heroicas mortíferas y, al mismo tiempo, de corrupción occidental por los productos. Y esa mezcla consistente ha sido siempre una de las características de las bandas fascistas.

La religión puede ser la salsa identitaria inmejorable de todo este fenómeno, en la medida en que, justamente, es un referente antioccidental presentable. Pero tal como vemos, al fin y al cabo, el origen de los jóvenes importa bastante poco, su origen –se dirá– espiritual, religioso, etc. Lo que cuenta es la elección que hicieron en cuanto a su frustración. Y los van a incorporar a la mezcla de corrupción con heroísmo sacrificial y criminal en razón de la subjetividad que es la suya, y no en razón de su convicción islámica. Se ha podido observar, por lo demás, que, en la mayoría de los casos, la islamización es terminal en vez de inaugural. Digamos que es la fascización la que islamiza, y no el islam el que fasciza. ■

Traducción: María del Carmen Rodríguez

---

**1** En referencia a los atentados terroristas perpetrados el 7 y el 9 de enero en la sede del periódico *Charlie Hebdo* y luego el 13 de noviembre, ambos en París (nota de la editora).

# Las derechas y su ideología

Jean-Yves Camus

Si hacemos remontar la emergencia de los populismos de extrema derecha al comienzo de los años 1980, veremos que han pasado más de treinta años sin que aparezca en la abundante literatura científica una definición a la vez precisa y operativa de esta categoría política. Es necesario, entonces, tratar de ver más claramente a qué se llama comúnmente "extrema derecha" o "populismo" **(1)**.

En Europa, desde 1945, la expresión "extrema derecha" designa fenómenos muy diferentes: populismos xenófobos y "antisemitismo", partidos políticos nacionalistas-populistas, a veces fundamentalmente religiosos. La consistencia del concepto está sujeta a caución en la medida en que, desde un punto de vista más militante que objetivo, los movimientos rotulados con esta etiqueta son interpretados como una continuación, a veces adaptada a las necesidades de la época, de las ideologías nacionalsocialista, fascista y nacionalista-autoritaria en sus diversas declinaciones. Y esto no refleja la realidad.

Es verdad que el nacionalismo alemán –y el Partido Nacional Demócrata en cierta medida– y el neofascismo italiano (reducido a CasaPound Italia, Fiamma Tricolore y Forza Nuova, o sea el 0,53% de los votos en total) se inscriben en la continuidad ideológica de sus modelos, lo mismo que los avatares tardíos de los movimientos de los años 1930 en Europa Central y Oriental: Liga de Familias Polacas, Partido Nacional Eslovaco, Partido de la Gran Rumania. Sin embargo, en el plano electoral, únicamente el difunto Movimiento Social Italiano, cuya historia se interrumpió en 1995 con el giro conservador impulsado por su dirigente Gianfranco Fini, logró salir, entre los integrantes de esta familia política, de la marginalidad en Europa Occidental **(2)**; y en el Este, hoy marca el paso. Aun si los sucesos de Alba Dorada en Grecia y de Jobbik en Hungría **(3)**

prueban que no está definitivamente enterrada, actualmente [2014] esta corriente es muy minoritaria.

En una época en la que no se estiman demasiado las grandes ideologías que predicaban el advenimiento de un hombre y de un mundo nuevos, los valores de esta extrema derecha tradicional se muestran inadaptados. El culto al jefe y al partido único no convienen del todo a las expectativas de sociedades nacientes, individualistas, en las que la opinión se forja a través de los debates televisados y la frecuentación de las redes sociales.

Sin embargo, el legado ideológico de esta extrema derecha "a la antigua" sigue siendo fundamental. Es, en primer lugar, una concepción etnicista del pueblo y de la identidad nacional, de la cual se desprende el doble encono por el enemigo exterior –el individuo o el Estado extranjeros– y por el enemigo interno: las minorías étnicas o religiosas y el conjunto de los adversarios políticos. Es también un modelo de sociedad organicista, a menudo corporativista, fundado sobre un antiliberalismo económico y político que niega el primado de las libertades individuales y la existencia de los antagonismos sociales, excepto el que opone al "pueblo" y las "elites".

Los años 1980-1990 conocieron el éxito electoral de otra familia, que los medios y numerosos analistas siguieron llamando "extrema derecha", incluso cuando algunos sentían ahora que la comparación con los fascismos de la década de 1930 ya no era pertinente, lo que impedía a la izquierda elaborar una respuesta a sus adversarios que no fuera mágica. ¿Cómo nombrar a los populismos xenófobos escandinavos, al Frente Nacional (FN) en Francia, al Vlaams en Flandes, al Partido de la Libertad en Austria (FPÖ)? Comenzaba la gran batalla terminológica que aún no ha terminado. "Nacional populismo" –utilizado por Pierre-André Taguieff (4)–, "derechas radicales", "extrema derecha": la exposición de las controversias semánticas que enfrentan a los políticos necesitaría un libro entero. Sugerimos, pues, simplemente, que los partidos mencionados han mutado de la extrema derecha hacia la categoría de las derechas populistas y radicales.

La diferencia consiste en que, formalmente y con mucha frecuencia, estos partidos aceptan la democracia parlamentaria y el

ascenso al poder por la única vía del voto en las urnas. Si bien su proyecto institucional continúa siendo confuso, está claro que valoriza la democracia directa por medio del referéndum de iniciativa popular, en detrimento de la democracia representativa. El eslogan del "escobazo" destinado a eliminar del poder a las elites consideradas corruptas y apartadas del pueblo es común entre ellos. Apunta a la vez a la socialdemocracia, los liberales y la derecha conservadora.

El pueblo es para ellos una entidad transhistórica que engloba a los muertos, los vivos y las generaciones venideras, ligados por un fondo cultural invariable y homogéneo. Lo que induce la distinción entre los nacionales "de raigambre" y los inmigrantes, en particular extraeuropeos, cuyos derechos de residencia habría que limitar, así como los derechos económicos y sociales. Si la extrema derecha tradicional sigue siendo a la vez antisemita y racista, las derechas radicales privilegian una nueva figura del enemigo, a la vez interior y exterior: el islam, al cual están asociados todos los individuos originarios de países culturalmente musulmanes.

Las derechas radicales defienden la economía de mercado en la medida en que ésta permite al individuo ejercer su espíritu de empresa, pero el capitalismo que promueven es exclusivamente nacional, de allí su hostilidad a la globalización. En suma, son partidos nacional-liberales, que admiten la intervención del Estado no solamente en los campos que son de su propia competencia, sino también para proteger a los marginados de la economía globalizada y financiarizada, como lo prueba el discurso de Marine Le Pen, presidenta del Frente Nacional (FN) **(5)**.

¿Después de todo, en qué se distinguen las derechas radicales de las derechas extremas? Sobre todo, por su menor grado de antagonismo con la democracia. El politólogo Uwe Backes **(6)** muestra que la norma jurídica en vigencia en Alemania admite como legítima y legal la crítica radical del orden económico y social existente, mientras que define como un peligro para el Estado el extremismo, que es un rechazo en bloque de los valores contenidos en la Ley Fundamental. Sobre la base de esta clasificación, parece pertinente nombrar "derechas extremas" a los movimientos que

rehúsan totalmente la democracia parlamentaria y la ideología de los derechos del hombre, y “derechas radicales” a los que se acomodan a ellos.

Las dos familias ocupan además un lugar diferente en el sistema político. No solamente la extrema derecha se encuentra en la situación de lo que el investigador italiano Piero Ignazi llama el “tercero excluido” **(7)**, sino que se vanagloria de esta posición y obtiene beneficios. Las derechas radicales, en cambio, aceptan participar en el poder, sea como socios de una coalición gubernamental –la Liga del Norte en Italia, la Unión Democrática del Centro (UDC) en Suiza, el Partido del Progreso en Noruega–, sea como fuerzas de apoyo parlamentario de una Cámara en la cual ellas no tengan escaño: el Partido por la Libertad (PVV) de Geert Wilders en Holanda, el Partido Popular danés. ¿Su permanencia está asegurada? Este tipo de partidos vive constantemente en el borde entre una marginalidad que, si dura, lleva a un “techo de vidrio” electoral, y una normalización que, si resulta demasiado evidente, puede conducir a la declinación.

El ejemplo griego es un caso de manual. Después de casi treinta años de existencia grupuscular, el movimiento neonazi Alba Dorada logró el 7% aproximadamente de los votos durante los dos escrutinios legislativos de 2012 **(8)**. ¿Hay que deducir que su racismo esotérico-nazi ganó súbitamente 426.000 electores? De ninguna manera. Estos últimos han preferido la extrema derecha tradicional, encarnada por la Alarma Popular Ortodoxa (LAOS), que entró en el Parlamento en 2007. Pero entre los dos escrutinios legislativos de 2012, se produjo un acontecimiento clave: la participación de LAOS en el gobierno de la Unión Nacional dirigido por Lucas Papademos, cuya hoja de ruta consistía en hacer aprobar por el Parlamento un nuevo plan de “salvataje” financiero, acordado por la “troika” **(9)** al precio de medidas de austeridad drásticas. Convertida en una derecha radical **(10)**, LAOS perdió su atractivo a favor de un Alba Dorada que rechazaba toda concesión.

Inversamente, en la mayoría de los países europeos, las derechas radicales o bien suplantaron totalmente a sus rivales extremistas (Suecia, Noruega, Suiza y Holanda), o bien, como los Verdaderos

Finlandeses, lograron surgir en países donde aquellas habían fracasado.

## **Cambio de paradigma de las derechas**

Último caso representativo que se vuelve frecuente: aquel en el que la derecha radical sufre la competencia electoral de formaciones "soberanistas". La voluntad de salir de la Unión Europea constituye el corazón del programa de estos partidos, pero explotan también la temática de la identidad, de la inmigración y de la decadencia cultural, sin por ello cargar con el estigma de un origen extremista y eludiendo la dimensión racista. Se puede mencionar la Alternativa para Alemania, el Partido para la Independencia del Reino Unido (UKIP), la lista Stronach en Austria y De Pie la República, dirigida por Nicolas Dupont-Aignan, en Francia.

No carece de consecuencias el empleo sin ton ni son del término "populismo", en particular para desacreditar toda crítica al consenso ideológico liberal, todo cuestionamiento a la bipolarización del debate político europeo entre conservadores-liberales y socialdemócratas, toda expresión en las urnas del sentimiento popular de desconfianza hacia el disfuncionamiento de la democracia representativa. Paul Taggart, por ejemplo, a pesar de las cualidades y la relativa precisión de su definición de los populismos de derecha, no puede impedir establecer una simetría entre estos últimos y la izquierda anticapitalista. Así soslaya la diferencia fundamental que constituye el etnicismo explícito o latente de las derechas extremas y radicales **(11)**. En él, como en muchos otros, el populismo de la derecha radical no se define por su singularidad ideológica, sino por su posición de disenso dentro de un sistema político donde sólo sería legítima la opción de formaciones liberales o de centroizquierda.

Del mismo modo, la tesis defendida por Giovanni Sartori según la cual el juego político se ordenaría en torno de la distinción entre partidos del consenso y partidos protestatarios, siendo los primeros los que tienen la capacidad de ejercer el poder y que son aceptables como socios de coalición, plantea el problema de una democracia de cooptación, de un sistema cerrado. Si la fuente de toda legitimidad

es el pueblo y una parte consecuente de éste (entre el 15 % y el 25% en muchos países) vota por una derecha radical “populista” y “antisistema”, ¿en nombre de qué principio hay que protegerla de ella misma manteniendo un ostracismo que mantiene a estas formaciones apartadas del poder –sin, por otra parte, conseguir reducir su influencia–? Este problema de filosofía política es tanto más importante considerando que concierne también a la actitud de los formadores de opinión respecto de las izquierdas alternativas y radicales, deslegitimadas porque quieren transformar –y no acomodar– la sociedad. Lo que les vale a menudo –según la vieja y falsa idea de que “los extremos se unen”– ser designadas como el doble invertido de las radicalidades de derecha. El politólogo Meindert Fennema construye así una vasta teoría de los “partidos protestatarios”, definidos como aquellos que se oponen al conjunto del sistema político, culpando a aquél por todos los males de la sociedad, y que no ofrecen, según él, ninguna “respuesta precisa” a los problemas que suscitan. Pero ¿qué es una “respuesta precisa” a los problemas que la socialdemocracia y la derecha liberal-conservadora no han logrado resolver?

¿El problema de Europa es además el ascenso de las derechas extremas y radicales o el cambio de paradigma ideológico de las derechas? Uno de los principales fenómenos de la segunda década del siglo XXI es que la derecha clásica tiene cada vez menos reticencias en aceptar como socios de gobierno a formaciones radicales tales como la Liga del Norte en Italia, la UDC suiza, el FPÖ en Austria, la Liga de las Familias Polacas, el Partido de la Gran Rumania, el Partido Nacional Eslovaco y ahora el Partido del Progreso noruego.

Sólo se trata de táctica y de aritmética electorales. La porosidad creciente entre los electorados del FN y de la Unión por un Movimiento Popular lo demuestra, al punto que el modelo de las tres derechas –contrarrevolucionaria, liberal y plebiscitaria (con su mito del hombre providencial)– elaborado antes por René Rémond, aun si se le agrega una cuarta encarnada por el Frente Nacional (**12**), no da cuenta del todo de la realidad francesa. Sin duda, vamos hacia una competencia entre dos derechas. Una, nacional-republicana,

operaría una síntesis soberanista y moralmente conservadora de la tradición plebiscitaria y de la derecha radical frentista; sería el retorno de la familia "nacional". La otra sería federalista, proeuropea, librecambista y liberal en el plano social. Con, por supuesto, variantes locales, la lucha de poder dentro de la gran nebulosa de las derechas se juega por todas partes en Europa alrededor de los mismos clivajes: Estado-nación contra gobierno europeo; "una tierra, un pueblo" contra una sociedad multicultural; "sumisión total de la vida a la lógica del beneficio" o primacía de la comunidad. Antes de pensar la manera de combatir las derechas radicales en las urnas, la izquierda europea deberá admitir las mutaciones de su adversario. Estamos lejos de ello. ■

Traducción: Florencia Giménez Zapiola

- 
- 1** Serge Halimi, "Le populisme, voilà l'ennemi", *Le Monde diplomatique*, París, abril de 1996, y Alexandre Dorna, "¿Hay que tenerle miedo al populismo?", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2003.
  - 2** Su partido Futuro y Libertad para Italia obtuvo 0,47% de los votos en las elecciones de febrero de 2013.
  - 3** G. M. Tamás, "Una nueva derecha en Hungría", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, febrero de 2012.
  - 4** Pierre-André Taguieff, *L'Illusion populiste*, Berg International, 2002.
  - 5** Eric Dupin, "Las piruetas de Le Pen", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, abril de 2012.
  - 6** Uwe Backes, *Political Extremes. A Conceptual History from Antiquity to the Present*, Routledge, Abingdon (Gran Bretaña), 2010.
  - 7** Piero Ignazi, *Il Polo Escluso. Profilo del Movimento Sociale Italiano*, Il Mulino, Bolonia, 1989.
  - 8** Después de las elecciones legislativas de mayo de 2012, ninguna mayoría se desprendió para formar un nuevo gobierno; un nuevo escrutinio se realizó un mes más tarde.
  - 9** La "troika" está integrada por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Central Europeo y la Comisión Europea.

**10** Georgios Karatzaferis, que lo dirige, pertenecía antes a la Nueva Democracia del primer ministro Antonis Samaras.

**11** Paul Taggart, *The New Populism and the New Politics. New Protest Parties in Sweden in a Comparative Perspective*, Palgrave Macmillan, Londres, 1996.

**12** René Rémond, *La droite en France de 1815 à nos jours. Continuité et diversité d'une tradition politique*, Aubier, París, 1954. Agregado tenido en cuenta por Rémond en *Les Droites aujourd'hui*, Audibert, París, 2005.

## **Capítulo 2**

---

### **La nueva cara de la extrema derecha en Europa**

# El descontento popular, combustible de la derecha francesa

Serge Halimi

Todo beneficia a la extrema derecha francesa: una economía estancada, un desempleo cuya curva sube en vez de bajar, el miedo al desclasamiento y a la precariedad, los servicios públicos y la protección social amenazados, un "proyecto europeo" tan sabroso como una cucharada de aceite de ricino, una ola migratoria que infla el caos de varios Estados árabes, atentados masivos cuyos autores reivindican el islam... Sin olvidar, desde hace ya casi treinta años, un Partido Socialista que comparte con la derecha tanto la responsabilidad de las políticas neoliberales ya establecidas por los acuerdos europeos como el proyecto de mantenerse indefinidamente en el poder (o, para la derecha, de volver) presentándose, elección tras elección, como la última barrera contra el Frente Nacional (FN).

Balance: ninguna fuerza política exhibe tanta energía y cohesión como la extrema derecha, ninguna comunica con esa misma eficacia el sentimiento de que conoce el camino y que el futuro le pertenece. Ninguna esboza tampoco la menor estrategia de reconquista contra ésta **(1)**. Eliminado de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales por Jean-Marie Le Pen el 21 de abril de 2002, el primer ministro Lionel Jospin ya hablaba aquella noche de un "golpe de estruendo". Y, al mismo tiempo que se retiraba de la vida política, invitaba a sus camaradas socialistas a movilizarse "para preparar la reconstrucción del futuro". La tarea le fue confiada a François Hollande...

Pero cuando un fenómeno político como éste lleva décadas de desarrollo, es inútil darle una única explicación. En otras partes de Europa, algunos movimientos xenófobos prosperaron sin que los favoreciera ningún partido socialista en el poder (es el caso en el Reino Unido y Dinamarca), y en situaciones económicas menos

degradadas que en Francia (Polonia y Suiza). Inversamente, las tasas de desempleo de España (21,6% en septiembre de 2015), de Grecia (24,6%) o de Chipre (15%), todas superiores a la de Francia (10,8%), no fueron acompañadas de una performance comparable de la extrema derecha. Por último, este partido ya tenía muy buenos resultados antes de los atentados sangrientos de enero y de noviembre de 2015 en París, y antes de la llegada del flujo migratorio del último año, por más que estos acontecimientos, es evidente, le sirvieron. Como, a decir verdad, casi todo.

Lo importante no es solamente que en la primera vuelta de las elecciones regionales, el 6 de diciembre de 2015, los candidatos del FN hayan quedado al frente en 6 regiones de 13 y en 46 de los 95 departamentos metropolitanos. Sino también que hayan mejorado sus puntajes en casi todas partes una semana después, incluso cuando no tenían ninguna chance de ganar la presidencia de una región. Es decir que, de ahora en más, para un elector frentista, el voto útil es el voto FN, y que este partido, lejos de ser una fuerza suplente absorbible por la derecha, empieza a cazar con éxito en sus tierras: del 18 al 20% de los electores de Nicolas Sarkozy en 2012 habrían votado a la formación de Marine Le Pen en diciembre de 2015 **(2)**.

La determinación de los electores de extrema derecha es tanto más significativa cuanto que el modo de escrutinio y el sistema de alianzas penalizan fuertemente a su partido. Primero en términos de sufragios tras estas regionales (ya había sido el caso en los escrutinios europeos de mayo de 2014 y departamentales de marzo de 2015), no preside ni un solo consejo regional, ni un solo consejo general. Y no está representado más que por 2 diputados sobre 577, 2 senadores sobre 348 **(3)**. Esta anomalía democrática le permite seguir presentándose como víctima de una "clase política" ampliamente detestada, que vitupera con la sinceridad de los que son dejados de lado.

En el terreno de las ideas, en cambio, domina la escena. Le resulta tanto más fácil cuanto que sus adversarios intelectuales, llenos de tristeza, derrotas, escisiones y divisiones, encuentran con demasiada frecuencia refugio y sostén en el radicalismo de papel de

los claustros universitarios (4). Los grandes medios de comunicación tampoco le complican la tarea cuando alternan un *dossier* sobre "el islam desfachatado" con otro sobre los pensadores reaccionarios.

Tradicionalmente, la victoria de una mayoría de izquierda coincidía con una radicalización de la derecha, la cual se sentía desposeída de un bien –el poder– que consideraba como suyo. En el caso de Hollande, la hostilidad que suscita en los círculos conservadores es más desconcertante, porque no es fácil ver en qué se diferencian sus políticas de las de éstos, con la excepción del "matrimonio para todos", contra el que de hecho se movilizaron hace tres años, pero sobre el que todos saben que no van a volver (5).

Como la extrema derecha, a la "derecha desacomplejada" le encanta fustigar lo "políticamente correcto". El fenómeno no es exclusivamente francés (6). En Estados Unidos, cada ocurrencia de Trump, cuando aún era candidato, contra los mexicanos "violadores" o los musulmanes "terroristas" le permitía al magnate subrayar el coraje que tendría al romper así con el consenso blando de la izquierda, los intelectuales, los burgueses, los esnobs.

Efecto garantizado: los medios simulan ofenderse, y después le dan la palabra para que se explique. A punto tal que no se lo escucha más que a él. ¿Hay que expulsar de un solo golpe a 11 millones de inmigrantes clandestinos? ¿Construir un muro a todo lo largo de la frontera con México? ¿Fichar a los musulmanes ciudadanos de Estados Unidos y prohibirles a los demás el acceso al territorio? Cada semana surge un "debate" de este tipo. Oponerse a semejantes ideas equivale a mostrar la propia cobardía, la propia indulgencia, el desprecio hacia las aspiraciones de la "mayoría silenciosa", incluso a exponer al país a nuevos ataques subversivos.

Sarkozy está familiarizado con estos mecanismos de la derecha estadounidense (7). El 9 de diciembre de 2015 en France Inter atacaba nuevamente "esa actitud biempensante que prohíbe los debates". ¿Cuáles son los debates que prohíbe según él? "Apenas alguien decía algo sobre la inmigración, era racista; apenas alguien pronunciaba la palabra 'islam', era islamófobo; apenas alguien hacía una pregunta acerca de la identidad francesa, era un reaccionario." Un ex Presidente de la República, jefe de partido, apoyado por una

buena parte de la prensa y de la patronal, metamorfoseado en disidente en su propio país: alcanzaba en efecto con sólo pensarlo. ¿Y cómo no va a ganar el Frente Nacional la batalla de las ideas si sus presuntos adversarios la llevan a cabo en su lugar, y sobre sus temas predilectos? Una semana antes del 21 de abril de 2002, Le Pen ya podía cantar victoria: “Los políticos, los periodistas y los politólogos hablan un idioma que no está muy alejado del mío, cuando no lo incluye, o incluso lo supera. Yo me normalicé porque todo el mundo habla como yo. Es lo que en un momento se conoció como la ‘lepenización de los espíritus’” (8).

Ahora el mismo Presidente de la República utiliza esta dinámica, incluso en el terreno de las libertades públicas. Expresándose ante la Asamblea Nacional, el 16 de noviembre de 2015, Hollande estimaba por ejemplo: “Tenemos que poder despojar de su nacionalidad francesa a un individuo condenado por una violación a los intereses fundamentales de la nación o por un acto de terrorismo, aunque haya nacido francés, y digo bien aunque haya nacido francés, a partir del momento en que cuenta con otra nacionalidad”. Como nadie imagina que semejante medida, sacada directamente de los depósitos ideológicos de la extrema derecha, habría disuadido a autores de atentados dispuestos a sacrificar su vida, el anuncio solemne hecho por el jefe de Estado tuvo como principal consecuencia legitimar la distinción entre los ciudadanos franceses en función de su origen, ya que son sobre todo los descendientes de inmigrantes los que cuentan con una doble nacionalidad. Marine Le Pen no tuvo más que pasar a cobrar. Y lo hizo exquisitamente durante un *meeting* en Niza, el 27 de noviembre de ese mismo año: “El FN tiene un programa realista y serio que es incluso fuente de inspiración para François Hollande”.

## **Crisis económica y fractura social**

Desde hace treinta años, en nombre de las “reformas necesarias”, de los ahorros a realizar, de un endeudamiento público a contener, las políticas sociales y los servicios públicos están siendo atacados: jubilaciones, asignaciones familiares, subsidios para la vivienda,

educación superior y salud gratuitas. Semejante recorte, sobre todo cuando se produce en un período de desempleo masivo, de crecimiento anémico, exacerba la mirada desconfiada de todos contra todos, el repliegue individualista, el “Hay sólo para ellos, nada para nosotros”. Los discursos que vilipendian el “asistencialismo”, los extranjeros y las “puertas abiertas inmigratorias” se alimentan de esta fuente. Que está lejos de agotarse, porque la Unión Europea impide, como acaba de confirmar en Grecia, cualquier cambio de rumbo económico. Hace ya tres años y medio, un ministro socialista francés, Arnaud Montebourg, acusaba a su entonces presidente, José Manuel Barroso, de ser “el combustible del Frente Nacional” **(9)**.

El lazo político entre inseguridad económica y “preferencia nacional” opera cada vez más a través de las prestaciones sociales. Mientras éstas más se ven amenazadas, o mientras más se pone en duda su universalidad por condiciones de recursos (asignaciones familiares, subsidios de alojamiento para estudiantes), la competencia para conseguirlas más alimenta –particularmente en los sectores populares desprotegidos– la persecución a los fraudulentos, la búsqueda de chivos expiatorios.

Al analizar los resultados de la primera vuelta de las elecciones departamentales de marzo de 2015, en las que el FN obtuvo el 26% de los votos (mucho más entre los obreros, los empleados y los desocupados; mucho menos entre los diplomados, las profesiones liberales, los cuadros superiores), la politóloga Céline Braconnier señalaba que en el electorado de extrema derecha “el falso pobre es una figura omnipresente en las entrevistas: es la vecina que vive de las ayudas sociales y cuyos hijos acceden de manera gratuita a la cantina cuando los trabajadores pobres se ven privados de la misma por una tarifa prohibitiva; son los gitanos instalados en campos de manera gratuita desde su llegada, mientras que para los inmigrantes de larga data es imposible obtener un HLM [Vivienda de Alquiler Moderado, en francés] en la ciudad en la que viven desde hace décadas; son los tramposos que se estarían aprovechando de la generosidad de los bancos de alimentos simulando la realidad de su situación” **(10)**...

La conclusión se deduce sin esfuerzo: la xenofobia encubierta por una exigencia igualitaria, la "preferencia nacional" como rechazo de una supuesta preferencia inmigratoria (11). Es así como Marine Le Pen puede declarar, como lo hizo el 15 de septiembre de 2015 en *France Inter*: "Se ejerce una profunda violencia hacia los franceses hoy en día cuando se enteran que se ponen a disposición 77.300 plazas de urgencia, como si nada, de la noche a la mañana [para los refugiados políticos], mientras que hay un millón y medio de hogares franceses que esperan una vivienda social, en algunos casos desde hace años; que hay, según la Fundación Abbé Pierre, millones de franceses en una situación de alojamiento precaria, o incluso que ni siquiera están alojados. Y bueno, yo soy la responsable política que dice que los franceses no tienen que ser los últimos de la fila".

En 2012, el candidato republicano a la Casa Blanca, Willard "Mitt" Romney, llegó a decir que a su mensaje liberal le costaba convencer al "47%" de estadounidenses que dependían de las ayudas sociales, proporcionalmente más numerosos entre los negros y los hispanos. Estas "minorías" votaban por Barack Obama. Cuatro años después, mientras la preocupación por "controlar las fronteras" se confundía con un pánico identitario, este razonamiento desembocó en la teoría de un "gran reemplazo" en las urnas. El candidato republicano Ted Cruz, senador por Texas, se opuso a la regularización de los inmigrantes clandestinos explicando: "Lo que quieren [el senador demócrata] Chuck Schumer y Barack Obama es muy simple: quieren millones de nuevos electores demócratas. Así se explica que el nuevo término políticamente correcto ya no sea 'extranjeros ilegales' [*illegal aliens*], sino 'demócratas sin papeles'".

El FN podría sacar provecho de semejante discurso. Pero la derecha francesa se le adelantó en ese terreno. Desde 2012, Jean-François Copé, entonces secretario general del partido sarkozysta, destacaba en efecto que "los sin papeles son ahora los únicos que se pueden beneficiar de un sistema 100% subvencionado, sin ninguna contribución de su parte, ni siquiera simbólica". Y, desconfiado, agregaba enseguida: "Sería ingenuo creer que este conjunto de decisiones, que constituye un llamado a la inmigración clandestina y remata el acceso a la nacionalidad, es fruto del azar. Es una

estrategia deliberada para reemplazar el voto popular por un voto comunitario" (12). Dicho de otra manera, un voto ni muy europeo ni muy cristiano...

Trabajadores pobres contra farsantes, franceses contra inmigrantes y, por último, "blancos" contra "musulmanes": a medida que la crisis económica se intensifica, las metástasis se propagan en las categorías populares. "Sería ingenuo creer" que tales fracturas, maduras pacientemente, incomodan de manera exagerada a los que se benefician con esta crisis. Mientras todos miren para otro lado, no tienen más que criticar al "populismo" y seguir gobernando. En las elecciones regionales, todos recordaron el descontento, el enojo de los medios populares y prometieron "respetar el mensaje" que mandaban. Después del escrutinio, el gobierno anunciaba que el salario mínimo no iba a ser reevaluado...

El primer ministro Manuel Valls estima que la idea de la República que tiene el FN es "estrecha, chica" y "no ofrece ninguna solución a los que sufren". Esta descripción se aplica a la perfección a la política de su gobierno. Hace cuatro años, Valls ya reclamaba la liquidación de las "palabras que ya no significan nada o están superadas: 'socialismo', 'camarada', 'partido'". Su discurso se suma ahora al cálculo electoral del Presidente de la República, deseoso de barrer cualquier herencia de izquierda para disputarles el año que viene a los dirigentes de derecha el rol de candidato de una gran nebulosa "moderada", "republicana". Que sería elegido automáticamente en la segunda vuelta de las presidenciales por ser el único rival del Frente Nacional. El programa de este candidato, sea el que sea, ya se conoce: le va a tocar mantener el rumbo que siguió François Mitterrand en 1983, cuando renunció a una política económica que se alejaba de la ortodoxia liberal y encontró distintos recursos para mantenerse en el poder durante dos septenios. Entre ellos, claro está, el uso cínico y repetido del "combate contra la extrema derecha".

La reconducción obstinada de un proyecto tan lúgubre también le debe mucho a la Marine Le Pen. Porque este sistema y sus hombres la necesitan. Y saben que no tienen nada que temer, nada que cambiar, nada que ceder mientras ella siga siendo su principal adversario. ■

Traducción: Aldo Giacometti

---

**1** Véase Frédéric Lordon, "La gauche ne peut pas mourir", *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2014, y "Estrategia para una reconquista", *Le Monde*.

**2** *Les Echos*, París, 8-12-15.

**3** En junio de 2012, un promedio de 27.200 votos en la primera vuelta alcanzó para obtener un diputado socialista. Para elegir a un diputado del Frente de Izquierda, se necesitaban 179.000; para un diputado del FN (o relacionados), 1.764.000.

**4** Véase Pierre Rimbert, "La pensée critique dans l'enclos universitaire", *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2011.

**5** El líder conservador David Cameron tomó la iniciativa de una ley del mismo tipo en el Reino Unido. Y, en Suecia, el que la hizo votar fue un gobierno de centroderecha.

**6** Véase Serge Halimi, "El pueblo contra los intelectuales", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, mayo de 2006.

**7** Véase Serge Halimi, "Las recetas ideológicas del presidente Sarkozy", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, junio de 2007.

**8** *France Inter*, 16-4-02.

**9** "Tous politiques", *France Inter*, 23-6-13.

**10** Entrevista en *Le Monde*, París, 26-3-15.

**11** Véase Alexis Spire, "Racismo en nombre de la seguridad social", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, diciembre de 2013.

**12** Jean-François Copé, *Manifeste pour une droite décomplexée*, Fayard, París, 2012.

# La versátil ideología de Marine Le Pen

Eric Dupin

“Para la teología liberal, el Espíritu Santo es la mano invisible que, a partir de una masa de comportamientos individuales egoístas, construirá una felicidad colectiva conforme a la Ciencia y mejor aun, al Orden Natural.” Esta frase blasfematoria, tanto para la Santísima Trinidad como para la derecha tradicionalista, está sacada del último libro de Marine Le Pen **(1)**. Publicada en plena campaña presidencial, la obra de la candidata del Frente Nacional (FN) sorprende por su fraseología. Le Pen insiste en que “el ultraliberalismo no es más que la ideología de una clase dominante internacional globalizada”, esa “nueva aristocracia” de la que convendría deshacerse lo antes posible. Derecha e izquierda institucionales compartirían “una nueva ideología mundialista emanada del capitalismo ultraliberal, al servicio de los intereses de una oligarquía”.

Para fundamentar sus opiniones, Le Pen apela sin temor a autores de los que difícilmente podría decirse que tienen algo en común con la extrema derecha. Philippe Askenazy es citado en dos ocasiones por su *Manifiesto de economistas aterrados* **(2)**. Utiliza a su vez dos obras de Serge Halimi, una para señalar la invasión mental del mercado y la otra para denunciar a la “aristocracia periodística”. “La mundialización es una alianza entre el consumismo y el materialismo para sacar al Hombre de la Historia y precipitarlo hacia eso que Gilles Lipovetski denomina la ‘era del vacío’”, escribe la presidenta del FN. De Emmanuel Todd a Franklin Roosevelt, de Karl Marx a Maurice Allais, Le Pen hace todo lo posible para redoblar su ataque a la “mundialización”.

Pero es el filósofo Jean-Claude Michéa quien parece haberla impresionado aun más, luego “de conversaciones, debates apasionados que me confrontaron con algunos de mis amigos en

relación a temas tan importantes como el laicismo, la República, el libre comercio o el fin del euro”, especifica la candidata. En varias oportunidades se apoya en este autor, al punto de pedirle “que tenga a bien perdonar[le] que lo nacionalice”. La lectura de *L’Impasse Adam Smith* (3) le permitió, al parecer, comprender por qué la izquierda traicionó sus ideales, abandonando “el campo de la defensa de las clases populares, de los obreros, para evaporarse en la defensa del excluido o del indocumentado”.

La dirigente de extrema derecha aprovecha para rendir un inverosímil y retroactivo homenaje al bando contrario: “Desde su nacimiento, la izquierda siempre llevó adelante enormes luchas de liberación. Inició su historia política en nombre de la Razón, contra las verdades reveladas: los filósofos y enciclopedistas atacaron a la Iglesia, la Infame, puesto que consideraban que oprimía las conciencias”. Lo apreciarán los diarios de extrema derecha *Rivarol*, *Minute* y *Présent*, que ya no querían a la señora Le Pen.

Hasta en su denuncia a la inmigración –elemento esencial de su crítica a la mundialización–, Le Pen se esfuerza por argumentar desde una perspectiva social. Hace énfasis en la “situación de competencia con todos los trabajadores de otros países” como causa del infortunio de los asalariados franceses, menciona ciertas “deslocalizaciones a domicilio” y agita la “horrenda máscara de la esclavitud moderna”. Una vez más, la dirigente de extrema derecha adopta alegremente declaraciones del bando contrario. Exhuma una cita de Pierre Mendès France, que data del 19 de enero de 1957, en la que el ex Presidente del Consejo considera que su país debe conservar el derecho “a limitar la inmigración en Francia, sobre todo cuando la coyuntura económica lo torne necesario, y aplicar protecciones contra el riesgo de desempleo y una caída del nivel de vida importados de afuera”.

La candidata frentista también extrae argumentos de la carta enviada por Georges Marchais, el 6 de enero de 1981, al rector de la Gran Mezquita de París, en la que el secretario general del Partido Comunista francés (PCF) explica por qué “hay que detener la inmigración, bajo pena de lanzar más trabajadores al desempleo”, y se refiere a “tensiones” y fenómenos de “guetos”. Pero, como señala

Alexis Corbière –dirigente del partido de izquierda–, Le Pen olvida convenientemente citar otra frase de Marchais, donde afirma que “lo que nos guía es la comunidad de intereses, la solidaridad de los trabajadores inmigrantes. Todo lo contrario del odio y la ruptura” (4).

La lucha contra la mundialización sigue siendo la piedra angular del FN, que le permite unificar la crítica de la economía de libre comercio y la de la inmigración. Le Pen convoca a una “política de reindustrialización y relocalización de las actividades”, la única que “permitirá una ecología auténtica”, defiende el proteccionismo y propone la salida del euro. La estrategia consistente en hacer suya una temática con connotación social para desarrollar su proyecto político es demasiado sistemática como para no haber sido largamente madurada.

“Lo digo sin reparos: la división entre la izquierda y la derecha ya no existe”, se lee en su libro. Las posiciones de la candidata FN sobre los temas de la inseguridad y la inmigración no dejan por ello de estar firmemente ancladas en la derecha más dura, aun cuando algunas mitigaciones separan su programa del que llevó adelante su padre cinco años atrás.

Con respecto a la inmigración, su orientación sigue siendo radical, especialmente por la “reducción de la inmigración legal de doscientos mil a diez mil ingresos por año en cinco años” o también la “supresión del derecho al suelo”. La “preferencia nacional”, tan cara a Le Pen padre, dio paso a la “prioridad nacional”. En 2007, el candidato del FN propuso “reservar las diversas ayudas sociales y las asignaciones familiares únicamente a los franceses”. Hoy su hija considera que las empresas deben “a iguales competencias, dar preferencia a personas que tengan la nacionalidad francesa”, y aplica la misma lógica a la vivienda social. En cuanto a las asignaciones familiares, se reservarían “a las familias en las que al menos uno de los padres sea francés o europeo”.

**“La última marxista de Occidente”**

La evolución del padre a la hija es más clara en materia económica. El jefe histórico del FN no ocultaba su admiración por el presidente estadounidense Ronald Reagan (1981-1989). Ex diputado poujadista, Le Pen se posicionaba como defensor de la libre empresa, denunciando incansablemente el "estatismo" y el "fiscalismo". En 2012, su hija preconizaba un "Estado fuerte que controle la actividad financiera y la especulación", y que no tema encarar la "nacionalización, así sea parcial y temporaria, de los bancos de depósito en dificultades". Su padre proponía llevar al 20% la tasa impositiva de la franja de ingresos más alta, en tanto ella quiere llevarla al 46%.

Allí donde Le Pen era partidario de "volver a una edad legal jubilatoria de 65 años", su hija promete que "se llevará progresivamente a los 60 años", e incluso que "debe fijarse como objetivo el retorno lo antes posible al principio de cuarenta anualidades de aportes para acceder al pleno goce de la jubilación".

Al ser interrogados sobre estos deslizamientos programáticos, los dirigentes del FN los justifican por la transformación del mundo en sí. Algunas declaraciones de Le Pen hija traslucen cierta nostalgia por la Francia de "los Treinta Gloriosos": "Francia, con su economía mixta, su Estado influyente que limita el libre juego de los poderes económicos, su legislación social protectora y su salario mínimo, sus servicios públicos 'costosos', su educación y función pública 'no rentables', su sistema de salud generoso, sus grandes monopolios de gas, electricidad, transporte, correo, estaba muy lejos del ideal soñado por los ultraliberales". La candidata frentista afirma que quiere resucitar la "planificación estratégica", y alude a la "ardiente obligación", tan cara al general De Gaulle.

Nada de esto condice con las raíces de una extrema derecha francesa de sensibilidades múltiples, que Le Pen padre logró representar en los años 70. Yvan Blot, ex dirigente del FN y fundador del Club de l'Horloge, destila indignación cuando escribe: la señora Le Pen "es la última marxista de Occidente. Sus electores, preocupados por la inmigración y la seguridad iquedarán pasmados por el desajuste entre sus preocupaciones y las de Marine La Roja!" (5).

¿Cuánto puede confiarse en los escritos de una candidata en campaña? Florian Philippot, director estratégico de la campaña de Le Pen, asegura que “ella sostuvo la pluma de la A a la Z”. Este egresado de la Escuela Nacional de Administración (ENA), que pasó por el Movimiento Republicano y Ciudadano de Jean-Pierre Chevènement, admite sin embargo que el libro es fruto de un “trabajo colectivo de dos años”.

¿Responden estos escritos a una táctica de diversificación de los apoyos? Efectivamente, el FN está actualmente en situación monopólica en la extrema derecha. Es decir que puede contar con un público tradicional cautivo, y buscar nuevos electores. Por ejemplo los docentes, a quienes Marine Le Pen interpelló durante un coloquio sobre la educación organizado por el *think tank* frentista Idées Nation, el 29 de septiembre de 2011, en estos términos: “Durante mucho tiempo hubo un malentendido entre nosotros. Durante mucho tiempo dimos la impresión de mirarlos como enemigos. Durante mucho tiempo no supimos hablar, encontrar las palabras [...]. Durante mucho tiempo, cometimos el error de pensar que ustedes eran cómplices o permanecían pasivos frente a la destrucción de la educación. Con respecto a la inmensa mayoría de ustedes, eso fue un error y esa época quedó atrás”.

Asimismo, la crítica de las injusticias e incoherencias de un sistema económico desequilibrado puede –en un contexto de crisis– constituir una estrategia realista para conquistar a los sectores populares.

Denunciar la impostura es una tentación. Muchas de las posiciones aparentemente sociales del Frente marinista no resisten un análisis profundo. La señora Le Pen promete un “Estado fuerte” y reexaminar la Revisión General de las Políticas Públicas (RGPP), en cuyo nombre se suprimen masivamente puestos de empleados públicos pero ordena a las colectividades territoriales que presenten “un plan imperativo de reducción o estabilización de sus efectivos”. Otro ejemplo: su programa incluye el tentador aumento neto de 200 euros de los salarios de hasta 1,4 veces el SMIC (salario mínimo interprofesional de crecimiento), financiado por una “contribución social a las importaciones”; pero en realidad se trata de reducir los

aportes sociales salariales en igual monto, lo cual no implicaría reequilibramiento alguno de la distribución de la riqueza, problemática totalmente ajena a este partido.

Por otro lado, la candidata del FN a duras penas concilia los dos aspectos de su propaganda, potencialmente dirigidos a dos públicos distintos. La cuestión del aborto es sintomática de su dificultad de conformar a la vez a un electorado tradicional, muy hostil a toda interrupción del embarazo, y a algunos nuevos apoyos cosechados en el ámbito de los derechos de las mujeres. Dentro de su programa, Le Pen se mantuvo en una ambigua “libertad de las mujeres de no abortar”, para luego especificar que el reembolso de las interrupciones del embarazo no sería “prioritario”, o incluso se suprimiría, en caso de que existiera déficit en la Seguridad Social.

La ofensiva del candidato Nicolas Sarkozy en las elecciones de 2012 sobre las temáticas originales del FN, parcialmente coronada por el éxito según los sondeos, obligó entonces a la candidata del partido de extrema derecha a endurecer otra vez, en campaña, su discurso sobre la inmigración y el islam. No obstante, realizó esfuerzos por no abandonar la cuestión del descontento económico, con el que contaba para ampliar su influencia entre las clases populares y medias. Esta rivalidad entre la Unión para un Movimiento Popular (UMP) y el FN limita, con todo, las audacias innovadoras de la nueva dirigente frentista, que no puede arriesgarse a desprenderse totalmente de las raíces históricas de su partido. ■

Traducción: Patricia Minarrieta

---

**1** Marine Le Pen, *Pour que vive la France*, Jacques Grancher, París, 2012.

**2** Philippe Askenazy, Thomas Coutrot, André Orléan y Henri Sterdyniak, *Manifeste d'économistes atterrés. Crise et dettes en Europe: 10 fausses évidences, 22 mesures en débat pour sortir de l'impasse*, Les Liens qui libèrent, París, 2010.

**3** El título exacto es *Impasse Adam Smith. Brèves remarques sur l'impossibilité de dépasser le capitalisme sur sa gauche*, Flammarion, París, 2006.

**4** Alexis Corbière, "Marine Le Pen, un livre absurde et dangereux pour la France", [www.placeaupleu2012.fr](http://www.placeaupleu2012.fr), 3-2-12.

**5** Yvan Blot, "Un livre néomarxiste? Quand Marine le Pen devient Marine la rouge...", [www.atlantico.fr](http://www.atlantico.fr), 4-3-12

# **El estallido de Europa: Alemania, los refugiados y el Brexit**

Wolfgang Streeck

Ahora está claro **(1)** que una de las razones más importantes, si no la más importante, por la que los británicos votaron para abandonar la Unión Europea (UE) fue la inmigración. El Reino Unido tuvo durante mucho tiempo un gran número de inmigrantes de la Commonwealth. La adhesión a la Unión Europea añadió como una de sus "cuatro libertades" el libre movimiento de trabajadores dentro del mercado interno. La inclusión de Europa del Este en 2004 trajo una oleada de inmigración de Polonia y otros países, promovida por el gobierno del Nuevo Laborismo de ese momento, que omitió el período de transición permitido por los tratados y permitió la inmediata movilidad dentro del mercado de trabajo británico **(2)**.

Existen razones para creer que esto fue en respuesta a déficits de capacitación de larga data en la mano de obra interna a causa de la subinversión en educación y, en general, para presionar a los trabajadores británicos, en particular a los del extremo inferior de la escala salarial, para que fueran más "competitivos". El resultado fue un resentimiento cada vez mayor hacia las políticas laborales y de inmigración del gobierno, incluyendo la retórica moral cosmopolita esgrimida en su defensa **(3)**.

La iniciativa de David Cameron de negociar cambios cosméticos en los tratados europeos y después convocar a un referéndum sobre la adhesión británica a la UE fue en parte una reacción al resentimiento anti inmigración acumulado. La esperanza era obtener los suficientes privilegios de Bruselas en materia de "libre movimiento" para que el gobierno derrotara al Euro-separatismo, representado en particular por un nuevo partido político, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP). Además, el voto para permanecer establecería de una vez y para siempre la legitimidad

política de un mercado laboral nacional abierto, con una oferta de mano de obra efectivamente ilimitada. Los adversarios de Cameron, liderados por su viejo rival Boris Johnson, defensores del Brexit, vieron en el referéndum una oportunidad de quebrar al Partido Laborista, dividiéndolo entre sus tradicionales votantes de la clase trabajadora y sus seguidores de las clases medias liberales y cosmopolitas, y absorber para el campo conservador tanto al UKIP como a los votantes de clase trabajadora anti inmigración.

## **El yugo de la administración Merkel**

Que Cameron perdiera y Johnson ganara, para sorpresa de ambos, tal vez pueda explicarse en gran medida por el despliegue de la “crisis de los refugiados” que tuvo lugar en Europa en 2015, administrada por Alemania y el gobierno de Angela Merkel. Las patologías particulares de la política y las leyes alemanas, que se manifiestan en especial –aunque no exclusivamente– en el asilo y las políticas inmigratorias, con su potencial inintencionado pero efectivo para hacer estallar la Unión Europea, ya eran discernibles a principios de 2016, cuando escribí mi artículo original (4), del que éste es una Postdata. Incluso un “euro pesimista” habría dudado en aquel momento en predecir que la enorme disfuncionalidad del europeísmo alemán para la cohesión europea saldría a la luz de forma tan espectacular sólo unos meses después, en un evento tan fatídico como el voto británico.

Sin embargo, los ingredientes de una larga serie de catástrofes anunciadas estaban descritos en ese artículo: en particular, una visión del mundo alemana fundada en la negación moralista de la existencia de intereses nacionales legítimos, que obliga y a la vez le permite a la clase política alemana plantear los intereses y las políticas de Alemania como europeos en general, para los cuales no puede haber alternativas alemanas o de ninguna otra nación; un malentendido etnocéntrico profundamente enraizado que supone que las reacciones de la política interna alemana y del público alemán a la política alemana son reacciones europeas, y que el sentido común alemán es al mismo tiempo un sentido común

europeo, si no global; un sistema político alemán de gobierno parlamentario controlado por una Canciller a la manera de un presidente imparcial, que permite giros imprevistos de 180 grados según las oportunidades o las necesidades, y la ausencia de una oposición que haga preguntas incómodas y por lo tanto ponga al descubierto, también para el mundo exterior, los intereses que subyacen a las políticas que se presentan como deberes humanitarios más allá de la elección política.

En los próximos años, los historiadores tendrán que desentrañar los motivos detrás de la apertura de las fronteras alemanas hacia fines del verano de 2015. Uno de ellos parece haber sido el deseo de desviar la atención de la masacre instigada por Alemania del gobierno griego Syriza, y recuperar la autoridad moral presentando un contraste favorable con "La jungla", el campo de refugiados en la entrada francesa del Eurotúnel, que había atraído la atención incesante de la prensa alemana y, más importante aún, del público alemán en redes sociales. Como ya se mencionó en ese artículo, también había tenido lugar el desastre en materia de relaciones públicas de Merkel con Reem, la niña refugiada palestina **(5)**. Del lado menos emocional estaba el ansia crónica de mano de obra de la economía alemana, en particular el temor entre los empleadores alemanes a un cuello de botella en la oferta laboral que hiciera subir los salarios u obligara a reubicar la producción en el extranjero en defensa de un mercado de divisas internacional. Durante algún tiempo hubo un enorme entusiasmo por los ingenieros universitarios españoles que escapaban de la crisis en su país y tomaban empleos en fábricas automotrices alemanas **(6)**. Pero la libertad de movimiento para inmigrantes pertenecientes a la UE no fue suficiente para cerrar la brecha demográfica alemana y, lo que es más importante, para asegurar la solvencia a largo plazo del sistema de seguridad social alemán. Esto trajo de nuevo a colación el viejo tema de la política inmigratoria alemana. Sin embargo, la aprobación de la ley había quedado atascada entre la resistencia conservadora del propio partido de Merkel y las ansias de multiculturalismo de los miembros del ala cosmopolita liberal de los Social-Demócratas y los

Verdes; un callejón sin salida que no se resolvería pronto, como quedó claro en el verano de 2015.

El resultado fue la tentación irresistible de usar a los refugiados y al asilo político como un sustituto de verdaderas leyes inmigratorias, una suerte de política inmigratoria alternativa **(7)**.

Como se supo en 2016, Prognos, una consultora empleada por el Gobierno Federal, había estimado que Alemania necesitaría 500.000 inmigrantes por año durante los siguientes quince años, hasta 2040, si el país quería evitar un descenso en su reserva de mano de obra **(8)**. A diferencia de la inmigración convencional, en cuyo caso la responsabilidad habría sido asumida por el gobierno, la inmigración por asilo y protección de refugiados tenía la ventaja de que podía ser presentada como una obligación humanitaria, y en efecto, consagrada en la ley internacional, para la cual “no había alternativa” moral ni legal. Los argumentos económicos para la inmigración podrían haber sido refutados y haber provocado cuestionamientos sobre los salarios y las oportunidades para los actuales y futuros trabajadores alemanes, mientras que los argumentos humanitarios se asegurarían el apoyo de las iglesias y de todos aquellos que creen que Alemania tiene una responsabilidad especial en asuntos humanitarios. Además, las leyes alemanas, europeas e internacionales sobre el asilo y el trato hacia los refugiados podían interpretarse de modo de permitir que no hubiera un “tope máximo” de inmigrantes que pudiera recibir el país, externalizando la decisión sobre el volumen de la inmigración, y dándole un sentido legal adicional a la afirmación de Merkel de que en la era de la “globalización” las fronteras ya no podían ser controladas, una afirmación que fue recibida con gran asombro en las capitales europeas. La política inmigratoria camuflada como política de asilo y refugio tenía la ventaja adicional de que podía ser “europeizada” usando la maquinaria de Bruselas para su implementación y legitimación. Para esto, otros países miembros debían compartir, o hacer de cuenta que compartían, la interpretación alemana de la ley internacional y europea.

Originalmente, en otoño de 2015, el gobierno alemán interpretó que la obligación europea implicaba que ni las fronteras externas de

la Unión, ni las internas entre países Schengen, podían cerrarse legalmente a los migrantes, sin importar su clase o procedencia, siempre que solicitaran asilo o alguna otra forma de protección. Sin embargo, nadie más estuvo de acuerdo en suscribir esto, de modo que Hungría, un pequeño Estado miembro cuyo gobierno resultaba ser poco popular en los círculos liberales, fue elegido como chivo expiatorio y sufrió la repulsa pública cuando hizo lo que consideró su obligación como Estado Schengen, es decir, vigilar sus fronteras exteriores. La europeización, aunque solo fuera en los papeles, debía hacer que la política de Merkel en materia de refugiados e inmigración fuera inexpugnable en Alemania, especialmente en tanto prometía aligerar la negativa del gobierno a especificar un "tope máximo" de cupos para la ubicación de refugiados y solicitantes de asilo en otros países miembros.

Esto, sin embargo, requirió de presión política, en especial en países miembros más pequeños, cuya población no podía tolerar un número inespecífico de inmigrantes seleccionado para ellos por Bruselas. Gran Bretaña y Francia, por el contrario, quedaron libres de la presión "europea" y alemana, aunque ahora parece que la retórica de los cupos no dejó de impresionar a los votantes británicos. En realidad, *a posteriori*, todo indica que la europeización de la estrategia de inmigración por asilo de Alemania fue pensada desde un principio para uso alemán, como lo demuestra el hecho de que la invitación de Merkel a principios de septiembre de 2015 a los migrantes de los Balcanes ("Madre Merkel", con *selfies* incluidas) se extendió sin ser consultada con las autoridades de la Unión Europea o los gobiernos de los Estados miembros. Es más, nunca se tomaron en consideración los diversos mercados laborales y las condiciones políticas de los países que supuestamente debían acoger cifras fijas de lo que sería un flujo ilimitado de migrantes, entre ellos, países con altas tasas de natalidad (Polonia, Irlanda), políticas familiares ambiciosas (Hungría), mercados laborales débiles (España) y perspectivas económicas inciertas (Italia).

## **El fin de la integración**

La forma en que se desbarató la estrategia de Merkel y cómo llegó a su fin la integración europea tal como la conocemos no se puede rastrear aquí en detalle. En Francia, luego de los ataques terroristas de noviembre, la seguridad tomó prioridad por sobre el asilo, y Gran Bretaña, como hoy podemos ver, luchaba desde hacía tiempo con un creciente sentimiento anti inmigración. En Alemania, los eventos de la víspera de año nuevo en Colonia hicieron virar por completo la opinión pública, y los reportes periodísticos reforzaron ese nuevo clima, que antes era minimizado por la prensa, hablando de conflictos con y entre migrantes decepcionados: las estrictas leyes de asilo alemanas, el desorden burocrático que se produjo al tener que procesar las solicitudes de un millón de refugiados a la vez –la mayoría de los cuales decían haber perdido sus documentos– las dificultades y los altos costos de alojamiento y educación, etc., etc.

Frente a tres importantes elecciones regionales en marzo, Merkel tenía que evitar que sus seguidores de la *Willkommenskultur* sintieran que los había abandonado y, al mismo tiempo, asegurar a los votantes anti refugiados que la inmigración sin tope había terminado. Para el ejercicio necesario del equívoco –una disciplina en la que siempre ha sobresalido (9)– acudió a Turquía para que frenara la afluencia con un trato disfrazado de “solución europea”, prometida desde un principio. Este trato incluía la posibilidad de una membresía para Turquía en la Unión Europea, algo a lo que Merkel siempre se opuso vigorosamente. Todo esto requirió mucha indulgencia por parte de Europa, a cambio de lo cual Alemania debía abstenerse efectivamente de insistir en la implementación de los cupos para refugiados.

En los meses siguientes, el número de inmigrantes decayó hasta volverse casi insignificante. El precio que debía pagarse por esto al presidente turco se hizo más elevado a medida que Recep Tayyip Erdogan se sintió alentado por su fuerte posición para negociar – puede reabrir la ruta a los Balcanes en cualquier momento–, primero para tomar medidas contra el movimiento kurdo y después para purgar al Estado y al ejército turcos de sus oponentes restantes. Nadie sabe por cuánto tiempo el gobierno alemán podrá seguir contando con él, en especial dado que sus numerosos seguidores

dentro de la vasta comunidad turco-alemana empiezan a trasladar el conflicto turco a su nuevo país.

Mientras tanto, el entusiasmo entre los empleadores alemanes sobre la inmigración por asilo se desvaneció rápidamente, ya que resultó que la mayoría, si no todos los refugiados, necesitarían una extensa formación antes de poder ser empleados por la industria alemana. En julio de 2016, se comunicó que las treinta principales empresas del índice DAX no habían contratado a más de 54 de los refugiados de 2015 para puestos regulares **(10)**. Luego de que el primer ministro húngaro, Orbán, visitara a un enfermo Helmut Kohl en su residencia privada **(11)**, Merkel aplaudió públicamente su esfuerzo por proteger las fronteras exteriores de la Unión Europea, sobre todo porque los ataques terroristas de julio en Alemania habían eliminado para siempre la posibilidad de reapertura de las fronteras alemanas o, de hecho, europeas, para el otoño de 2015. Como resultado de todo esto, el régimen de Dublín se ha desmoronado, el próximo otoño boreal habrá un referéndum húngaro sobre el cupo en la inmigración europea, y lo mismo sucede con el espacio Schengen, ya que los países escandinavos siguen vigilando activamente sus fronteras. Es más, el gobierno alemán y su maquinaria extendida en Bruselas han perdido toda autoridad sobre las políticas de refugiados de otros Estados miembros, con la consecuente re-nacionalización de estos últimos. Además, las negociaciones con Gran Bretaña por el Artículo 50 son inminentes, y de resultados inciertos; Alemania tendrá que hallar maneras más convencionales de compensar su baja tasa de natalidad y la atención pública vuelve una vez más al problema irresoluble de la Unión Monetaria Europea, ya que en breve deberán ser rescatados los bancos italianos y Grecia está inevitablemente a la espera de otra ronda de mano firme.

No todo lo que Alemania obliga a Europa a adoptar como políticas europeas es tomado en serio por otros países de la UE [fines de 2016]. Para evitar contradecir públicamente a la Canciller alemana, dañando su imagen frente a su público interno y dando lugar a represalias, los líderes europeos guardan silencio mientras se reservan para sí mismos la opción de seguir sus propios planes

cuando el momento de actuar se vuelva inevitable. Ayudarse unos a otros para conservar la buena imagen es la primera y principal obligación de la membresía del club de líderes europeos, mucho más importante que la búsqueda colectiva de políticas adoptadas en común, en el caso de que las haya. Una política tan astuta como Angela Merkel estaba al tanto, sin dudas, de que cuando los líderes europeos apoyaron su política de refugio y asilo, lo hicieron sólo como un favor, con la esperanza de obtener una retribución futura. De hecho, si bien el gobierno alemán insiste públicamente en una lectura literal de los tratados europeos, ha evitado durante mucho tiempo hacer comentarios sobre las actividades del Banco Central Europeo, que equivalen a la financiación de déficits públicos muy por encima de las directrices de los diversos pactos europeos de consolidación. Mientras que de ésta y de otras maneras "Europa" se está desintegrando, se preserva la apariencia de que existen políticas unificadas, que es lo que les importa a los gobiernos que dependen de ello para legitimar sus políticas nacionales.

Los votantes británicos no siguen la política europea tan de cerca como para entender las sutiles diferencias, cultivadas por los gobiernos europeos, entre la apariencia y la realidad de Europa, y las sofisticadas técnicas desarrolladas para pasar de una a la otra. Al enterarse de las políticas de refugiados que el gobierno de Merkel le vendió al público alemán como políticas europeas, deben haber temido que en algún momento su país también tuviera que adoptarlas.

No entendieron del todo lo que sucedía entre Berlín y Bruselas en la crítica segunda mitad de 2015, pero eso no hizo que las cosas fueran menos amenazantes (y si lo hubieran entendido, tal vez habría sido peor). El eslogan de la campaña para salir de la UE, “Volver a tomar el control”, debe ser leído en gran medida como reflejo del deseo de no estar sujetos a las misteriosas idiosincrasias de un gobierno alemán dotado por su sistema político de libertad casi ilimitada para maniobrar y al que una oposición acorralada y astuta le permitió presentar sus necesidades internas como intereses europeos coherentes con los valores europeos. Al mirar al otro lado del Canal, hacia el continente, es muy posible que los votantes británicos se hayan visto atemorizados o apesadumbrados por la obligación poco constitucional, democráticamente inalterable, de abrir sus fronteras y su mercado laboral de forma incondicional, no sólo a inmigrantes de otros países menos prósperos de la UE, sino también a cualquiera que pidiera la entrada en busca de asilo o refugio político. La perspectiva de tener que adecuarse al modo en que Alemania –con su particular política, demografía y mercado laboral– había elegido interpretar la ley internacional, sujeta a reinterpretaciones según los cambios en la economía y los intereses políticos alemanes, sin duda fue una de las mayores fuerzas detrás del Brexit, un golpe histórico a la integración europea tal como la conocemos. ■

Traducción: Virginia Higa

---

**1** “Posdata a Wolfgang Streeck, ‘Scenario for a Wonderful Tomorrow’” [Escenario para un mañana maravilloso], *London Review of Books*, Vol. 38, Nº 7, 31 de marzo de 2016, pp. 7-11, agosto de 2016.

**2** Otros países, incluyendo a Alemania durante el gobierno de la coalición roja-verde de Schröder, hicieron uso de la posibilidad de contar con un período de espera de siete años para recibir la inmigración de países miembros recientes. Eso hizo que, durante un largo período, Gran Bretaña fuera el único país abierto a ciudadanos de Polonia y otros países del Este de Europa que buscaban empleo. Si bien el gobierno de Blair dejó en claro que no esperaba más de 13.000

inmigrantes polacos, finalmente el número llegó a los 750.000, además de otros cientos de miles de europeos del Este. Ver Tom Bower, "Zu viel der Freizügigkeit", *Die Welt*, 2-7-16, y *Broken Vows: Tony Blair, the Tragedy of Power*, Faber & Faber, Londres, 2016.

**3** El cosmopolitismo liberal, de libre mercado, se disfraza de heredero contemporáneo en un mundo "globalizado" del internacionalismo de la clase trabajadora de los siglos XIX y XX. Esto es para borrar el hecho de que aquél implicaba una acción política colectiva para evitar y proteger a los trabajadores de tener que competir con otros trabajadores para mantenerse. Pero el internacionalismo de libre mercado convierte en una obligación moral y un asunto de solidaridad de clase trabajadora que los mismos trabajadores puedan ser desplazados de sus trabajos por otros trabajadores dispuestos u obligados a trabajar por menos dinero.

**4** Wolfgang Streeck, "Scenario for a Wonderful Tomorrow", *London Review of Books*, Londres, 2016.

**5** En julio de 2016 se supo que en abril, Merkel había invitado a Reem a visitarla en su oficina de la Cancillería. Previamente, ella y su familia habían obtenido un permiso para quedarse en Alemania por dos años más. Eso les permitiría pasar el período de tres años después de los cuales se les permite a los inmigrantes quedarse definitivamente.

**6** Hoy en día, Alemania es la región más próspera de la Unión Monetaria Europea, que puede considerarse una economía transnacional integrada, caracterizada por disparidades regionales en rápido aumento. Alemania es a España lo que Baden-Württemberg es a Mecklenburg-Vorpommern, o Lombardía a Sicilia.

**7** Para este punto véase el detallado análisis legal y político provisto por David Abraham, "The Refugee Crisis and Germany: From Migration Crisis to Immigration and Integration Regime", University of Miami, Legal Studies Research Paper Nº 16-17, 2016, <http://ssrn.com/abstract=2746659>

**8** El número, por cierto, es aproximadamente el mismo que el gobierno del Nuevo Laborismo de Blair y Brown admitieron en Gran Bretaña en promedio por año. Véase Tom Bower, *Broken Vows: Tony Blair, the Tragedy of Power*, Faber & Faber, Londres, 2016.

**9** En este momento uno de sus secuaces, el vocero de los cristiano-demócratas Volker Kauder, difundió el mensaje de que "la política de refugiados de Angela Merkel está funcionando", como lo demuestra el hecho de que no está llegando casi ningún nuevo refugiado.

**10** "DAX-Konzerne stellen nur 54 Flüchtlinge ein", *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 4-7-16. Y en mayo de 2016, Alemania, junto con otros países miembros de la Unión Europea, se quejaron formalmente ante el gobierno turco de que los muy pocos refugiados sirios que Turquía envió a Europa bajo el acuerdo Merkel-Erdogan necesitaban amplios tratamientos médicos o no tenían formación. Poco

después, el gobierno turco confirmó que prefería mantener en Turquía a los sirios con formación académica ("European Union-Flüchtlingsdeal: Türkei. lässt hochqualifizierte Syrer nicht ausreisen", Spiegel-Online, 21 de mayo de 2016). El intercambio ilustra la importancia relativa de los motivos humanitarios detrás de la política alemana de refugiados.

**11** *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, "ist du gegen den Frieden?", 11-7-16.

# Democracia corrompida en Hungría

G. M. Tamás

La atmósfera de miedo y desolación que reina en Hungría no es únicamente consecuencia de la crisis económica o de la política del gobierno de Viktor Orbán. También traduce la incapacidad de la república democrática –y del régimen liberal de mercado que la sostiene– de crear un orden social más justo.

El contraste con la situación anterior a la caída del régimen comunista es sorprendente: por represivo que fuera, ese poder ofrecía una eficaz seguridad social, pleno empleo, una mejor política de salud pública, entretenimiento barato o gratuito, mejores condiciones materiales de vida. Todo esto se pagaba, sin duda, con el precio de la hipocresía, la censura, la falta de opciones para el consumidor y el conformismo. El régimen se definía como “socialista” o “comunista”, pero en los hechos se trataba de un Estado de Bienestar, moral y culturalmente conservador. Este Estado introdujo, en una sociedad rural y arcaica, estándares de vida modernos, desde la red de saneamiento hasta la alfabetización, sin olvidar la liberación de los sometimientos propios del viejo mundo, en particular la sumisión a la aristocracia, sustituida por el poder de los funcionarios, militares y burócratas de un Estado autoritario. El “realismo socialista”, como se lo llamaba, reemplazó la mística nacionalista y religiosa por una filosofía positivista promotora de la ciencia y la tecnología.

El prejuicio, muy extendido en Occidente, que atribuye la falta de tradición democrática en Europa del Este a una inclinación natural de estos pueblos al servilismo es absurdo. La desconfianza largamente compartida hacia el liberalismo –hacia su forma de democracia representativa y de sociedad de mercado no igualitaria– no necesariamente significa la adhesión a normas familiares, sexuales o educativas rígidas. Pero por rebeldes que sean los pueblos de

Europa del Este, su transición hacia un régimen de mercado a la occidental fue nefasto para su modelo social. En Hungría, esto acarrió, entre otras cosas, la desaparición de la mitad de los empleos en los dos años siguientes a la caída del bloque soviético. Y el país nunca se recuperó.

El Estado de Bienestar, que declaraba ser un orden igualitario fundado en el equilibrio entre trabajo y capital –gracias al movimiento obrero–, se desintegró. La reducción del impuesto al capital, la liberalización del comercio internacional y el desarrollo de las nuevas tecnologías ocasionaron una vertiginosa caída del salario real y del número de empleos. En un período en que ciertos sectores sociales hasta ese momento preservados eran desplazados al exterior del sistema, el Estado debería haber concentrado sus esfuerzos en aquellos que no lograban ganarse la vida dignamente: desocupados, inmigrantes, niños y personas mayores. Pero no fue así.

Al contrario, los individuos imposibilitados de trabajar empezaron a ser vistos como seres inferiores; toda ayuda pública como un abuso, un privilegio que se otorgaba a los inmigrantes ociosos, las madres solteras, los desocupados, los jubilados, los discapacitados, los empleados estatales, estudiantes, artistas y otros intelectuales. Con la expulsión de inmigrantes se pretende demostrar que los excluidos del sistema son fundamentalmente –por no decir racialmente– extranjeros, y moralmente culpables.

Mientras comienza a librarse la lucha a muerte por recursos y servicios sociales cada vez más escasos, el poder presenta los motivos de esa contienda en términos de excelencia moral, aptitud biológica y superioridad intelectual. Sólo las personas jóvenes, diligentes y flexibles se juzgan dignas de consideración: rechazar esos criterios es rechazar el orden natural de las cosas. Los que no desean competir, o no son capaces de hacerlo, quedan sometidos a la coerción del Estado, e inclusive a la represión policial. Los opositores a esa política son acusados de utopistas, totalitarios, hombres y mujeres del pasado, contrarios a unas libertades que costó mucho conquistar.

Es en este terreno donde se desarrolló la nueva mayoría de derecha. Detentadora de dos tercios de los escaños del Parlamento húngaro, ella tiene el poder de enmendar la Constitución, y hasta de escribir otra. El jefe de esta mayoría, Orbán, había sido un aplicador diligente y eficaz de las políticas del precedente gobierno liberal-socialista, impopular, impotente y corrupto al mismo tiempo. Apoyó el referéndum victorioso que lanzaron los sindicatos contra el arancel de ingreso a la universidad y contra el aumento de las tarifas de la salud (aunque después volvió a introducir ambos sin la menor reacción de la gente). Durante su campaña, en 2010, no presentó ningún programa propiamente dicho. Mantuvo en secreto la mayor parte de las medidas que adoptó desde entonces.

Las leyes se votaron tan rápidamente que se hace difícil llevar la cuenta. El 23 de diciembre de 2011, en vísperas del receso parlamentario, la mayoría hizo aprobar una ley que enmienda de una vez otras trescientas siete. El objetivo de este furor legislativo (en un solo día, siempre en diciembre, se aprobaron dieciséis leyes) es simple: primero, perpetuar el poder del partido mayoritario a través del nombramiento, por nueve o doce años, de los máximos colaboradores del Estado; después, reemplazar los órganos representativos por autoridades al servicio de la derecha y sus aliados del sector empresarial. Si bien la derecha ya controla el 93% de las asambleas locales, la mayoría de ellas serán sustituidas por administradores del gobierno, o sus poderes se verán sensiblemente reducidos. Gracias a múltiples artimañas, el personal de las cortes de justicia, de las agencias de evaluación del Estado, de los medios, las universidades, instituciones culturales, etc., será designado por el gobierno por tiempo indeterminado.

La nueva división en circunscripciones electorales garantiza al partido en el poder los dos tercios de los escaños con el 25% de los votos. El guardaespaldas personal de Orbán dirige la principal agencia de información. Con las nuevas disposiciones legales se vuelven imposibles las huelgas y los referéndums, y el artículo que preveía "un salario igual por un trabajo igual", fue suprimido de la Constitución. Esta incluye en adelante diversas medidas que apuntan

a impedir cualquier cambio, como un impuesto sobre el ingreso de tasa única (*flat tax*) del 16%.

La Unión Europea y la prensa liberal occidental, que hacen oír su indignación frente a los planteos de limitar la autonomía del Banco Central húngaro, nada dicen sobre las protestas de la Federación sindical europea contra una represiva legislación del trabajo. Los partidos comunistas y sus sucesores, es decir, los dos partidos socialistas de la oposición (Partido Socialista Húngaro, MSzP, y la Coalición Democrática), son etiquetados por la nueva Constitución de "organizaciones criminales". La enseñanza pública se transforma en un sistema ultracompetitivo, controlado por la Iglesia Católica. El embrión es considerado en adelante como un "ser humano desde el inicio del embarazo". Se rebautizan las calles que llevan los nombres de los mártires antifascistas o inclusive del presidente estadounidense Franklin Roosevelt, en tanto se inaugura una nueva estatua a la gloria de Ronald Reagan.

Algunas medidas del gobierno de derecha –la nacionalización de los fondos de pensión privados, los impuestos especiales que se cobran a algunos bancos extranjeros y a ciertas cadenas de gran distribución como Tesco, o la conversión parcial a florines húngaros de las deudas inmobiliarias expresadas en divisas extranjeras– suscitaron en el Oeste la cólera de los círculos financieros. En realidad, tales medidas son formuladas de manera tal que sólo benefician a algunas franjas de las clases medias superiores.

## **El fin del Estado de Bienestar**

Lo que Orbán tenía en mente desde el comienzo era una forma de renacimiento nacional. No sólo una grandeza restaurada, sino también prosperidad económica y rehabilitación de un Estado que él percibe, no sin razón, como una institución ineficaz que ya nadie respeta. Ve en una clase media vasta y fuerte, emprendedora, valiente, disciplinada, la columna vertebral del país. Todas las reformas fiscales y todos los subsidios están al servicio de ese grupo social preponderantemente joven al cual pertenecen él mismo y sus amigos. Su ideal: los pequeños empresarios, las profesiones

liberales, los patriotas, leales, piadosos, respetuosos de la tradición y la autoridad. La derecha los ayudó a comprar sus propias casas, una de las causas de la escalada del endeudamiento de los hogares, tanto en Hungría como en otras partes.

A semejanza de los conservadores de Europa Central, la derecha húngara estima que los adversarios de esta clase media son, por un lado, las multinacionales, las instituciones financieras y el "capitalismo financiero" y por el otro, los proletarios, los pobres, los "comunistas" –sin hablar de la categoría de los "subhumanos" inexplorables–. Más que racista a la antigua, la derecha húngara se opone sobre todo a subsidiar a los pobres, a dar ayuda a los desocupados, comparados con los gitanos (lo cual es, por otro lado, totalmente discutible), y a todos los elementos "improductivos" de la sociedad, que se designan como "inactivos", englobando en esta categoría a los jubilados.

Para favorecer a su clientela, el gobierno necesita dinero y efectúa recortes presupuestarios. No más subsidios para las artes, la arqueología, los museos, la edición, la investigación; así se libera, de paso, de la *intelligentsia* moderada o izquierdizante. Ya no hay recursos para el transporte público, el medio ambiente, los hospitales, las universidades, las escuelas elementales, la ayuda a los ciegos, los sordos, los discapacitados y los enfermos. En cambio, se financia profusamente el deporte, que tiene fama de estimular la combatividad, el espíritu de grupo, la lealtad, la disciplina personal, el esfuerzo viril...

Se prefiere la acción a los discursos (entiéndase: al pensamiento crítico) tan apreciados por las "clases charlatanas". Nada debe sorprender: los conservadores –y en particular los intelectuales conservadores– que hasta hace no mucho responsabilizaban a las sociedades de pensamiento y las logias masónicas de la Revolución Francesa, siempre odiaron a los intelectuales contestatarios.

Orbán, que habla de una "sociedad fundada en el trabajo", sepultó oficialmente al Estado de Bienestar. En eso no se diferencia de la mayoría de los dirigentes occidentales, que sin embargo gritarían escandalizados si se compararan las ideas del húngaro con las suyas. El Primer Ministro es simplemente más franco y coherente

que ellos. Su menor apego a la formalidad, las tradiciones y el aparato le permiten aplicar reformas radicales. Una de ellas prevé que las indemnizaciones por desempleo no se verterán sino a cambio de servicios, por instrucción de las autoridades y bajo el control del Ministerio del Interior, a cambio de una remuneración muy inferior al salario mínimo vital. Constantemente asediados y humillados, esos "trabajadores públicos", principalmente los gitanos, cumplen sus fajinas bajo estricta vigilancia policial, mientras los medios de derecha los tildan de holgazanes.

Si bien la Unión Europea y Estados Unidos en términos generales están de acuerdo con su política (Orbán se formó como miembro del Partido Popular Europeo), se oponen con vehemencia a sus proclamas nacionalistas y su retórica antibancaria. La propaganda oficial húngara saca de allí los argumentos para sostener que el gobierno húngaro es el blanco de presiones de... la izquierda internacional! Para la derecha radical de Europa Central, capitalismo financiero y comunismo son similares: modernistas, seculares, cosmopolitas y republicanos al mismo tiempo.

Los ataques incesantes de la prensa occidental hicieron que el tiro saliera por la culata en Hungría: algunos parlamentarios neonazis queman banderas de la Unión Europea; la población no entiende que su gobierno, por impopular que sea, pueda encarnar el mal absoluto en el extranjero. La indignación nacionalista amenaza con movilizar a la derecha en contra de quienes encarnan la protesta social y democrática, que deberán entonces oponerse al mismo tiempo a las medidas de austeridad recomendadas por la Unión Europea y a las políticas de la derecha húngara. En suma, las amenazas europeas no hacen más que favorecer al gobierno de Orbán, que después de todo, es producto de un escrutinio democrático.

Existen varias formas de corromper la "democracia". Suprimir subsidios para cambiar la situación política de un país, constituye una forma de extorsión. Todo liberal honesto debería denunciar una cosa así. Por eso la oposición húngara se opone al mismo tiempo a las políticas del gobierno y a las presiones de las instituciones europeas y del Fondo Monetario Internacional. ■

Traducción: Patricia Minarrieta

# La islamofobia se apodera de la "ejemplar"

## Noruega

Remi Nilsen

El viernes 22 de julio de 2011, cuando el barrio administrativo de Oslo, sede de la mayoría de los ministerios y del gobierno, resultó devastado por una bomba, los analistas pensaron enseguida que se trataba de un ataque del terrorismo islamista internacional. Y en la calle se sucedieron las golpizas a inmigrantes (1). Pero cuando se supo de la carnicería en la isla de Utøya, situada a unos cincuenta kilómetros, los ánimos comenzaron a nublarse: ¿por qué el terrorismo internacional habría de exterminar a decenas de adolescentes del campamento de verano de la Liga de Jóvenes Laboristas (AUF)? El asesino que la policía detuvo ese mismo día era un rubio alto de ojos azules, nacido en los barrios acomodados de Oslo: Anders Behring Breivik, ex adherente del Partido del Progreso (*Fremskrittspartiet*), un partido populista de extrema derecha. Los noruegos quedaron conmocionados.

Un ser humano capaz de asesinar a niños a sangre fría es por definición un psicópata. Como Breivik actuó aparentemente solo, esta matanza podría haberse interpretado como un enorme hecho policial, si su autor no hubiera reivindicado un acto político, destinado a hacer comprender que los "marxistas culturales" –es decir, toda la izquierda– están entregando Europa a los musulmanes. Su "Manifiesto" de mil quinientas páginas, publicado en internet, ofrece al lector valiente un florilegio de temas para nada inéditos en los debates políticos noruegos.

Conservadurismo cultural, defensa de los valores cristianos, temor a la desaparición de la cultura e identidad europeas por culpa de una política migratoria demasiado laxa, islamofobia envuelta en un discurso que se atreve a invocar los derechos humanos: todas sus posiciones son similares a las del Partido del Progreso. Por ejemplo,

Carl Ivar Hage, ex responsable del partido, declaraba en 2004 que “hace tiempo que los musulmanes señalaron claramente, al igual que Hitler, que su objetivo a largo plazo es someter al mundo”. En la campaña para las elecciones legislativas de 2009, ganadas por la coalición “rojiverde” **(2)**, pero que verían al Partido del Progreso convertirse en la segunda fuerza política del país, con el 22,9% de los votos **(3)**, su actual presidenta, Siv Jensen, difundió la teoría de una “islamización insidiosa” del país. En agosto de 2010, una figura ascendente del mismo partido, Christian Tybring-Gjedde, acusó al Partido Laborista de “apuñalar la cultura noruega por la espalda”, mientras el responsable de asuntos migratorios posteaba en Twitter este mensaje: “Temo que sea necesaria una nueva cruzada”.

Tres sitios de internet funcionan básicamente como tribunas para este movimiento político –uno de ellos, Right.no, recibe subsidios del Ministerio de Relaciones Exteriores–. Todos se presentan como “críticos” respecto del islam y se declaran abiertamente proisraelíes, denunciando firmemente el antisemitismo. Uno de sus principales animadores, que durante un tiempo fue, según Breivik, su inspirador, es el bloguista Fjordman (“el hombre del fiordo”); durante mucho tiempo anónimo, decidió sin embargo revelar su identidad para que no se lo asociara al asesino de los jóvenes en la isla.

Este ex estudiante de árabe, cuyo verdadero nombre es Peder Jensen, hoy auxiliar de enfermería en una institución para discapacitados mentales, se desempeñó como observador en Hebrón en 2002 para una organización de derechos humanos que defendía a los palestinos. Desde entonces, apoya a Israel. Se basa en las teorías conspirativas difundidas por Bat Ye’or, nombre de pluma de Gisèle Littman Orebi, británica de origen egipcio, en su libro *Eurabia* **(4)**: los dirigentes europeos habrían decidido aliarse a los musulmanes para traicionar a la población blanca a cambio de garantías sobre el aprovisionamiento de petróleo, un viejo fantasma que se remonta a la crisis petrolera de 1973 **(5)**. La inmigración “masiva” de poblaciones cuyo índice de natalidad es supuestamente muy alto sería la manifestación visible de este pacto secreto. O sea que Europa habría entrado en guerra, en un sentido más o menos literal. Con esta ideología, Fjordman y sus acólitos incitan a la

“resistencia activa”, haciendo abierta referencia a la ocupación de Noruega por los nazis. “Estos tipos que les dan palizas a los musulmanes en la calle evidentemente no son neonazis clásicos – señala Thomas Hylland Eriksen, profesor de Antropología Social especialista en multiculturalismo–. No se trata de desocupados de sexo masculino que están en la calle por el cierre de las fábricas. Son personas de clase media baja que leyeron mucho, aunque sus lecturas hayan sido muy selectivas” (6).

¿Existe realmente un “problema de inmigración” en Noruega? La política de apertura a la mano de obra extranjera se interrumpió en 1975. En ese entonces, los paquistaníes desembarcaban en el mercado de trabajo. Esa comunidad, de primera y segunda generación, representa hoy al grupo más importante proveniente de un país exterior a Europa, y a la mayoría de las noventa mil personas de confesión musulmana; recordemos que Noruega es un Estado confesional, donde el 86% de los cinco millones de habitantes pertenece al protestantismo luterano. Aquellos que llegaron después de 1975 son principalmente ciudadanos de la Unión Europea –Suecia, Polonia, Francia, Alemania– empleados por la industria, o refugiados y demandantes de asilo, sometidos a criterios de aceptación muy estrictos.

Si bien el desempleo es más elevado en la población inmigrante (7,7% contra un promedio nacional de 3,3%; en la segunda generación, el desempleo es sólo un 1% más alto que el de los jóvenes en su conjunto) (7), ésta está relativamente bien integrada. Según una encuesta de 2010, el 70% de los noruegos “apreciaban la cultura de los inmigrantes y su participación en la vida activa, y pensaban que los trabajadores inmigrantes de países no escandinavos contribuían positivamente a la economía noruega” (8).

## **Cambio de modelo**

Por tanto, Noruega parece haber logrado crear una sociedad multicultural donde la integración no plantea un problema relevante. ¿Cómo explicar entonces que la islamofobia se haya convertido en un elemento de creciente pregnancia en el debate político? El país –

riquísimo, en particular gracias al petróleo y los recursos pesqueros—resultó muy poco afectado por la crisis financiera de 2008 y la posterior crisis de la deuda. La proporción de personas en edad de trabajar es muy alta dentro de la población total (70%). Sigue imperando el Estado de Bienestar: no hubo recortes drásticos del gasto público (pese a una reorganización que condujo al cierre de algunos establecimientos) y el país mantiene la política social indiscutiblemente más generosa del mundo. Por último, hace años que Noruega encabeza la clasificación establecida por Naciones Unidas de los países con mejores condiciones de vida... No obstante, no estuvo a salvo del neoliberalismo, aplicado por el Partido Laborista: las desigualdades sociales y las diferencias salariales aumentaron muchísimo en los últimos veinte años. “Después de 1990, la diferencia salarial entre el 1% que más gana y la remuneración promedio se acentuó mucho más rápido en Noruega que en el Reino Unido o en Estados Unidos” **(9)**, según un informe de la usina de ideas de izquierda Manifest. La proporción de activos financieros brutos (depósitos bancarios, acciones, etc.) en manos de la clase media se redujo a la mitad de 1984 a 2008. Los ingresos de los más ricos aumentaron mucho, mientras la parte de los salarios en el Producto Interno Bruto (PIB) se desplomaba.

En este contexto, la inmigración pasó a ser una cuestión política central. Los neoliberales, bajo la influencia de la usina de ideas Civita, financiada por organizaciones patronales, se empeñaron en demostrar que el modelo nórdico del Estado de Bienestar ya no era viable, pese a una realidad cotidiana que evidenciaba que la carga fiscal y el crecimiento de la productividad respaldaban ampliamente al sistema actual. El Partido del Progreso y elementos del partido La Derecha (Hoyre) acusaron y siguen acusando por ello a los inmigrantes. En la primavera de 2011 se dio a conocer el informe de una comisión gubernamental sobre el lugar de estos últimos en la vida activa; la derecha se lo apropió para denunciar tanto a la inmigración como al Estado de Bienestar, declarando que “los inmigrantes no occidentales representan una pérdida neta”. Sin embargo, el informe dista de ser tan unívoco; pero el simple hecho

de que un gobierno "rojo-verde" nombre una comisión de este tipo es testimonio de un cambio radical.

La prosperidad creciente del país, cuyo PIB aumentó ininterrumpidamente desde 1998 –a excepción de un retroceso en 2009– y que se encuentra, por habitante, en el tercer lugar de Europa (**10**), permitió ocultar el agravamiento de las desigualdades sociales. Esto le deja a la derecha populista el campo libre para capitalizar las frustraciones de un electorado que se siente maltratado; fundamentalmente la clase media, que desde principios de los años 90 pierde terreno frente a los más ricos. El economista sueco-iraní Ali Esbati, animador de Manifest y ex jefe del partido sueco Juventud de Izquierda, lo subraya: "Cuando los debates políticos sobre las reformas del sistema social, la relación de fuerzas en el mercado laboral o las medidas económicas a tomar no se perciben como parámetros suficientemente importantes en la práctica, entran en juego otros, como por ejemplo, las luchas culturales".

Según Eriksen, "no existe necesariamente una correlación entre el estancamiento económico y el surgimiento de una derecha populista". El académico, no obstante, explica: "La derecha radical islamófoba noruega está integrada por personas que se sienten desclasadas. Consideran que su nivel de vida se estancó; se sienten marginadas y excluidas por la sociedad. Después del 22 de julio de 2011, fueron muchos los que recordaron a viva voz que no se los había escuchado. Se consideran una fuerza fundamental de la nación, pero no llegan a identificarse con esta última, porque se ha impuesto una nueva concepción de la comunidad nacional: más cosmopolita e igualitaria, fundada en la ciudadanía antes que en la pertenencia étnico-nacional".

La derecha populista pretende, justamente, apropiarse de la "voluntad popular". Acerca de esa apropiación de la "voluntad popular", Esbati sostiene: "Los que pertenecen a una elite en determinados ámbitos no soportan ver que quienes ellos desprecian ocupan el terreno y se hacen socialmente más visibles. Odian al movimiento obrero, las organizaciones para la liberación de las mujeres y también a las personalidades de los ámbitos culturales o

académicos que se expresan a favor de otro orden social". Helge Lurås, "experto en terrorismo" ante el muy renombrado Instituto Noruego de Asuntos Internacionales (NUPI), lo confirmaba en un canal de televisión ruso, Russia Today, ese mismo 22 de julio, cuando afirmaba que "los multiculturalistas son responsables del atentado, porque ahogaron la voluntad popular con su política de inmigración".

No deja sin embargo de ser cierto que si bien fue en Noruega donde se ejerció una violencia excepcional, la ola derechista no se limita a Escandinavia. Según Esbati, su origen debe incluso buscarse fuera del contexto escandinavo: "En todo el mundo occidental, en estas últimas décadas, las fuerzas muy organizadas del capitalismo trabajaron contra el estancamiento económico a través de una explotación aun más dura, y de la recuperación de antiguos bastiones del movimiento obrero, atacando de paso a los sistemas de jubilación y de salud pública y el derecho laboral. Esta situación de deterioro era la oportunidad soñada para sacar partido del miedo y crear un entorno social dividido en función de fronteras étnicas y religiosas. Esos temas son recurrentes y transnacionales". ■

Traducción: Patricia Minarrieta

---

**1** *Dagsavisen*, Oslo, 25-7-11.

**2** Partido Laborista, Partido Socialista de Izquierda –fundado en los años 70 contra la política pro-estadounidense de los laboristas– y Partido del Centro.

**3** En las elecciones de septiembre de 2011 sólo conquistó un 11,5% de los votos.

**4** Bat Ye'or, *Eurabia. L'axe euro-arabe*, Editions Jean-Cyrille Godefroy, París, 2006.

**5** Andreas Malm, *Hatet mot muslimer* ("El odio hacia los musulmanes"), Atlas, Estocolmo, 2011.

**6** *Aftenposten*, Oslo, 1-8-11.

**7** Datos de la Oficina Nacional de Estadísticas, [www.ssb.no](http://www.ssb.no)

**8** "La inmigración y los inmigrantes 2010", Oficina Nacional de Estadísticas, [www.ssb.no](http://www.ssb.no)

**9** “La nueva Noruega. La concentración del poder económico en el período posterior a 1990”, *Manifest*, Oslo, 2011.

**10** Después de Liechtenstein y Luxemburgo.

# Tierra fértil para el racismo en Austria

Pierre Daum

Klagenfurt, sábado 18 de octubre de 2008. En la plaza central de la capital del estado de Carintia, 25.000 personas venidas de todo el país acompañan en silencio el traslado de los restos mortales del dirigente de la extrema derecha austríaca y gobernador de la región, Jörg Haider, muerto pocos días antes en un choque automovilístico **(1)**. Una impresionante emoción sobrecoge a la multitud. En la víspera habían sido dispuestos trenes adicionales. Y esa mañana, de las 11:30 a las 13 horas, la televisión pública retransmitió en directo la totalidad de la ceremonia. El ejército rindió los honores y el arzobispo pronunció una homilía.

En primera fila, ninguno de los políticos austríacos faltó a la convocatoria. Entre ellos, Heinz Fischer, presidente de la República y miembro del Partido Socialista Austríaco (SPÖ), el canciller Alfred Gusenbauer (SPÖ), todos los ministros del gobierno, así como los dirigentes de todos los partidos. “Verdaderos funerales nacionales”, admitió Gusenbauer, que incluso pidió la palabra, cuando nada lo obligaba a hacerlo **(2)**.

Y todo eso por un hombre que el 13 de junio de 1991, en medio de un debate en el Parlamento de Carintia, había alabado “la bien aplicada política de empleo” del Tercer Reich. En ocasión de una concentración en Krumpendorf, el 30 de septiembre de 1995, había expresado su admiración por los veteranos de las Waffen-SS, “esos hombres íntegros, hasta hoy fieles a sus convicciones, a pesar de los vientos en contra”. Introdujo la xenofobia en las campañas políticas, con eslóganes como Stop der Überfremdung! (¡Detengamos la oleada de extranjeros!), en el que la palabra Überfremdung remite directamente al vocabulario nazi. Sin olvidar sus repetidas acusaciones contra los negros, vistos como pedófilos o traficantes de droga. Algunos días antes de su muerte había enviado por la fuerza

a solicitantes de asilo a un centro aislado en medio de los prados alpinos con el pretexto de que algunos de ellos eran sospechosos de delitos menores. “Es por este hombre que toda Austria se puso a llorar. Pero aun cuando todo esto pueda parecer asombroso, de ninguna manera lo es para los austríacos. Ese día, la clase política completa del país le rindió homenaje a uno de los suyos”, confirma el politólogo Jean-Yves Camus, especialista en las extremas derechas europeas.

Este pequeño enclave alpino de sólo ocho millones de habitantes había quedado un poco en el olvido después del huracán mediático que provocó en febrero de 2000 la entrada de un partido de extrema derecha a un gobierno de la Unión Europea (UE) **(3)**. La primera, se dijo entonces; lo que por otra parte era falso, ya que la Liga del Norte y el Movimiento Social Italiano (MSI) –que todavía no había abjurado del fascismo– habían participado, entre mayo y diciembre de 1994, en el primer gobierno de Silvio Berlusconi. Desde entonces, sólo las historias de muchachas prisioneras durante años en los sótanos de residencias convencionales **(4)** o las hazañas deportivas del esquiador Hermann Maier, colocaban a veces al país en las primeras planas de la actualidad internacional.

Fue en las elecciones legislativas de octubre de 1999 cuando el Partido Austríaco de la Libertad (FPÖ) de Jörg Haider alcanzó un inesperado 26,9% de los votos, superando por poco a los conservadores cristianos del Partido Popular Austríaco (ÖVP). Gran perdedor en esas elecciones, el jefe del ÖVP Wolfgang Schüssel formó gobierno cerrando un pacto con el FPÖ, lo que provocó inquietud en los otros catorce miembros de la Unión Europea, que en esa época también se veían confrontados a otras extremas derechas cada vez más populares. Conducidos por el entonces presidente de Francia Jacques Chirac, congelaron las relaciones bilaterales y se negaron a nombrar a los austríacos en puestos de responsabilidad en las instituciones internacionales.

En ese entonces, el resto de Europa no se daba verdaderamente cuenta de hasta qué punto el FPÖ participaba desde hacía ya mucho tiempo en la vida política del país. ¿Acaso el socialista Fred Sinowatz no había formado gobierno, de 1983 a 1986, con esa agrupación

especializada en el reciclado político de los ex nazis? En el nivel de los Länder (Estados federados), como en el de las comunas, todos los políticos electos se conocen, se aprecian y no ven ningún escándalo en aliarse con unos u otros según los resultados electorales. "El grado de aceptación social y moral del FPÖ no tiene comparación con la suerte reservada a las otras agrupaciones de extrema derecha en Europa", recuerda Jean-Yves Camus. Tanto más porque en Austria, contrariamente a lo que ocurre en Alemania, la indulgencia del FPÖ con relación al nazismo nunca constituyó una barrera.

Ante una situación completamente inédita, los Catorce se encontraron de pronto muy incómodos. No sólo Schüssel logró provocar un verdadero movimiento de unión nacional en torno a su persona, sino que también amenazaba con bloquear el funcionamiento del aparato comunitario, comenzando por el voto del Tratado de Lisboa. Con una cuidada puesta en escena, el Parlamento Europeo envió a tres "sabios" a Austria. El informe, que entregaron el 8 de septiembre de 2000, reconocía que el FPÖ, "un partido populista de derecha con características extremistas [...] utilizó y alentó los sentimientos de xenofobia durante las campañas, (creando) una atmósfera en la cual los comentarios públicos dirigidos contra los extranjeros se volvieron aceptables, engendrando sentimientos de temor", pero recomendaba a los Catorce el levantamiento de las sanciones. Lo que se hizo inmediatamente.

¿Y después? Nada. Todas las miradas se desviaron de Austria y, de a poco, los artesanos de ese "pacto de la vergüenza" fueron reintegrados a los mejores salones. Benita Ferrero-Waldner, ministra ÖVP de Relaciones Exteriores en el gobierno de Schüssel, declaró a *Libération*, el 12 de febrero de 2000, que tenía "otras cosas que hacer antes que demorarse" en el apoyo que mostraba el FPÖ a los nostálgicos del Tercer Reich; posteriormente obtuvo el prestigioso puesto de comisaria de Relaciones Exteriores de la UE. En cuanto a Schüssel, cubierto de elogios por Angela Merkel (5), también se le asignó una confortable función en Bruselas.

Pero sobre todo, como las sanciones se convirtieron en una farsa, se hicieron posibles casi todos los compromisos con la extrema

derecha. Ninguna voz se levantó en ocasión de la entrada, en junio de 2001, de tres ministros de la Liga del Norte en el gobierno de Berlusconi II **(6)**. Ni en mayo de 2006, en el momento de la alianza entre el partido conservador polaco y dos agrupaciones xenófobas: el Partido de Autodefensa de Andrzej Lepper y la Liga de las Familias Polacas de Roman Giertych. Un mes más tarde, el líder de la izquierda eslovaca Robert Fico formó gobierno con el Partido Nacional Eslovaco del extremista Jan Slota.

¿Cuáles fueron las consecuencias de esta participación de ministros de extrema derecha en el gobierno austríaco? ¿Logró Schüssel desmitificar al FPÖ, haciéndolo pasar por la prueba del poder, como prometía, para justificarse, a sus colegas europeos?

En un primer momento se pudo creer que lo había logrado. Los seis ministros proporcionados por Haider (que nunca participó personalmente en el gobierno) dieron pruebas en varias ocasiones de su incompetencia y, al no haberles sido otorgado el Ministerio del Interior, no pudieron implementar “la detención inmediata de la inmigración” prometida a sus electores. En cuanto al ministro de Economía, Kurt-Heinz Grasser, aplicó la política más liberal de la historia del país, con aceleración de las privatizaciones, disminución de las cargas patronales, reducción de la presión fiscal sobre las empresas, otorgamiento de ventajas impositivas a las grandes fortunas, caída de las jubilaciones...

Resultado: en las elecciones de 2002 los obreros y los pequeños empleados, que tres años antes habían constituido los grandes bastiones de los electores del FPÖ, expresaron su decepción. El FPÖ se vino abajo, cayendo a un 10% de los votos, el ÖVP saltó al 42% y Schüssel estaba exultante. Tres meses más tarde, renovó su coalición con el FPÖ, y luego con la Alianza por el Futuro de Austria (BZÖ), el nuevo partido de Haider **(7)**, haciendo de este modo que, en total, la derecha se mantuviera durante siete años en el gobierno.

En las elecciones de octubre de 2006, la derecha recuperó algo de fuerza (11% para el FPÖ y 4% para el BZÖ, en total un 15%). Su regreso a las bancas de la oposición, en enero de 2007, durante el gobierno de coalición rojo y negro **(8)** dirigido por Gusenbauer, le permitió reconstituir todas sus fuerzas. E incluso encontrar nuevas,

ya que en las elecciones de septiembre de 2008, la extrema derecha (FPÖ + BZÖ) obtuvo el 28,3% de los votos, isuperando el resultado histórico de 1999! La "estrategia" de Schüssel parecía haber fracasado por completo.

## **Crece el racismo**

Durante todos esos años, no sólo la extrema derecha no moderó su discurso racista, sino que de a poco los demás partidos se dejaron llevar hacia el mismo terreno. Entre los socialistas, que tanto habían denunciado en febrero de 2000 el "pacto de la vergüenza" de Schüssel con el FPÖ, todos, o casi, consideraban años más tarde la posibilidad de una alianza roja (SPÖ)-azul (FPÖ) en las elecciones regionales de 2009. "Incluso los verdes, que hasta ahora se habían salvado, dan signos de vacilación", sostiene el filósofo vienés Oliver Marchart, para quien "una de las consecuencias más perceptibles de febrero de 2000 es la infiltración lenta pero inexorable del racismo en el discurso público". Recientemente, en Linz, un legislador verde hizo suya la exigencia de la extrema derecha de "expulsar inmediatamente y sin excepciones a todos los solicitantes de asilo a los que se les haya denegado la petición" (9). Después de un debate, la dirección del partido decidió apoyar a su representante electo, y también su reivindicación.

"En lo que se refiere a los extranjeros, el FPÖ no necesita estar en el poder –señala Georg Hoffmann-Ostenhof, editorialista de la revista *Profil*–. Sus ideas son puestas en práctica, tanto por el ÖVP como por el SPÖ". En efecto, aun cuando ya era perceptible una tendencia antes de la entrada de la extrema derecha al gobierno, los últimos nueve años marcaron un fuerte endurecimiento de la legislación. Mediante pequeños retoques, la situación de los inmigrantes se hizo cada vez más difícil: instauración de la doble pena; drástica caída de las cuotas de inmigración; condiciones más restrictivas para el reagrupamiento familiar (exigencia de un ingreso mensual de 1.500 euros como mínimo, y buen nivel del idioma); obligación de seguir cursos de alemán, con una prueba final, para los aspirantes a las visas de estadía de larga duración; obstáculos suplementarios para

las naturalizaciones (prolongación del tiempo de presencia en Austria o de los años de matrimonio, nivel del idioma, conocimiento de los “valores básicos de un Estado democrático”, sin que éstos se precisen en parte alguna); poder extraordinario otorgado a la policía –autorizada a mantener en un centro de retención a un solicitante de asilo, sin consultar a un juez, por un plazo que puede llegar a los diez meses–; restricción de las posibilidades de apelación para los solicitantes de asilo cuyo pedido fue rechazado en primera instancia; etc.

Comparar la situación de los extranjeros en los distintos países representa un ejercicio difícil, debido a la cantidad de factores que deben tomarse en consideración. Pero ése fue el objeto del Migrant Integration Policy Index (Mipex), elaborado en 2007, que tomaba en cuenta seis criterios: las posibilidades para los inmigrantes de acceder al mercado de trabajo, su participación en la vida política **(10)**, los obstáculos para el reagrupamiento familiar, las condiciones de acceso a la residencia de larga duración, las reglas de naturalización y la discriminación. En un cuadro comparativo de veinticinco miembros de la Unión (y de tres no miembros: Canadá, Noruega y Suiza), Austria obtuvo el 26º peor resultado, apenas mejor que Chipre y Letonia! **(11)**.

En Austria, el racismo se expresa más en los discursos y en las leyes que por la violencia física. Lo que no lo hace menos doloroso: los insultos, el rechazo a ser atendidos en un café y los grafitis en las paredes abundan y afectan particularmente a la comunidad negra. “¡No es posible imaginar lo que significa ser negro en Austria! Cuando viajo en el subte, sé que los tres asientos alrededor mío quedarán vacíos. En la calle, la mirada de la gente es siempre negativa, o inquieta, o claramente hostil”, se lamenta el periodista Simon Inou, director del periódico en línea Afrikanet.info. Adela, una profesora de francés nacida en Gabón, vivió mucho tiempo en Francia antes de instalarse en Viena: “Evidentemente el racismo existe en todas partes. Pero en Francia hay personas profundamente antirracistas. Mientras que aquí no puedo siquiera llegar a constituir un pequeño círculo de amigos con los cuales pueda sentirme totalmente en confianza sobre esta cuestión”.

Después de una enorme campaña que llevó a cabo el diario *Kronen Zeitung* **(12)** en acuerdo con Haider, en el imaginario colectivo nacional los negros se han convertido en sinónimo de traficantes de droga y de pedófilos. Más recientemente han aparecido otras dos categorías sobre las cuales fijar sus fantasmas: los solicitantes de asilo y los musulmanes. Dos de los principales eslóganes de campaña de la estrella de la extrema derecha, Heinz-Christian Strache, de 39 años, el nuevo líder del FPÖ en 2009 eran: *Asylbetrug heißt Heimatflug* (Fraude al derecho de asilo significa regreso al país) y *Daham statt Islam* ("En casa" en lugar de "islam"). Clichés racistas sobre esos dos grupos también aparecen todos los días en las páginas del *Kronen Zeitung*, en sus artículos o en el copioso correo de lectores.

El politólogo Patrick Moreau **(13)**, del Centro Nacional de Investigación Científica de Francia (Centre National de la Recherche Scientifique, CNRS), intenta explicar este persistente éxito de la extrema derecha: "Los austríacos vivieron siempre en un mundo pequeño, cerrado sobre sí mismo, gozando de un verdadero bienestar, con poco desempleo, un nivel de vida elevado y una contaminación limitada... Y, en el fondo, tienen un miedo visceral a la desaparición de ese paraíso. Pero, como Austria nunca tuvo colonias, sus primeros inmigrantes llegaron hace poco. E inmediatamente focalizaron sobre ellos ese miedo, que hoy se ha convertido en un elemento constitutivo de la cultura austríaca, y sobre el cual Jörg Haider construyó su éxito". A esto conviene agregar que los austríacos aún no han extraído una lección del episodio nazi, lo que hace a esa ideología tan poco repulsiva ante sus ojos; y la ausencia total de partidos políticos pertenecientes a la izquierda radical, portadores de un discurso verdaderamente antirracista, hacia los cuales podría dirigirse una parte de los votos contestatarios **(14)**.

En estas condiciones, “un futuro radiante se presenta a la extrema derecha –predice Patrick Moreau–. El BZÖ funcionaba como una organización de groupies, enteramente conducida por Jörg Haider. Con su muerte, el BZÖ puede esperar todavía algunos buenos resultados en Carintia, antes de desaparecer rápidamente. El FPÖ, conducido por el muy hábil Heinz-Christian Strache, podrá entonces reunir nuevamente a todos los perdedores de la globalización, y a todos aquellos que, en el tema del rechazo a los inmigrantes, prefieren el original a las copias que presentan los demás partidos”. ■

Traducción: Lucía Vera

---

**1** Haider se mató el 11 de octubre a la 1:30 hs de la madrugada. Circulaba a más de 140 km/h, en una zona limitada a 70 km/h, con 1,9 g de alcohol en la sangre. A pesar de la claridad de los hechos, muchos austríacos están persuadidos de que fue víctima de un complot (perpetrado por el Mossad, la CIA, los islamistas, la mafia chechena, etc.).

**2** Interrogado sobre su actitud, el dirigente socialista bajó los ojos antes de responder: “Ustedes saben, somos todos muy católicos. Para nosotros, la muerte borra todos los pecados”.

**3** Ver el *dossier* “El avance de la ultraderecha”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, marzo de 2000.

**4** El 23 de agosto de 2006 Natasha Kampusch, de 18 años, logró escapar del sótano de una casa de las afueras de Viena, en la que un técnico en comunicaciones, Wolfgang Priklopil, la retenía desde hacía más de ocho años. El 28 de abril de 2008, Josef Fritzl, un jubilado de 73 años, reconoció haber secuestrado y violado a su hija Elizabeth durante cerca de 24 años en el sótano acondicionado de su casa de Amstetten; siete niños nacieron de esa unión forzada.

**5** “Mme. Merkel vante l’autrichien Schüssel, ex-allié des populistes”, *Le Monde*, París, 14-6-08.

**6** Entre quienes estaba el dirigente de la Liga Umberto Bossi, que en junio de 2003 declaró al *Corriere della Sera*: “Los clandestinos deben ser expulsados de buenas o malas maneras. Llega un momento en que hay que usar la fuerza. La marina y la brigada de las fronteras deben unirse en la defensa de nuestras costas y utilizar los cañones”.

**7** En abril de 2005 estalló un conflicto en el seno del FPÖ, que obligó a Haider a dejar ese partido para formar uno nuevo, el Bündnis Zukunft Österreich (BZÖ, Alianza por el Futuro de Austria).

**8** Una larga tradición austríaca le atribuye un color a cada partido: rojo para el SPÖ, negro para el ÖVP, azul para el FPÖ, naranja para el BZÖ, y verde para los Verdes.

**9** Entrevista de Efgani Dönmez titulada "Les entorses à la loi doivent avoir des conséquences!" ("¡Las violaciones a la ley deben tener consecuencias!"), publicada en *Der Standard*, Viena, 14-12-08.

**10** En las elecciones legislativas de 2008 Alev Korun, una militante de los Verdes nacida en Turquía, se convirtió en la primera persona proveniente de la inmigración no europea elegida para el Parlamento Nacional austríaco.

**11** La totalidad del Mipex puede descargarse de [www.integrationindex.eu](http://www.integrationindex.eu)

**12** Este periódico es leído por el 40% de los austríacos de más de 15 años, lo que constituye un récord mundial para un diario de información.

**13** Autor de *Haider, le FPÖ et l'Autriche*, de próxima publicación en Éditions du Rocher, París.

**14** El Partido Comunista (KPÖ) no ha superado el nivel del 1% desde hace décadas. Existen tres organizaciones trotskistas, con apenas algunas decenas de militantes cada una y completamente ausentes del paisaje político. La crítica más radical de la extrema derecha, al origen de las manifestaciones callejeras del año 2000, hay que buscarla en algunos círculos culturales y en iniciativas individuales, por ejemplo en torno a la revista *Malmoe* ([www.malmoe.org](http://www.malmoe.org)), o el sitio [www.racism.net](http://www.racism.net).

# Populismo xenófobo con tinte social en Polonia

Cédric Gouverneur

En la oficina del sindicato Solidarnosc en la mina Pokoj ("Paz"), de Ruda Slaska, provincia de Silesia, Adam Kalabis, de 46 años, físico de boxeador y pelo rapado, nos ofrece un té. Sus enormes manos todavía están un poco negras de carbón: hace apenas media hora estaba trabajando a ochocientos metros bajo tierra. "Aquí hay cuatro mil asalariados, la mitad de los cuales son mineros. Yo trabajo aquí desde los 18 años, empecé cargando bolsas de carbón y ahora estoy en mantenimiento", nos explica. Este gigante dice estar "gastado por la mina": "Espero no terminar como mi padre, que se jubiló a los 45 años y murió un año más tarde". Pero Kalabis no está nada cerca de ver la jubilación: "El gobierno anterior anuló los días de licencia por enfermedad y los días en los que donábamos sangre". Algunos mineros adquirieron el hábito de donar sangre para obtener una jornada de descanso. "Los liberales hasta dejaron de incluir los años de prestación de los muchachos que habían hecho el servicio militar en la época de los comunistas", señala Kalabis.

Kalabis trabaja para la compañía pública KW "siete horas y media por día, cinco días por semana, por 2.900 zlotys", es decir, menos de 700 euros. "Mi salario aumentó 150 zlotys [34 euros] en quince años. No tengo de qué quejarme: la viuda de un amigo, muerto por la explosión de grisú de Halemba (**1**), cobró seis meses de indemnización, ¡y nada más!". Al hablar aprieta sus puños de luchador: "En mi familia son todos mineros, desde hace generaciones. Pero yo soy el último. Mi mujer limpia baños públicos. Tiene un 'contrato basura' por 800 zlotys [180 euros] mensuales de

tiempo completo". Efectivamente, los "contratos flexibles" son llamados "contratos basura" por aquellos que los padecen.

El minero suspira: "Es difícil encontrar un trabajo fijo. Por eso los jóvenes se van al exterior". Desde la entrada del país en la Unión Europea, en 2004, al menos dos millones de polacos emigraron, especialmente al Reino Unido. "Mi hijo y mi hija sueñan con vivir en Inglaterra. El capitalismo está bien para los que saben hacer negocios, no para los demás", concluye Kalabis alzando los hombros. Las paredes del local sindical tienen colgada una decoración heteróclita: la bandera de Solidarnosc, el escudo de armas de Polonia –un águila blanca coronada sobre un fondo rojo–, el inevitable retrato del papa Juan Pablo II, la foto –dedicada– de un campeón de boxeo local y el calendario de 2016 del partido Ley y Justicia (Prawo i Sprawiedliwosc, PiS).

Minero y delegado sindical de Solidarnosc, Kalabis también milita por ese partido ubicado a la derecha de la derecha: el PiS. Además, Solidarnosc llamó a votar al candidato de ese partido, Andrzej Duda, en las elecciones presidenciales de mayo de 2015. Para las elecciones parlamentarias que siguieron, el sindicato no dio ninguna consigna de voto, pero todo el mundo entendió el mensaje. "Soy católico, pero esa no es la razón de mi compromiso. El PiS es el único que nos apoya, está cerca de la gente. Después de la explosión de grisú de Halemba, el presidente Kaczynski **(2)** vino a vernos; eso me emocionó". En cambio, Kalabis execra a los liberales de la Plataforma Cívica (PO), partido de centroderecha que estuvo en el poder de 2007 a 2015 **(3)**. El minero dice haber quedado "impactado" por la presencia del presidente Bronislaw Komorowski en los funerales del general Wojciech Jaruzelski, el presidente comunista de la República (1981-1989) que había reprimido a Solidarnosc. Y no pudo digerir que el gobierno de la PO haya planeado sin concertación, en enero de 2015, el cierre de minas. Kalabis se enfurece: "¡Me enteré del cercano cierre de mi pozo por televisión!". Está convencido de que el ex primer ministro de la PO Donald Tusk, actualmente presidente del Consejo Europeo, "quiere cerrar todas las minas, mientras que el PiS prometió preservarlas". Y concluye: "La mayoría de los colegas votan al PiS".

El 25 de octubre de 2015, el PiS ganaba las elecciones parlamentarias (Congreso y Senado) con el 37,6% de los votos frente al 24,1% para los liberales y el 8,81% para los populistas de Kukiz 15. Como no superaron el umbral del 8%, los demás partidos no obtuvieron ningún representante (4). Así, la izquierda, dividida entre la Izquierda Unida y Juntos, pero también víctima de la fagocitación de sus ideas sociales por parte de la derecha reaccionaria, no obtuvo ningún escaño. Algunos meses antes, en mayo de 2015, las elecciones presidenciales habían dado un anticipo de esta ola conservadora: el presidente saliente, el liberal Bronislaw Komorowski, había sido derrotado en la segunda vuelta por Duda, un cuasi desconocido.

Pese a nuestros reiterados pedidos, ningún responsable del PiS aceptó hablar con nosotros (5). No obstante, una jugosa entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores Witold Waszczykowski publicada por el periódico alemán *Bild* el 3 de enero de 2016 da una idea de la ideología de ese partido: "Como si el mundo tuviera que evolucionar, según un modelo marxista, en una única dirección: hacia una mezcla de culturas y razas; un mundo de ciclistas y vegetarianos, que sólo recurriera a energías renovables y combatiera cualquier forma de religión. Todo eso no tiene nada en común con los valores tradicionales polacos. Va en contra de lo que la mayoría de los polacos valora: tradición, conciencia histórica, amor por su país, fe en Dios y vida de familia normal, con un hombre y una mujer" (6).

## **El combustible de la derecha**

Sin embargo, el conservadurismo no es la única motivación de los votantes del PiS. Estos se reclutan en la Polonia del deterioro y la precariedad, que se esconde detrás de los buenos índices macroeconómicos. La Polonia de la gente sencilla que, como Kalabis y su familia, padeció reformas ultraliberales y a menudo sólo puede elegir entre un "contrato basura" de 200 euros y la emigración. La Polonia especializada en la subcontratación de productos de baja gama para los grandes grupos europeos, en especial los alemanes.

La Polonia de las jubilaciones de menos de 300 euros mensuales. Nacionalista, clerical, proteccionista y xenófobo, el PiS supo atraer a todos esos decepcionados con un ambicioso programa social: una asignación mensual de 500 zlotys (115 euros) por hijo, financiada por el impuesto a los bancos y los grandes supermercados; un salario mínimo horario; e incluso el retorno a la jubilación a los 60 años para las mujeres y a los 65 años para los hombres, mientras que los liberales esperaban llevarla a 67 años.

Radoslaw Markowski, politólogo y profesor de la Universidad de Varsovia, estudió la evolución del PiS: "Cuando estaban en el poder, entre 2005 y 2007, eran conservadores, pero liberales en el aspecto económico. Luego, se volvieron cada vez más populistas, xenófobos y euroescépticos; un nacionalismo católico, adornado con un paquete socializante". Markowski ordena a los votantes del partido en tres categorías: "Primero, los que yo denomino 'la secta de Smolensk': gente convencida de que el accidente aéreo de abril de 2010 (7) fue fruto de un complot entre Donald Tusk y Vladimir Putin. Segundo, los católicos practicantes, cuyo conocimiento del mundo se suele resumir a lo que les cuenta el cura –un tercio de los polacos practicantes conocieron la experiencia de la propaganda política en la iglesia–. Y, por último, la gente humilde atraída por el programa social del partido: 'El PiS supo detectar las expectativas de los obreros y los campesinos...'" La abstención –cerca del 50%– hizo el resto.

Jakub Majmurek, sociólogo del *think tank* de izquierda Krytyka Polityczna ("La crítica política"), analiza los factores que llevaron al rechazo de los liberales: "La PO permaneció ocho años en el poder. Eso es largo para una democracia joven. A la primera ministra Ewa Kopacz, que sucedió a Donald Tusk en 2014, quien partió hacia Bruselas, le faltaba carisma". Y, sobre todo, los liberales nunca se recuperaron del "caso de las escuchas". En junio de 2014, el semanario conservador *Wprost* publicó conversaciones privadas de personas allegadas al poder grabadas por los mozos de un gran restaurante de Varsovia. El vocabulario indecente de los comensales, su connivencia y su altanería destrozaron la imagen de la supuesta

“Plataforma Cívica”. Majmurek cuenta: “Después de eso, se los percibió como élites separadas de la realidad”.

Majmurek también resalta “la autosatisfacción” de los liberales: “Los líderes de la PO son relativamente grandes en edad; vivieron el comunismo, las penurias. Su discurso recurrente era: ‘¡Miren el salto que dio Polonia!’ Un discurso imposible de oír para los jóvenes que no conocieron esa época. Y que cuando van a trabajar a Europa del Oeste, constatan que los salarios son mejores allá. En Berlín, los alquileres son un poco más altos que en Varsovia, pero la gente gana tres veces más. Las aspiraciones de la juventud polaca son muy firmes”. Y sus frustraciones, acordes a ellas.

Pawel Michalski, jefe de una empresa, 34 años, nos recibe en Bytom, una ciudad de Silesia arruinada desde el cierre de los pozos de la mina. Persianas bajas, jubilados que mendigan. “Acá, hay un 20% de desempleo”, suspira el joven empresario. Michalski milita en el movimiento Kukiz 15, un partido iconoclasta, populista, “antisistema”, fundado con su propio nombre por Pawel Kukiz, un ex rocker, que fue infiltrado por la extrema derecha ultranacionalista. Kukiz reunió a no menos del 20% de los votantes en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de mayo de 2015 y, desde entonces, su movimiento constituye la tercera fuerza política del país, delante de la izquierda. Michalski, candidato de Kukiz 15 en las elecciones legislativas, cosechó el 15% de los votos en Bytom. El empresario suspira: “Los jóvenes emigran. En Inglaterra o Alemania es fácil trabajar. Acá, una amiga enfermera estaba ganando 1.700 zlotys [menos de 400 euros] por mes: ¡es imposible vivir con eso! Es una vergüenza. Por eso se fue a Alemania”. Michalski dice estar a favor del “libre mercado”, pero apoya el proyecto del PiS de dar una asignación de 500 zlotys por hijo: “La gente es demasiado pobre, hay que ayudarla”. Con respecto a la presencia de ultranacionalistas dentro de su partido, prefiere minimizarla: “Bueno, como ustedes saben, hay de todo en Kukiz”.

Robert Piaty tiene 33 años y, por más que haya estudiado ciencias políticas, va pasando de un “contrato basura” a otro. Actualmente, trabaja en un *call center* por 1.400 zlotys mensuales, (320 euros). “La mitad de mis amigos se fueron a Inglaterra. Yo mismo viví seis

meses allá y ganaba 1.200 euros por mes". Pertenece al sindicato Sierpien 80 ("Agosto de 1980", en referencia a la huelga de Solidarnosc) y vota al partido de izquierda Juntos (Razem, 3,6% de los votos), que pretende ser el Podemos polaco. Pero comprende que los jóvenes precarizados voten al PiS con la esperanza de beneficiarse con su programa social: "Prometieron un salario mínimo horario desde julio de 2016".

## **Retorno a "los valores tradicionales"**

Mientras espera cumplir sus promesas sociales, el PiS les da una vuelta de tuerca a las instituciones: entre Navidad y Año Nuevo de 2015, el nuevo gobierno nombró a cinco jueces en la más alta instancia judicial, el Tribunal Constitucional, hizo votar una ley que modifica su funcionamiento y despidió a los directivos de los medios de comunicación públicos. Y eso no es todo: en marzo, una ley convertiría al ministro de Justicia en el nuevo Procurador General. Desde enero del año pasado, varias decenas de miles de polacos se manifestaron ante el llamado del Comité para la Defensa de la Democracia (KOD). Y el 13 de enero la Comisión de Bruselas lanzó un "procedimiento de salvaguarda del Estado de Derecho" contra Varsovia: una investigación preliminar a fin de determinar si Polonia va contra los principios democráticos, un hecho sin precedentes en la historia de la Unión Europea.

"La democracia polaca goza de muy buena salud", estima Aleksandra Rybinska, periodista del semanario de derecha *W Sieci*, cuya tapa, a mediados de enero presentaba, bajo el título "Conspiración contra Polonia", un fotomontaje que asociaba a la canciller Angela Merkel y al presidente del Parlamento Europeo, Martin Schulz, en la partición de Polonia de 1815. Rybinska justifica la política del PiS: "La PO había nombrado a sus propios jueces poco antes de perder las elecciones. De esta manera, el PiS no habría podido hacer aprobar ninguna ley. En cuanto a los nombramientos en los medios de comunicación, eso es lo que se acostumbra hacer acá: en 2008, fueron despedidos unos colegas de derecha por orden de la PO. En ese entonces eso no ofuscó a los occidentales... La

verdad es que el PiS representa todo lo que los herederos del espíritu de 1968 (*sesentayochistas*) que están en el poder en Europa detestan. Occidente pensaba que la Hungría de Viktor Orban iba a ser una excepción; y ahora le toca a Polonia inclinarse hacia los valores tradicionales. Bruselas les tiene miedo a las fuerzas conservadoras”.

Majmurek analiza: “Los partidarios del PiS piensan que fueron despreciados, perseguidos por las elites liberales. Sus líderes eran un poco más jóvenes que los liberales, y por eso se les tomaba el pelo, los llamaban ‘los Pampers’. De ahí viene su resentimiento hacia la clase política. Después de su travesía del desierto, estiman que les llegó la hora. Quieren su revancha”.

El distendido Mateusz Kijowski, de 47 años, traje violeta, aritos y pelo largo atado, personifica todo lo que el PiS rechaza. En enero de 2015, este especialista en tecnologías de la información fundó el Comité para la Defensa de la Democracia (en polaco, Komitet Obrony Demokracji, KOD) en la red social Facebook. “En pocos días ya éramos 55.000 inscritos”, dice sonriendo. Acaba de volver de Estrasburgo, donde, según cuenta, la delegación del KOD recibió “un muy buen recibimiento de los eurodiputados liberales, socialistas y verdes”. A mediados de enero del año pasado, se preparaba para organizar una segunda ola de manifestaciones “en 46 ciudades y entre la diáspora polaca en Europa”. Sonríe cuando le mostramos un video de extrema derecha que circula por Internet que acusa al KOD de estar financiado por el millonario estadounidense George Soros. Kijowski se ríe: “¡Lamentablemente no! No, hablando en serio, nadie esperaba estos ataques a las libertades. Durante la campaña, el PiS no habló de eso. Actúa como si un mandato le diera todos los derechos, como si la democracia significara el poder absoluto de la mayoría electoral. Ataca el principio fundamental de la Unión Europea que es la separación de poderes. Nosotros queremos defender nuestras libertades”.

El domingo siguiente, en Gdansk, cerca de dos mil simpatizantes del KOD se reunieron en la plaza Solidarnosc, ante los astilleros navales. Los participantes zapateaban en la nieve para calentarse. Sus pancartas llamaban a la defensa de la democracia. Una

caricatura compara al nuevo jefe de la televisión pública TVP, Jacek Kurski –un nativo de Gdansk, apodado “el pitbull del PiS”–, con Jerzy Urban, odiado portavoz del antiguo régimen comunista. Los manifestantes agitan banderas polacas, europeas e incluso algunas banderas arcoíris del LGBT (8). Algunos exhiben la máscara blanca de Guy Fawkes, héroe de ficción adoptado por los Anonymous. Un drone sobrevuela la plaza y filma a los manifestantes. Socarrona, la multitud saluda al soplón volador.

Mientras el cortejo se dirige hacia el centro de la ciudad dos jubiladas explican: “Es nuestro deber estar aquí. Nos manifestamos en 1980; no queremos más dictaduras! Vinimos por los jóvenes que ignoran lo que pueden perder”. Efectivamente, la edad promedio en esta manifestación es alta: la mayoría de los participantes tiene más de 40 años. Una joven se burla: “Estoy aquí por mi propia voluntad, no me pagó George Soros”. ¿Cómo explica ella que los jóvenes se movilizan tan poco? “Son apáticos, no tienen conciencia política y no se sienten involucrados. Mi hermanito, que tiene 18 años, quería votar a Kukiz; logré convencerlo de votar a la PO”. Al llegar a la calle Długa, en la ciudad vieja, los manifestantes cantan “Queremos ser nosotros mismos”, un eslogan de Solidarnosc en 1980. Alexander Hall, antiguo disidente, se apropia del megáfono y denuncia el hecho de que el jefe del PiS, Kaczynski, sea el verdadero hombre fuerte del país, sin asumir ninguna función oficial. Además, un cartel lo muestra como un titiritero manipulando a su antojo al presidente Duda y la primera ministra Beata Szydlo. A las 13:30 hs., después de haber cantado el himno nacional y escuchado el himno europeo, los manifestantes se dispersan, ignorando a unos pocos jóvenes que los tratan de “cerdos salidos de su comedor”, insulto de los partidarios del PiS contra los de la PO.

Sin embargo, el KOD tiene otra preocupación antes que la apatía de los jóvenes, o su voto a favor de la derecha y los populistas: su dificultad para lograr seducir electores fuera de los círculos liberales. Ninguno de los votantes de izquierda que encontramos desea participar en sus manifestaciones. “Los liberales son gente acomodada, la parte de la sociedad que se benefició con las reformas económicas”, lanza Piaty, el joven precarizado de Katowice.

Ania Zawadzka, militante feminista de Varsovia, gasta las suelas de sus zapatos durante la Gay Pride y la contramanifestación antifascista que, cada 11 de noviembre, se opone a la marcha de los ultranacionalistas. Sin embargo, se niega a unirse al KOD. Dice tajantemente: "La intelectualidad liberal es responsable de la situación. Se negaron a flexibilizar el derecho al aborto para no generar roces con la Iglesia (9). Hicieron de Polonia un país ultraliberal, multiplicaron las leyes contra los trabajadores, despreciaron y marginaron a los pobres. Por culpa de ellos, el pueblo se inclinó hacia la derecha".

Karol Guzikiewicz tenía 16 años cuando, siendo aprendiz de mecánico, participó de la histórica huelga de Gdansk junto a Lech Walesa. Convertido en vicepresidente de Solidarnosc en los astilleros navales, milita desde entonces en el PiS: "Los astilleros están en desuso: eran un centenar de hectáreas en 1990, hoy son veinte", resume mientras nos hace atravesar los talleres en los que se atarean los soldados. "Había 17.000 obreros en 1990, actualmente hay sólo 1.000. Desde entonces, fabricamos sobre todo aerogeneradores". Guzikiewicz lanza: "Todo esto es culpa de Donald Tusk y de Europa. Por culpa de los liberales, en Polonia las leyes laborales son las peores de Europa. Entonces, sí, yo milito en el PiS desde 2008. Me uní a este partido porque su programa social era cercano al de Solidarnosc". Y mala suerte si su ex mentor, el premio Nobel de la Paz Lech Walesa, declaró, el 23 de diciembre, en una entrevista en Radio ZET, que el nuevo gobierno actuaba "contra la democracia y la libertad" y "ridiculizaba a Polonia ante el mundo". En cuanto a las críticas de Bruselas, el sindicalista las rechaza con un gesto de la mano: "¡Que Europa se ocupe de su millón de migrantes y deje tranquila a Polonia!".

Ese mismo día, en Gdansk, nos encontramos con el antiguo disidente Stefan Adamski, quien en 1980 redactaba el boletín clandestino de Solidarnosc: "La gente de Solidarnosc fue traicionada por los liberales. ¡Una transición brutal hacia un capitalismo darwiniano! No sorprende que se inclinen por un partido que exhibe un programa social, aunque este sea irresponsable". Adamski, uno de los fundadores de Attac (10) Polonia, milita en el partido de

izquierda Juntos. Detalla: "Solidarnosc no era partidario del capitalismo. El sindicato le exigía respeto por los derechos de los trabajadores al régimen comunista. El PiS no cuestiona al capitalismo: sólo promete volverlo más solidario". Y agrega: "Lo más desolador es que Kaczynski no va a ser frenado por los defensores de la democracia. Será disciplinado por los mercados financieros, que se opondrán a la puesta en práctica de sus medidas sociales y proteccionistas". ■

Traducción: Bárbara Poey Sowerby

## **Xenofobia real, inmigrantes fantasmas**

Durante la campaña electoral del otoño boreal de 2015, el partido Ley y Justicia (*Prawo i Sprawiedliwosc*, PiS) se aprovechó de la crisis migratoria europea para atizar la xenofobia. "Miren a Suecia o Francia: ¡hay zonas en las que reina la sharia y en las que hay patrullas que vigilan su aplicación! ¿Ustedes quieren que aparezcan esos fenómenos acá?", lanzó el presidente del PiS, Jaroslaw Kaczynski, el 16 de septiembre de 2015. En el transcurso de un mitin, el 12 de octubre, incluso acusó a los inmigrantes de ser "portadores de cólera y parásitos". Aleksandra Rybinska, periodista del semanario *W Sieci*, cercano al PiS, asegura: "Los polacos viajan y ven a lo que lleva la inmigración. El multiculturalismo no funciona, por eso no lo quieren acá. El gobierno anterior había tenido que aceptar siete mil inmigrantes. Ya es demasiado".

Aziz W., tunecino, reside en Varsovia desde hace seis años. Este cocinero tiene el rostro lampiño, habla polaco y brinda con sus amigos polacos, pero a pesar de todo se siente rechazado por su tierra de acogida. Aziz nos confía: "Es muy duro. Miradas despectivas, jóvenes que en la parada del colectivo me dicen: '¡Volvete a tu país, terrorista musulmán!'. Y varias veces, me agredieron".

Mamadou Diouf, nacido en Senegal, vive en Polonia desde hace más de treinta años. “En 2007, solicité y obtuve la nacionalidad polaca. En esa época estaba en el poder el PiS; temía que me expulsaran”. Responsable de una fundación sobre África (Afryka.org), Diouf participa de debates en los medios de comunicación e interviene en escuelas. Se queja: “Es difícil luchar contra los prejuicios. La palabra ‘negro’, ‘*murzyn*’, se usa en forma corriente. Todos los estudiantes conocen viejas novelas y poemas racistas. Yo les explico que la biología humana está en contra de la homogeneidad, que las antiguas Grecia y Roma se beneficiaron de los contactos con sus vecinos.

Sinceramente, ¿cómo puede ser que un polaco sea fascista, teniendo en cuenta la historia de este país y la importancia de su diáspora por el mundo?”.

País sin pasado colonial, en el que las fronteras fluctuantes y las marcas de la historia contribuyeron a confundir polonidad, etnicidad y catolicismo, Polonia ignora el multiculturalismo. Es cierto que existen algunas minorías (germanohablantes, ucranianos, judíos, tártaros musulmanes), pero hay pocos inmigrantes extraeuropeos: comerciantes vietnamitas llegados en la década de 1970, cerca de cinco mil africanos y, de ahora en adelante, inmigrantes aceptados a cuentagotas. La mayoría de los polacos quiere preservar esta homogeneidad: sólo el 4% estima que su país debería recibir a los inmigrantes, según una encuesta realizada en enero por el Instituto CBOS. Los atentados de París y las agresiones sexuales de Colonia reforzaron esta xenofobia. "Alemania se va a convertir en una república islámica", nos declara espontáneamente un militante del PiS. Los grafitis antisemitas, las cruces celtas fascistas, a menudo pintadas por grupos de hinchas de fútbol, son habituales en los muros de las ciudades. Marta Tycner, militante del partido de izquierda Juntos (Razem) se lamenta: "Ya había antisemitismo, mientras que casi no había judíos a partir de la Shoah. ¡Ahora acá está la xenofobia sin inmigrantes!". ■

C.G.

- 
- 1** Explosión que dejó un saldo de 23 muertos en noviembre de 2006.
  - 2** Lech Kaczynski, presidente de Polonia de 2005 hasta su deceso, el 10 de abril de 2010, en el accidente aéreo de Smolensk, que dejó 96 muertos. Era el hermano mellizo de Jaroslaw Kaczynski, primer ministro de 2005 a 2007 y actual [inicios de 2016] jefe del PiS.
  - 3** Plataforma Cívica, Platforma Obywatelska (PO).
  - 4** Con excepción del representante de los germanohablantes, que no está sometido al umbral del 8%.

**5** Un eurodiputado, Tomasz Poreba, nos concedió efectivamente una entrevista por correo electrónico, pero posteriormente se negó a que fragmentos de sus respuestas fueran incluidos

en este artículo.

**6** Frente a la indignación generada por esas declaraciones, el ministro pretendió hacer creer que se trataba de una "broma".

**7** Véase nota 2.

**8** Por la defensa de los derechos de las personas lesbianas, gays, bisexuales y trans.

**9** En Polonia, desde 1993, el aborto sólo está autorizado en caso de violación o peligro probado para la salud de la madre o el niño.

**10** Asociación por la Tasación de las Transacciones Financieras y la Acción Ciudadana.

## **Capítulo 3**

---

### **El ascenso de Donald Trump y la decadencia de Estados Unidos**

# Los motivos de una victoria inesperada

Ignacio Ramonet

La victoria de Donald Trump (como el "Brexit" en el Reino Unido o la victoria del "no" en Colombia) significa, primero, una nueva estrepitosa derrota de los grandes medios dominantes, de los institutos de sondeo y de las encuestas de opinión. Pero significa también que toda la arquitectura mundial, establecida al final de la Segunda Guerra Mundial, se ve ahora trastocada y se derrumba. Los naipes de la geopolítica se van a barajar de nuevo. Otra partida empieza. Entramos en una era nueva cuyo rasgo determinante es lo desconocido. Ahora todo puede ocurrir.

¿Cómo consiguió Trump invertir una tendencia que lo daba como perdedor e imponerse en la recta final de la campaña? Este personaje atípico, con sus propuestas grotescas y sus ideas sensacionalistas había desbaratado hasta ahora todos los pronósticos. Frente a pesos pesados como Jeb Bush, Marco Rubio o Ted Cruz, que contaban además con el decidido apoyo del *establishment* republicano, muy pocos lo veían imponerse en las primarias del Partido Republicano y sin embargo carbonizó a sus adversarios, reduciéndolos a cenizas.

Hay que entender que desde la crisis financiera de 2008 (de la que aún no hemos salido) ya nada es igual en ninguna parte. Los ciudadanos están profundamente desencantados. La propia democracia, como modelo, ha perdido credibilidad. Los sistemas políticos han sido sacudidos hasta las raíces. En Europa, por ejemplo, se han multiplicado los terremotos electorales (entre ellos, el Brexit). Los grandes partidos tradicionales están en crisis. Y en todas partes percibimos el ascenso de formaciones de extrema derecha (en Francia, en Austria y en los países nórdicos) o de partidos antisistema y anticorrupción (Italia, España). El paisaje político aparece radicalmente transformado.

Ese fenómeno ha llegado a Estados Unidos, un país que ya conoció, en 2010, una ola populista devastadora, encarnada entonces por el Tea Party. La irrupción del multimillonario Donald Trump en la Casa Blanca prolonga aquello y constituye una revolución electoral que ningún analista supo prever. Aunque pervive, en apariencia, la vieja bicefalia entre demócratas y republicanos, la victoria de un candidato tan heterodoxo como Trump constituye un verdadero sismo. Su estilo directo, populachero, y su mensaje maniqueo y reduccionista, apelando a los bajos instintos de ciertos sectores de la sociedad, muy distinto del tono habitual de los políticos estadounidenses, le han conferido un carácter de autenticidad a los ojos del sector más decepcionado del electorado de la derecha. Para muchos electores irritados por lo "políticamente correcto", que creen que ya no se puede decir lo que se piensa so pena de ser acusado de racista, la "palabra libre" de Trump sobre los latinos, los inmigrantes o los musulmanes es percibida como un auténtico desahogo.

A ese respecto, el candidato republicano ha sabido interpretar lo que podríamos llamar "la rebelión de las bases". Mejor que nadie, percibió la fractura cada vez más amplia entre las élites políticas, económicas, intelectuales y mediáticas, por una parte, y la base del electorado conservador, por la otra. Su discurso violentamente anti-Washington y anti-Wall Street sedujo, en particular, a los electores blancos, poco cultos y empobrecidos por los efectos de la globalización económica.

Hay que precisar que el mensaje de Trump no es semejante al de un partido neofascista europeo. No es un ultraderechista convencional. Él mismo se define como un "conservador con sentido común" y su posición, en el abanico de la política, se situaría más exactamente a la derecha de la derecha. Empresario multimillonario y estrella archi popular del *reality*, Trump no es un antisistema, ni obviamente un revolucionario. No censura el modelo político en sí, sino a los políticos que lo han estado conduciendo. Su discurso es emocional y espontáneo. Apela a los instintos, a las tripas; no a lo cerebral, ni a la razón. Habla para esa parte del pueblo estadounidense entre la cual ha empezado a cundir el desánimo y el

descontento. Se dirige a la gente que está cansada de la vieja política, de la "casta". Y promete inyectar honestidad en el sistema; renovar nombres, rostros y actitudes.

Los medios han dado gran difusión a algunas de sus declaraciones y propuestas más odiosas, patafísicas o ubuescas. Recordemos, por ejemplo, su afirmación de que todos los inmigrantes ilegales mexicanos son "corruptos, delincuentes y violadores". O su proyecto de expulsar a los 11 millones de inmigrantes ilegales latinos a quienes quiere meter en autobuses y expulsar del país, mandándolos a México. O su propuesta, inspirada en la serie *Game of Thrones* de construir un muro fronterizo de 3.145 kilómetros a lo largo de valles, montañas y desiertos, para impedir la entrada de inmigrantes latinoamericanos y cuyo presupuesto de 21 mil millones de dólares sería financiado por el gobierno de México. En ese mismo orden de ideas, también anunció que prohibiría la entrada a todos los inmigrantes musulmanes. Y atacó con vehemencia a los padres de un militar estadounidense de confesión musulmana, Humayun Khan, muerto en combate en 2004 en Irak.

También su afirmación de que el matrimonio tradicional, formado por un hombre y una mujer, es "la base de una sociedad libre", y su crítica a la decisión del Tribunal Supremo de considerar que el matrimonio entre personas del mismo sexo es un derecho constitucional. Trump apoya las llamadas "leyes de libertad religiosa", impulsadas por los conservadores en varios Estados, para denegar servicios a las personas LGTB. Sin olvidar sus declaraciones sobre el "engaño" del cambio climático que, según Trump, es un concepto "creado por y para los chinos, para hacer que el sector manufacturero estadounidense pierda competitividad".

## **Las siete propuestas**

Este catálogo de necedades horripilantes y detestables ha sido, repito, masivamente difundido por los medios dominantes, no sólo en Estados Unidos sino en el resto del mundo. Y la principal pregunta que mucha gente se hacía era: ¿cómo es posible que un

personaje con ideas tan lamentables consiga una audiencia tan considerable entre los electores estadounidenses que, obviamente, no pueden estar todos lobotomizados? Algo no cuadraba.

Para responder a esa pregunta tuvimos que horadar la muralla informativa y analizar más de cerca el programa completo del candidato republicano y descubrir los siete puntos fundamentales que defiende, silenciados por los grandes medios.

**1)** Los periodistas no le perdonan, en primer lugar, que ataque de frente al poder mediático. Le reprochan que constantemente anime al público en sus mítines a abuchear a los “deshonestos” medios. Trump suele afirmar: “No estoy compitiendo contra Hillary Clinton, estoy compitiendo contra los corruptos medios de comunicación” **(1)**. En un *tweet* reciente, por ejemplo, escribió: “Si los repugnantes y corruptos medios me cubrieran de forma honesta y no inyectaran significados falsos a las palabras que digo, le estaría ganando a Hillary por un 20%.”

Por considerar injusta o sesgada la cobertura mediática, el candidato republicano no dudó en retirar las credenciales de prensa para cubrir sus actos de campaña a varios medios importantes, entre otros: *The Washington Post*, *Politico*, *Huffington Post* y *BuzzFeed*. Y hasta se ha atrevido a atacar a Fox News, la gran cadena del derechismo panfletario, a pesar de que lo apoya a fondo como candidato favorito...

**2)** Otra razón por la que los grandes medios atacaron con saña a Trump es porque denuncia la globalización económica, convencido de que ésta ha acabado con la clase media. Según él, la economía globalizada está marginando cada vez a más gente, y recuerda que, en los últimos 15 años, en Estados Unidos, más de 60.000 fábricas tuvieron que cerrar y casi 5 millones de empleos industriales bien pagados desaparecieron.

**3)** Es un ferviente proteccionista. Propone aumentar las tasas sobre todos los productos importados. “Vamos a recuperar el

control del país, haremos que Estados Unidos vuelva a ser un gran país”, suele afirmar, retomando su eslogan de campaña.

Partidario del Brexit, Donald Trump ha develado que, una vez elegido presidente, tratará de sacar a Estados Unidos del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por su sigla en inglés). También arremetió contra el Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP, por su sigla en inglés), y aseguró que, de alcanzar la Presidencia, sacaría al país del mismo: “El TPP sería un golpe mortal para la industria manufacturera de Estados Unidos”.

En regiones como el *Rust Belt*, el “cinturón del óxido” del Noreste, donde las deslocalizaciones y el cierre de fábricas manufactureras dejaron altos niveles de desempleo y pobreza, este mensaje de Trump está calando hondo.

**4)** Su rechazo de los recortes neoliberales en materia de seguridad social. Muchos electores republicanos, víctimas de la crisis económica de 2008 o que tienen más de 65 años, necesitan beneficiarse de la Social Security (jubilación) y del Medicare (seguro de salud) que desarrolló el presidente Barack Obama y que otros líderes republicanos desean suprimir. Trump ha prometido no tocar estos avances sociales, bajar el precio de los medicamentos, ayudar a resolver los problemas de los “sin techo”, reformar la fiscalidad de los pequeños contribuyentes y suprimir el impuesto federal que afecta a 73 millones de hogares modestos.

**5)** Contra la arrogancia de Wall Street, Trump propone aumentar significativamente los impuestos de los corredores de *hedge funds* que ganan fortunas, y apoya el restablecimiento de la Ley Glass-Steagall. Aprobada en 1933, en plena Depresión, esta ley separó la banca tradicional de la banca de inversiones con el objetivo de evitar que la primera pudiera hacer inversiones de alto riesgo. Obviamente todo el sector financiero se opone absolutamente al restablecimiento de esta medida.

**6)** En política internacional, Trump quiere establecer una alianza con Rusia para combatir con eficacia al Estado Islámico (ISIS, su sigla en inglés). Aunque para ello Washington tenga que reconocer la anexión de Crimea por Moscú.

**7)** Trump estima que con su enorme deuda soberana, Estados Unidos ya no dispone de los recursos necesarios para conducir una política extranjera intervencionista indiscriminada. Ya no puede imponer la paz a cualquier precio. En contradicción con varios caciques de su partido, y como consecuencia lógica del final de la Guerra Fría, quiere cambiar la OTAN: "No habrá nunca más garantía de una protección automática de Estados Unidos para los países de la OTAN".

Estas siete propuestas no invalidan en absoluto las inaceptables, odiosas y a veces nauseabundas declaraciones del candidato republicano difundidas a bombos y platillos por los grandes medios dominantes. Pero sí explican mejor el porqué de su éxito.

En 1980, la inesperada victoria de Ronald Reagan en la elección presidencial de Estados Unidos hizo ingresar al planeta en un ciclo de cuarenta años de neoliberalismo y de globalización financiera. Hoy, la victoria de Donald Trump puede hacernos ingresar en un nuevo ciclo geopolítico cuya peligrosa característica ideológica principal –que vemos surgir por todas partes y en particular en Francia con Marine Le Pen– es el "autoritarismo identitario". Un mundo se derrumba pues, y da vértigo... ■

---

**1** En su mitin del 13 de agosto, en Fairfield, Connecticut.

# Entrevista a Noam Chomsky: Trump y la irrelevancia de la verdad

Federico Kukso

Noam Chomsky está solo. Sin guardaespaldas, asistentes, secretarías o una estela de estudiantes y admiradores que lo acompañen, el lingüista de 87 años abre la puerta con timidez y mira a ambos lados en busca de una cara conocida. Uno de los intelectuales más importantes del siglo XX y de lo que va del XXI ingresa en la oficina E19-623 del MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) en Cambridge. Con un jean gastado y un sweater gris oscuro, luce cansado. Se sienta, cruza las manos y, flanqueado por un té, aguarda con calma.

No sonríe. Chomsky está preocupado. Sabe que el sorprendente ascenso de Donald Trump abrió heridas en un país tan complejo y contradictorio como Estados Unidos.

**Federico Kukso:** ¿Cómo explica lo sucedido en los últimos meses en el campo político norteamericano?

**Noam Chomsky:** Trump es muy hábil a la hora de incitar el miedo. Si uno observa a los que apoyan a Trump, son en su mayoría blancos de ingresos medios o bajos, poco educados. Curiosamente, entre estos grupos las tasas de mortalidad son altas. Muchos sienten que no hay nada para ellos. Hasta la irrupción de Trump en la escena política habían perdido toda esperanza. Son personas que piensan que se les ha quitado todo. Creen que les han arrebatado su país y que pronto los blancos serán minoría. No hay nada como el movimiento de supremacía blanca en otros países. Creen que el movimiento feminista les ha quitado su rol en las familias patriarcales. De ahí creo que viene tanto fanatismo por las armas. Tienen que tener armas para mostrar que son hombres reales.

Además, el aumento de la atomización de la sociedad que deja a las personas solas y aisladas hace que se sientan impotentes frente a fuerzas que los aplastan. En ese clima no es difícil estimular miedos e incitar la bronca y el odio hacia los inmigrantes, hacia otras minorías y hacia el gobierno, como lo ha hecho el candidato republicano.

**—¿A qué se debe esta actitud de muchos de los seguidores de Trump?**

—Hay una diferencia entre lo que los ciudadanos reciben del gobierno y lo que creen que reciben. Gran parte de lo que reciben no lo ven. En estados como Mississippi hay actitudes anti-gobierno, pero viven en su mayoría con subsidios. Estados como Nueva York y Massachusetts están subsidiando a personas que viven en estados como Arkansas. Allí el gobierno es presentado como un ente que les roba. Se ha instalado muy fuerte la idea del “hard working american” (el trabajador estadounidense), víctima de un gobierno que no tiene clemencia. Candidatos como Ted Cruz y Donald Trump han construido sus campañas alrededor de esta figura. La gente termina cayendo en esas trampas.

**—¿Qué le llamó la atención en las campañas presidenciales en términos de retórica o de lingüística?**

—No tanto en retórica. Me sorprendió la irrelevancia de los hechos. Ya no importan cuáles son ciertos y cuáles son falsos. La verdad es irrelevante. Trump es un maestro en eso. Fue sorprendente ver cómo no importaba cuán locas eran las cosas que decía. Repitió una y otra vez que los musulmanes festejaron los atentados contra las Torres Gemelas. O que el gobierno mexicano organizaba criminales y violadores para mandarlos a través de la frontera. Decía lo que se le antojaba y no importaba. Las cosas que la gente cree son muy extrañas. Los evangelistas creen que Trump es uno de ellos. Hace unos años, una buena parte de la comunidad afroamericana creía que Bill Clinton fue el primer presidente negro. Y fue devastador para esa comunidad.

Hay muchos Noam Chomsky. Está el Chomsky científico que revolucionó la lingüística moderna con el desarrollo del concepto de gramática transformacional y generativa según la cual el lenguaje se adquiere porque los seres humanos estamos biológicamente programados para ello. Y está el Chomsky activista político, el crítico del poder, uno de los referentes de la intelectualidad de la izquierda mundial que no deja pasar una oportunidad para denunciar las deficiencias democráticas de la sociedad estadounidense o de su política exterior o la manipulación de los medios de comunicación por parte de las corporaciones. Esas dos caras confluyen en este hombre nacido en 1928 en Filadelfia, profesor emérito del MIT, y al que se lo puede ver a diario recorriendo con tranquilidad los pasillos de una de las universidades más influyentes del planeta.

**—¿Qué temas le sorprendió que no se hayan tocado en los debates presidenciales o en la campaña en general?**

—Durante las elecciones primarias me llamó la atención que no se discutieran temas económicos. Sólo se hablaba de levantar muros o de bombardear Medio Oriente. El que se destacaba era Bernie Sanders que sí hablaba de temas serios. Eso forzó a Hillary Clinton a moverse hacia esa dirección. Tampoco se discutió sobre el cambio climático.

**—¿Por qué pasó eso?**

—En las grandes democracias las decisiones están siendo tomadas por una pequeña elite económica. Su interés no es salvar a la especie. Su interés es la maximización de sus beneficios. Por eso los candidatos del Partido Republicano, que es esencialmente el partido de los ricos y privilegiados, negaron y niegan sistemáticamente el calentamiento global. El Acuerdo de París fue un paso muy importante para la reducción de los gases que provocan el cambio climático. Pero en Estados Unidos no fue reconocido por el Partido Republicano que controla el Congreso. En febrero del año pasado, la Corte Suprema suspendió el programa *Clean Power Plan* (Proyecto para una Energía Limpia) con el que Barack Obama

buscaba limitar las emisiones contaminantes de las centrales térmicas. Fue un mensaje para el mundo.

**—Pero en septiembre finalmente Obama ratificó junto a China el Acuerdo de París por decreto sin pasar por el Senado. ¿Qué cree que se puede hacer contra esta permanente negación por parte del Partido Republicano?**

—Nadie lo quiere poner en palabras, pero de hecho el Partido Republicano es la organización más peligrosa que ha existido en toda la historia humana. Literalmente. Sus políticas conducirán a la destrucción de la especie. La población quiere que se haga algo contra el cambio climático pero su voluntad no influye en las decisiones. Una iniciativa llamada *Yale Project on Climate Change Communication* mostró que sólo uno de cada cuatro estadounidenses no cree en el cambio climático a pesar del consenso científico internacional.

**—Donald Trump y Marco Rubio llegaron a cuestionar la idea de que la acción humana sea la responsable del cambio climático. Ted Cruz declaró que todo lo relacionado con el calentamiento global es un engaño. ¿Cuán peligrosas pueden llegar a ser estas actitudes?**

—El cambio climático es un problema urgente. Es el problema más importante que ha enfrentado la especie humana. Si no lo resolvemos, no habrá futuro para la humanidad.

El 9 de julio de 1955, Albert Einstein y el filósofo Bertrand Russell redactaron un manifiesto en el que alertaban sobre los peligros de la proliferación del armamento nuclear y exigían a los líderes mundiales buscar soluciones pacíficas a los conflictos internacionales. “Recordad vuestra humanidad y olvidad el resto”, escribían estos dos intelectuales en el momento más crudo de la Guerra Fría.

Este año Chomsky, el italiano Toni Negri y el fundador de la *New Left Review*, Tariq Ali, continuaron aquella tradición precautoria y encabezaron un manifiesto por los derechos y libertades civiles en el Viejo Continente. “Europa marcha hacia su

decadencia –afirmaron–. El continente que pretendió emerger de la posguerra como garante de las libertades y derechos civiles se está hundiendo en la naturalización de la barbarie y en el vacío de una forma de gobierno crecientemente autoritaria. Enfrentada a la crisis más severa de su historia reciente ha elegido el peor de los caminos emprendiendo políticas que creíamos erradicadas”.

**—¿Cuáles cree que serán las consecuencias de esta crisis en Europa?**

—Desgraciadamente lo que ocurre ahora es una reminiscencia de lo que sucedió en 1930. El ascenso de Trump recuerda al ascenso del fascismo en Alemania. En Europa el centro colapsó. Los principales partidos decayeron, y la izquierda y la derecha se hicieron más extremas. Todos saben lo que pasó después.

**—¿Y en el resto del mundo?**

—Las desigualdades han aumentado en todos lados. Es uno de los efectos del neoliberalismo. Pero han aumentado más en los países anglosajones y en especial en Estados Unidos. En 2014, la organización internacional Oxfam calculó, en su reporte anual, que 90 individuos tenían la mitad de la riqueza del mundo. En 2015, eran 62 individuos en China, Arabia Saudita, Rusia y Estados Unidos. Bernie Sanders fue el único que lo hizo visible en su campaña.

**—¿Cómo llegó el Partido Republicano a su situación actual?**

—Hasta hace unas décadas era el partido del progreso y también el partido anti-esclavitud. Todo cambió con el tiempo, pero en especial en la década de 1960. El Movimiento por los Derechos Civiles tuvo un efecto polarizador. Los presidentes racistas –Nixon, Reagan, entre otros– se dieron cuenta de que podían usar el antagonismo y el racismo en el Sur a su favor. A muchos no les gusta hablar del tema, pero basta con mirar la campaña de Reagan. Fue el último líder mundial que apoyó el apartheid en Sudáfrica. Se negaba siquiera a admitir que existía tal cosa. Decía que era sólo un conflicto tribal. Reagan vetó sanciones contra el país africano aprobadas por el Congreso. Su guerra contra la droga fue

organizada a partir de argumentos racistas. Aumentó la encarcelación de hombres negros. El Partido Republicano continuó la tradición racista del Sur. Si uno mira las elecciones presidenciales de 2012 y ve los estados rojos y los estados azules, o sea republicanos y demócratas, observa un mapa de la Guerra Civil.

**—En los estados del Sur muchas personas no hablan de Guerra Civil sino de la “Guerra de la Independencia sureña”. ¿Está diciendo que en términos políticos aún se sigue peleando la Guerra Civil?**

—Estados Unidos nunca desarrolló un sistema político basado en clases. Es un sistema político geográfico y se remite a los tiempos de la Guerra Civil. Nunca terminó. Nixon explotó estos viejos rencores y miedos. Los grupos racistas y extremistas se alienaron en el Sur. En los últimos años, tanto el Partido Demócrata como el Republicano han girado hacia la derecha. Y el Partido Republicano salió del espectro. Sus políticas están orientadas a los más ricos y al poder corporativo. Si tuviéramos una sociedad democrática los impuestos a los ricos serían mucho más altos. En Estados Unidos los impuestos son bajos si se los compara con otros países, por eso muchas infraestructuras están colapsando y ciertos servicios son malos.

**—¿Qué rol juega la religión en la política estadounidense?**

—La gran base del Partido Republicano está conformada por evangelistas y fundamentalistas cristianos. Ese es un aspecto muy llamativo y curioso de Estados Unidos: es una sociedad extremadamente religiosa. No hay nada parecido entre otros países desarrollados. No se encuentran otras sociedades en las que un tercio de la población piense que el mundo fue creado hace algunos miles de años. Dos tercios de la población están esperando la “Segunda Venida” del Mesías. Es un fenómeno único de Estados Unidos y ha sido movilizado por el Partido Republicano porque necesita una base. En las elecciones primarias cada candidato se peleaba por mostrarse más religioso que el resto de sus contrincantes. No es algo nuevo. Esto se profundizó en los 80 cuando los tres candidatos —Carter, Reagan y Anderson— comenzaron la tradición de destacar su religiosidad para captar el voto creyente. Desde entonces, todos los candidatos a presidente se

muestran religiosos. Y los que no lo son, como Bill Clinton o incluso Donald Trump, aparentan.

**—Usted siempre ha sido muy crítico con el financiamiento de las campañas políticas. ¿Por qué?**

—En Estados Unidos, los políticos siempre están en campaña y buscando recaudar fondos. Esto ha sido siempre un factor importante que socava la democracia representativa. El politólogo Thomas Ferguson estudió el tema en su libro *Golden Rule: The Investment Theory of Party Competition* en el que muestra que la financiación es un factor fundamental a tener en cuenta para predecir futuras políticas. Restringir esto sería importante.

**—Su libro *Manufacturing Consent: The Political Economy of the Mass Media* fue escrito en 1988. Desde entonces el ecosistema mediático ha cambiado. ¿Tiene nuevas hipótesis acerca de cómo afectan las redes sociales en la conformación de la opinión pública?**

—Hay gente que usa internet para tener acceso a más información. Pero creo que ese es un porcentaje muy bajo. Los estudios muestran que la gente va hacia aquello que ya cree, a sitios con los que uno ya está de acuerdo. Las redes sociales son una cámara de eco. Uno de los efectos más sorprendentes es la dispersión de teorías conspirativas. Es como si los hechos ya no importaran. Las redes sociales en lugar de conectar, aíslan. Cada joven tiene un celular y habla con alguien que cree que es un amigo. Pero lo que tiene son contactos muy superficiales. Lo veo en mis nietos. Ellos creen que tienen muchos amigos. Pero no son amigos. El efecto que esto tiene es que los aísla mucho más de lo que ya estaban. Es un ambiente muy superficial. Recibo muchas cartas y mails de personas que me dicen que cada vez les cuesta más leer. No leen. Ojean. Rastrillan algo con la mirada durante tres segundos y saltan a otra cosa. No veo que tengamos una población cada vez más educada. Al contrario. Y eso tiene consecuencias políticas.

**—En 2015, usted dijo que Estados Unidos debería recibir como un héroe a Edward Snowden, refugiado en Rusia tras revelar secretos de Estado, y juzgar a quienes autorizaron la vigilancia de la población que Snowden denunció.**

**¿Considera que sus revelaciones tuvieron algún efecto en la defensa de la privacidad?**

—Me hubiera gustado que así fuera. Pero la vigilancia de los ciudadanos sigue en alza. Y cuando al fin llegue la llamada “internet de las cosas”, la interconexión de todos los objetos, creo que será monstruoso. Cualquier cosa que mires va a estar mandando información privada a la Agencia de Seguridad Nacional.

**—Junto a figuras como Elon Musk y Stephen Hawking, usted también alertó recientemente sobre los peligros de usar la inteligencia artificial para el desarrollo de armas. ¿Cree que a largo plazo estos avances pueden tener consecuencias sociales?**

—Hay que tener cuidado. Pero al mismo tiempo hay que señalar que hay un gran despliegue publicitario o *hype* (bombo) alrededor de la inteligencia artificial. Está muy lejos de los logros que se le atribuyen. Hay que ser cautelosos. Sí, se han hecho grandes avances, los automóviles autónomos son muy lindos, pero no hay nada remotamente cercano a la inteligencia humana. Los sistemas artificiales de reconocimiento visual son muy primitivos. Los automóviles autónomos no distinguen bien entre peatones y objetos. Nos habremos extinguido a causa del cambio climático o tras una guerra nuclear mucho antes de cualquier rebelión de las máquinas. Otro tema a tener en cuenta es todo lo que se refiere a investigaciones de ingeniería genética. Aún hay mucho que no sabemos sobre el genoma. Por eso las consecuencias de modificar un solo gen podrían ser impredecibles.

**—A comienzos de 2016, el FBI llevó a Apple a los juzgados por negarse a desbloquear el iPhone de uno de los terroristas del atentado en San Bernardino. ¿Cómo ve los choques entre gobierno y corporaciones por el tema de la privacidad?**

—Es un conflicto interesante. Personalmente espero que Apple gane a largo plazo. Básicamente hay un conflicto entre dos centros de poder en este asunto. No se trata de la primera batalla. El gobierno está dominado por el poder corporativo, pero aun así hay conflictos. Otro caso sucede en Irán. Las corporaciones

estadounidenses se mueren por entrar al mercado iraní pero el gobierno no las deja. Lo mismo en Cuba. Durante décadas distintas empresas estuvieron a favor de la normalización de las relaciones: farmacéuticas y corporaciones de energía quieren entrar al mercado cubano. Pero el gobierno las bloquea.

A diferencia de otros investigadores que no salen de su campo de estudio y deslizan bajo la alfombra de la privacidad sus opiniones políticas, Chomsky no traza límites. Sabe que su especialidad –la lingüística– y aquella facultad que lo desvela –el lenguaje– no están aisladas de la sociedad y de los conflictos de poder que la atraviesan, moldean y definen. Por eso, no le cuesta saltar de un tema a otro como si prendiera y apagara un interruptor.

**—Junto al especialista en ciencias de la computación Robert C. Berwick escribió el reciente libro *Why Only Us: Language and Evolution* en el que exploran los grandes enigmas del lenguaje humano, cómo los seres humanos adquirimos esta capacidad distintiva. ¿Qué es lo que la hace única?**

—El lenguaje humano es totalmente distinto a cualquier otro fenómeno del mundo animal. No hay análogo alguno. Ninguna otra forma de comunicación en la naturaleza está al nivel del lenguaje humano. Lo que descubrimos en las últimas décadas es que el lenguaje es como cualquier otro sistema biológico. Todos tenemos básicamente el mismo sistema visual, pero las primeras experiencias a las pocas semanas de vida son cruciales para su desarrollo. En el caso del lenguaje, hablamos distintos idiomas y hay evidencia que demuestra que las diferencias se limitan a la exteriorización, aquella que permitió la interacción social y llevó a la emergencia de estructuras sociales más complejas. La internalización, en cambio, parece ser uniforme. Las capacidades cognitivas y lingüísticas son las mismas en todos los humanos. Las diferencias son superficiales. Existen muy pocas evidencias de la llamada hipótesis de Sapir-

Whorf, según la cual el lenguaje determina la manera en que pensamos.

—**O sea, el lenguaje nos cambió por fuera y por dentro.**

—Ese rasgo es único en el lenguaje: es un sistema internalizado. La visión sólo responde al ambiente. Nada es creado por la visión *per se*. No hay una generación de “oraciones visuales” ni representaciones. El lenguaje es único porque es un sistema interno y generativo. Por eso, que sepamos, los humanos tenemos un tipo de pensamientos que el resto de los animales no tienen. Eso es llamativo. Los humanos somos radicalmente diferentes de cualquier otra cosa en el mundo biológico. Los *Homo sapiens* somos recientes: tenemos 200 mil años. Eso es nada en términos evolutivos. Y parece que el lenguaje emergió casi inmediatamente.

—**¿Cómo lo saben?**

—Todos venimos de África. Pero hay evidencias genéticas de que un grupo, los San, se habría aislado del resto hace aproximadamente 120 mil años. Y esta tribu también tiene lenguaje. Eso da a pensar que el lenguaje se originó entre 200 y 120 mil años atrás. El lenguaje es genético y hay fuertes evidencias de que no evolucionó desde que el humano salió de África.

En 1971, Noam Chomsky tuvo un recordado debate con el francés Michel Foucault sobre la naturaleza humana. Fue en la Universidad de Amsterdam dentro del International Philosophers Project. Las pocas grabaciones que quedaron de aquel encuentro muestran a estos dos gigantes del pensamiento del siglo XX serios, serenos, como dos boxeadores midiéndose sobre un ring.

—**¿Por qué cree que esos debates entre intelectuales ya no tienen el peso que tenían en otra época?**

—Ese debate fue en Holanda. No están dadas las condiciones para que se pueda repetir algo así en Estados Unidos. En muchos países europeos, e incluso en América Latina —como en Argentina—, se dan discusiones en los medios de comunicación que no existen en Estados Unidos. Una vez me invitaron a La Habana para discutir la

situación de los negocios en Cuba y hablamos con total normalidad. Cada vez que estoy en la televisión iraní o rusa puedo hacer duras críticas al gobierno norteamericano. Pero no puedo hacerlo en la propia televisión de Estados Unidos. Además, si estás en la televisión de Estados Unidos sólo te dan 30 segundos... Se perdió el pensamiento crítico.

—**Más allá de eso, ¿en qué sí es optimista?**

—No se puede negar que hubo cambios significativos en las últimas generaciones. En ciertos aspectos, Estados Unidos es un país más libre. Cuando llegué al MIT en 1955 estaba dominado por hombres blancos, obedientes, que hacían sus tareas. Ahora es totalmente diferente. Y ocurre en todo el país. Lamentablemente no hay activismo. La campaña de Bernie Sanders fue interesante por esa razón: despertó ese activismo dormido en cierto sector de la sociedad estadounidense. Estaba ahí. Sólo había que espabilarlo. ■

# **El mundo según Trump**

Immanuel Wallerstein

## Una victoria a la derecha en un mundo caótico

Casi todos están asombrados por la victoria de Trump. Se dice que incluso el mismo Trump está asombrado. Todos están intentando explicar cómo fue que ocurrió, aunque las explicaciones sean diferentes. Se habla mucho de las grietas profundas que creó la elección (¿o que reflejó?) en el cuerpo político estadounidense.

No pretendo agregar un análisis más a la larga lista que me cansé de leer. Sólo quiero concentrarme en lo siguiente: cuáles son las consecuencias de la victoria de Trump, primero para Estados Unidos, y después para el poderío estadounidense en el resto del mundo.

Internamente, los resultados, no importa cómo sean medidos, mueven a Estados Unidos significativamente a la derecha. No importa aquí que Trump, de hecho, haya perdido el voto popular nacional. O que, si a Trump le hubiesen faltado tan sólo 70 mil votos en tres estados (algo así como menos de 0,09% del total de votos emitidos), Hillary habría ganado.

Lo que importa es que los republicanos ganaron lo que se conoce como la trifecta —el control de la Presidencia, de ambas Cámaras y de la Suprema Corte—. Y aunque los demócratas puedan ganar de nuevo el Senado y aun la Presidencia dentro de cuatro u ocho años, lo cierto es que los republicanos se aferrarán a la mayoría de la Suprema Corte por mucho más tiempo.

No hay duda de que los republicanos se encuentran divididos en temas importantes. Esto fue visible justo una semana después de las elecciones. Trump comenzó a desplegar su lado pragmático y por tanto sus prioridades: más empleos, reducción fiscal (pero de ciertos tipos) y el salvataje de algunas partes del sistema de salud (Obamacare) que son ampliamente populares. El establishment

republicano (bastante a la derecha) tiene otras prioridades: destruir Medicaid y aun Medicare, llevar adelante diferentes tipos de reforma fiscal y echar atrás al liberalismo social (como los derechos de aborto y el matrimonio gay).

Queda por ver si Trump puede derrotar a Paul Ryan (figura clave en esa ala derecha con sede en el Congreso), o si Paul Ryan refrenará a Trump. El personaje central en esta lucha parece ser el vicepresidente, Mike Pence, que se ha posicionado muy notablemente como el verdadero número dos en el despacho presidencial (como lo hiciera en su momento Dick Cheney).

Pence conoce bien el Congreso, es ideológicamente cercano a Paul Ryan pero le es leal a Trump. Fue él quien escogió a Reince Priebus como jefe de Gabinete para Trump, prefiriéndolo a él antes que a Steve Bannon. Priebus está a favor de unir a los republicanos mientras Bannon reivindica atacar a los republicanos que son prácticamente 100% leales hacia un mensaje de ultraderecha. Aunque Bannon obtuvo un premio consuelo como asesor interno, es dudoso que vaya a tener algún poder real.

Pase lo que pase con esta lucha interna de los republicanos, sigue siendo cierto que la política estadounidense se corrió significativamente a la derecha. Tal vez el Partido Demócrata se reorganice como un movimiento más de izquierda y más populista y así sea capaz de disputarles el poder a los republicanos en futuras elecciones. Eso también está por verse. Pero la victoria electoral de Trump es una realidad y un logro.

## **La decadencia del Imperio**

Ahora bien, pasemos de la arena interna en la que Trump ha ganado y tiene poder real al ámbito internacional donde no tiene virtualmente nada. En su campaña utilizó el lema de "Hacer a América grande de nuevo". Lo que dijo y repitió una y otra vez fue que, de ser presidente, aseguraría que otros países respetaran (es decir, obedecieran) a Estados Unidos. En efecto, Trump aludió a un pasado donde Estados Unidos fue grande, y dijo que recuperaría ese pasado.

El problema es muy simple. Ni él ni ningún otro presidente –sea Hillary Clinton o Barack Obama o, para el caso, Ronald Reagan– puede hacer mucho acerca de la avanzada decadencia del otrora poder hegemónico. Es cierto, Estados Unidos alguna vez dominó el gallinero, más o menos entre 1945 y hasta cerca de 1970. Pero desde entonces ha ido decayendo sostenidamente en su capacidad para hacer que otros países lo sigan y hagan lo que Estados Unidos quiere.

La decadencia es estructural y su restitución no es algo que pueda surgir del poder de algún presidente estadounidense. Por supuesto, Estados Unidos sigue siendo una increíblemente poderosa fuerza militar y si utiliza mal este poderío militar puede hacer mucho daño al mundo. Obama era muy sensible en cuanto a estos daños potenciales, lo que da cuenta de todas sus dudas. Pero Trump fue acusado a lo largo de su campaña electoral de no entenderlo y, por tanto, de ser un portador peligroso del poderío militar estadounidense.

Sin embargo, aunque pueda hacer daño, eso no implica que otros países vayan a hacer lo que el gobierno estadounidense defina como bueno. Nadie, insisto, nadie, seguirá hoy la conducción de Estados Unidos si piensa que sus propios intereses son ignorados. Esto es cierto no sólo para China, Rusia, Irán o, por supuesto Corea del Norte. Es cierto también para Japón y Corea del Sur, India y Paquistán, Arabia Saudita y Turquía, Francia y Alemania, Polonia y los Estados bálticos, y los antiguos aliados especiales como Israel, Gran Bretaña y Canadá.

Estoy bastante convencido de que Trump todavía no se percata de esto. Hará alarde de victorias fáciles, como finalizar pactos comerciales. Utilizará estas herramientas para probar la sabiduría de su actitud agresiva. Pero dejemos que intente hacer algo respecto a Siria –lo que sea– y muy pronto se desilusionará de su poder. Es muy poco probable que se retracte de la nueva relación con Cuba. Y puede llegar a darse cuenta de que no debe deshacer el arreglo con Irán. Y en cuanto a China, los chinos parecen pensar que pueden hacer mejores arreglos con Trump que lo que habrían sido capaces de concretar con Clinton.

Entonces, estamos ante un Estados Unidos más de derecha en un sistema-mundo más caótico, donde el proteccionismo es el tema principal para casi todos los países y con una situación económica muy delicada para la mayoría de la población mundial. ¿Ya terminó? De ninguna manera, ni en Estados Unidos ni en el sistema-mundo. Es una lucha continua en torno a la dirección que habrá de asumir y deberá asumir el futuro sistema-mundo (o sistemas). ■

## Desafíos internacionales

El presidente Donald Trump dejó en claro que su presidencia adoptará una posición sobre todos los temas y en todas partes. También afirmó que será él solo quien tome la decisión final sobre las políticas que siga su gobierno. Trump ha elegido dos áreas prioritarias para implementar estas políticas: México y Siria/Irak, que es la zona de fuerza del Califato o Estado Islámico (EI). Podríamos llamar a estas dos áreas puntos álgidos (*hotspots*), donde el magnate está actuando en su modo más provocador.

México, en efecto, fue el principal asunto de toda su campaña, primero en su nominación republicana y luego durante la elección presidencial. Es probable que sus incesantes comentarios ásperos hacia el país y los mexicanos le hayan ganado más apoyo popular que cualquier otro tema, y por tanto terminaron dándole la presidencia.

Trump percibió correctamente que si no priorizaba sus acciones contra México arriesgaba la rápida y seria desilusión de sus más ardientes simpatizantes. Así que eso hizo.

En sus primeros días en el cargo reiteró que construirá un muro. Aseguró que busca una revisión importante del TLCAN, y que si eso falla repudiará el tratado. Y ha repetido su intención de hacer que México pague por el muro instituyendo un impuesto a todas las importaciones mexicanas a Estados Unidos.

¿Puede realmente hacer todo eso? Hay problemas legales y políticos para que implemente el programa. Los obstáculos legales, de acuerdo con las leyes estadounidenses e internacionales, probablemente no son tan grandes, pese a que pudiera acusarse a Estados Unidos de estar violando previsiones de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Si eso fuera a suceder, Trump probablemente estaría dispuesto a retirar a Estados Unidos de la OMC.

Pero hay obstáculos políticos más serios, que hacen más difícil que pueda llevar a cabo su programa rápidamente y de manera completa. En Estados Unidos hay una seria oposición al proyecto, sobre bases tanto morales como pragmáticas. La objeción pragmática es que un muro sería ineficaz para reducir la entrada de trabajadores indocumentados y solo contribuirá a incrementar el costo y el riesgo para los individuos que crucen la frontera. Lo interesante es que son los rancheros texanos, sus más fuertes simpatizantes, quienes están expresando estas objeciones pragmáticas. Y, por supuesto, hay muchas empresas estadounidenses que dependen de los trabajadores indocumentados, que serían grandes perdedoras en esta situación. Sin duda, estas constituirán una fuerza de presión en el Congreso para debilitar la implementación de esta política.

Tampoco es claro que se pueda transferir el costo del muro a los exportadores mexicanos. Hay muchos analistas que argumentan que, a través del aumento en el costo de las importaciones, este incremento terminará eventualmente pesando sobre los consumidores estadounidenses también, o en sustitución de los exportadores mexicanos.

Por el lado mexicano, el presidente Enrique Peña Nieto inicialmente se esforzó por negociar los asuntos fronterizos con el presidente Trump. Envió a dos secretarios de Estado a Washington para comenzar las discusiones preliminares, le dio la bienvenida a México y anunció que viajaría a visitarlo personalmente. Esta comedia respuesta a las declaraciones de Trump resultó muy impopular en México: Peña es atacado en casa por muchos otros asuntos desde hace ya mucho tiempo.

Pero el evidente desinterés del mandatario estadounidense por negociar con su par mexicano fue la gota que rebalsó el vaso. En México fue considerado humillante. Peña canceló su viaje y asumió una postura de desafío a Washington. Con ello, logró que muchos de sus críticos internos se reunieran en torno suyo, reivindicando el orgullo nacional.

Ahora bien, pregunto de nuevo: ¿puede Trump hacer que México se incline a su voluntad? A muy corto plazo, puede parecer que logra

cumplir sus promesas de campaña. A mediano plazo, sin embargo, no es nada seguro que Trump emerja de este punto álgido con un récord de logros.

## **Medio Oriente**

Ahora bien, Siria/Irak es un punto álgido aun más difícil. Trump dijo que tiene un plan secreto para eliminar a Estado Islámico (EI), y le dio al Pentágono treinta días para que concrete propuestas. Sólo entonces anunciará su decisión.

En este caso, ya hay una serie de problemas para Trump. En estos momentos Rusia parece el actor político individual más fuerte en la región: ha avanzado por el camino de crear un proceso de paz política que incluya al gobierno de Bashar al-Assad, a la principal fuerza de oposición en Siria, a Turquía e Irán (junto con Hezbollah). Estados Unidos, Europa Occidental y Arabia Saudita están todos excluidos.

Tal exclusión es intolerable para el mandatario estadounidense, que ya está hablando de enviar tropas terrestres para golpear a EI. Pero, ¿con quién se aliarán dichas tropas en Siria o Irak? Si lo hacen con el gobierno dominado por los chiitas impedirán el apoyo de las fuerzas tribales sunnitas que Estados Unidos había estado cultivando pese al respaldo que alguna vez le otorgaron a Saddam Hussein. Si se alían con los peshmerga kurdos, antagonizarán más aun con los gobiernos turcos e iraquíes. Si se junta con las fuerzas iraníes, habrá gritos en el Congreso estadounidense y en Israel, tanto como en Arabia Saudita.

Si, a pesar de esto, Trump envía tropas se encontrará con que será muy difícil luego retirarlas, tal como le sucedió a George W. Bush y a Barack Obama. Pero con las inevitables bajas estadounidenses puede desaparecer el respaldo en casa. Entonces recibirá aplausos de más corto plazo que en el caso de México, y probablemente más frustraciones de mediano plazo. Tarde o temprano, tanto él como sus simpatizantes aprenderán la amarga verdad sobre los límites del poderío geopolítico estadounidense y, como tal, sobre los límites del poderío mundial de Trump.

¿Qué ocurrirá entonces? ¿Explotará y cometerá actos peligrosos? Esto es lo que casi todo el mundo teme; un Estados Unidos demasiado débil en poder real y muy fuerte en armamento. Trump tendrá que decidir entre dos opciones: utilizar las armas con las que cuenta, lo cual es fútil, pero terrible, o retirarse silenciosamente de la geopolítica hacia su fortaleza estadounidense, admitiendo implícitamente su fracaso. En cualquier caso, será una decisión muy poco confortable para él.

Traducción: Ramón Vera Herrera

# Entrevista a Judith Butler: nacionalismo xenófobo y retroceso democrático

Christian Salmon

¿Qué representa Donald Trump? La filósofa estadounidense Judith Butler, profesora de la Universidad de California, Berkeley, publicó recientemente un libro corto en francés, *Rassemblement. Pluralité, performativité et politique* (1) donde explica que Donald Trump encarna una nueva forma de fascismo. En sus propias palabras: “Muchos se regocijan con ver a esta persona inquietante y no muy inteligente actuando como si fuera el centro del universo y ganando poder gracias a eso”.

Muchos escritores e intelectuales en Estados Unidos y Europa han opinado sobre el fenómeno Trump; la mayoría expresa consternación o reprobación, condena los excesos de sus discursos y muestra preocupación por las propuestas de construir un muro en la frontera con México o de expulsar a millones de inmigrantes indocumentados. Pero si se quiere entender en profundidad qué está pasando con el fenómeno Trump, entonces es necesario tener en cuenta los análisis que Judith Butler viene desarrollando desde fines de la década del noventa, desde *Excitable Speech. A Politics of the Performative* hasta su último libro, *Rassemblement. Pluralité, performativité et politique*

**Christian Salmon:** ¿Se podría decir que Donald Trump es en cierta forma el personaje que mejor representa los análisis que usted desarrolló durante las dos últimas décadas? ¿Es Trump un “objeto butleriano” por excelencia?

**Judith Butler:** No estoy segura de que Trump sea un objeto muy bueno para mi tipo de análisis. No creo que haya, por ejemplo, una fascinación con la persona de Trump. Si tomamos en cuenta su discurso tenemos que considerar más específicamente el efecto que

tuvo en una parte del público estadounidense. Recordemos que fue elegido por menos de una cuarta parte del público, y solamente pudo llegar a ser el nuevo presidente gracias al resultado de un Colegio Electoral obsoleto. Entonces, no tenemos que creer que hay un apoyo popular masivo hacia Trump. Hay una desilusión masiva hacia la participación política y un serio desprecio hacia ambos partidos políticos estadounidenses. Pero Hillary Clinton obtuvo más votos que Trump. Así que cuando pensamos en el apoyo que tiene Trump, estamos pensando en cómo una minoría estadounidense pudo llevar a Trump al poder. Estamos pensando en un déficit democrático, no en una marea popular. Desde mi punto de vista, se debería abolir el Colegio Electoral para que las elecciones representen más claramente la voluntad del pueblo. Se deben también repensar nuestros partidos políticos para que pueda haber más participación de la gente en todo el proceso.

Así que la minoría que apoyó a Trump, la minoría que pudo lograr un éxito electoral, se vio autorizada no sólo por su propio distanciamiento con el espectro político, sino también por el distanciamiento de aproximadamente un 50% de los votantes que no se presentaron a las urnas. Quizá deberíamos estar hablando del retroceso de la democracia participativa en Estados Unidos.

Mi opinión es que Trump desencadenó una furia que tiene varios objetos y varias causas, y probablemente deberíamos ver con escepticismo a aquellos que dicen conocer la verdadera causa y el objeto exclusivo. El estado de devastación económica y el desencanto, la pérdida de esperanza con respecto al futuro de una economía afectada por movimientos económicos y financieros que dejan a comunidades enteras devastadas son sin duda importantes. Pero también es importante la creciente complejidad demográfica de Estados Unidos, así como los viejos y nuevos racismos. El deseo de "fuerza" gira en torno, por una parte, a mejorar el poder estatal en contra de los trabajadores indocumentados y los extranjeros, pero está emparentado también con un deseo de sacudirnos de encima al gobierno, una consigna que se adecúa tanto al individualismo como al mercado.

**—El punto de comparación más claro entre Trump y el fascismo (si es que puede hacerse una comparación tal) tiene que ver con la relación entre el líder y las masas que lo fabrican. Fundamentalmente, los líderes fascistas más importantes no inventaron el fascismo, sino que tomaron el control de cierto escenario en el cual a la pequeña o mediana burguesía le estaba costando mucho enfrentar el declive del status de clase después de la derrota y la crisis de los años veinte, y expresaba su frustración a través del odio al proletariado. Recientemente encontré de casualidad un viejo texto de Trotski en el que habla sobre el concepto del líder fascista. Pensé que era una buena descripción del fenómeno Trump: "Sus ideas políticas eran fruto de cómo sonaba la oratoria. Así era la forma en la que se elegían las consignas. Así era la forma en la que se consolidaba el programa. Así era la forma en la que el 'líder' fue formado a partir del material en bruto". ¿No podríamos decir lo mismo sobre Trump?**

—Este puede ser un buen momento para distinguir entre viejos y nuevos fascismos. Lo que usted describió son las formas del fascismo europeo de mediados del siglo XX. Con Trump, tenemos una situación nueva, pero que igual puede denominarse fascista. Por un lado, Trump es rico, y los que votaron por él en su gran mayoría no lo son. Y, sin embargo, los trabajadores se identifican con él: logró triunfar sobre el sistema. Por ejemplo, su habilidad a la hora de manejar su deuda para no pagar impuestos. Clinton se equivocó al pensar que la gente común que paga sus impuestos se vería escandalizada por este hecho. Porque en verdad lo admiran por no haber pagado. ¡Les gustaría ser él! El momento fascista acontece, sin embargo, cuando Trump se atribuye el poder de deportar a millones de personas, o incluso de meter en la cárcel a Hillary después de asumir (aunque luego se haya retractado), de romper tratados de comercio a voluntad, de insultar al gobierno chino, de pedir por la vuelta del "submarino" y demás métodos de tortura. Cuando dice esas cosas, actúa como si fuera la única autoridad que decide sobre política exterior, sobre quién va a la cárcel, quién es

deportado, qué tratados de comercio hay que honrar o qué política exterior terminar o llevar adelante.

Pero también, cuando afirma que le pegaría o que mataría a alguien que lo interrumpe ante una multitud, saca a relucir un deseo asesino que, francamente, a mucha gente le encanta. Cuando le resta importancia al sexo no consentido o llama a Hillary una “mujer horrible”, está siendo la voz de una misoginia de larga data, y cuando dice que los inmigrantes mexicanos son todos asesinos, está siendo la voz de un racismo de larga data. Muchos pensamos que su arrogancia, ego increíble, racismo, misoginia e impuestos evadidos eran características que lo autoboicoteaban, pero en verdad era muy emocionante para muchos de los que lo votaron. Nadie sabe si ni siquiera leyó o le importa la Constitución. Esa indiferencia arrogante es atractiva para muchos. Y ése es un fenómeno fascista. Si cumple con muchas de las cosas que dijo, entonces vamos a tener un gobierno fascista.

**—Donald Trump no hizo (como en el viejo dicho acuñado por Mario Cuomo) (2) campaña en verso o en prosa, sino, como todos los líderes fascistas, en argot. Inventó su propio sociolecto, una mezcla de bromas, muecas graciosas, alusiones escatológicas, quejas, eslóganes e insultos. Su retórica se corresponde con una especie de “marca registrada” que se basa en la exclusión. Comunica más por señas que por un discurso estructurado, una amalgama de consignas e insultos que se blanden como un arma poderosísima para deslegitimar minorías. ¿Cómo analizaría usted la frase de Trump en el programa de la cadena NBC *The Apprentice*: “Estás despedido”?**

—Una vez más, el acto de habla presupone que él es quien tiene el poder de negarle a la gente sus trabajos, puestos o poder. Así que parte de lo que logró hacer es comunicar ese sentido del poder que se autodelegó. Los actos de habla tales como el que usted cita logran precisamente eso. Recordemos también que la rabia contra las élites culturales toma la forma de una rabia contra el feminismo, el movimiento por los derechos civiles, la tolerancia religiosa y el multiculturalismo. Todo lo anterior se puede representar como

restricciones “superyoicas” sobre las emociones racistas y misóginas. Así que Trump “liberó” al odio del “yugo” de los movimientos sociales y discursos públicos que condenan el racismo; con Trump, uno puede odiar en “libertad”. Se pone a sí mismo en la posición de alguien que estuvo dispuesto a arriesgarse y a sobrevivir al escarnio público por su racismo y sexismo. Sus simpatizantes desean también ser impudicamente racistas como él, por eso es que vimos un crecimiento precipitado de crímenes de odio en las calles y el transporte público inmediatamente después de las elecciones. La gente se vio “liberada” para expresar su racismo a voluntad. ¿Cómo entonces nos liberamos nosotros mismos de Trump, el “liberador”?

—**Si nos concentramos demasiado en la retórica corremos el riesgo de olvidar una segunda dimensión: la increíble “corporeidad” de sus actuaciones en los actos políticos o los programas de entrevistas. No vale la pena mencionar de vuelta su corte de pelo y su “naranjez”, pero más allá de eso también está la forma en la que mueve las manos y la boca, un gesto expresado en unas muecas locas, gesticulaciones desproporcionadas, una especie de ultraexposición de su cuerpo, todo muy típico del mundo de los *realities*. No hay duda de que las estatuas de Trump desnudo que se vieron en muchas plazas a lo largo y ancho de todo Estados Unidos autorizaron una especie de sacralización kitsch, apuntando a un tipo de contagio odioso, una provocación corpórea... Al ver todo esto me vino a la mente una frase de Franz Kafka: “Uno de los métodos más efectivos de tentación que tiene el Mal es lo difícil que es luchar contra él”. ¿Cómo analiza usted este personaje de reality que se metió en el escenario político?**

—Parece claro que la presidencia es cada vez más un fenómeno mediático. Una pregunta que se podría hacer es si mucha gente vota de la misma forma que decide poner en Facebook “Me gusta”. Trump ocupa espacio en la televisión, se convierte en una figura amenazadora, algo que fue fruto de la sátira de *Saturday Night Live* en la que Alec Baldwin se pasea por el set, casi pareciendo que atacaba a Hillary por atrás. Ese poder de amenazar tiene mucho que

ver también con los acosos sexuales que ejerció. Va adonde quiere, dice lo que quiere y toma lo que quiere. Así que aunque no sea carismático de acuerdo a ningún estándar tradicional, cobra importancia y poder personal mediante su acaparamiento de la pantalla en la forma en la que lo hace. En este sentido, permite identificarse con alguien que rompe las reglas, hace lo que quiere, gana plata y que tiene sexo en el lugar y momento en el que se le da la gana. La vulgaridad inunda la pantalla, y está en camino de inundar al mundo. Y muchos se regocijan con ver a esta persona inquietante y no muy inteligente actuando como si fuera el centro del universo y ganando poder gracias a eso.

—**Habiéndoselo acusado de mentiroso, Trump se defendió diciendo que había dicho lo que denominaba como una “hipérbole creíble”, “una exageración inocente que es ideal para publicitarse”. Los medios de Europa están usando cada vez más la expresión “posverdad política” para designar a la división cada vez más difusa de lo verdadero y lo falso, de la realidad y la ficción que Hannah Arendt describió como propiedad del totalitarismo. En esta óptica, las redes sociales crearon un contexto nuevo caracterizado por la aparición de burbujas de noticias independientes, generando así una especie de cámara de eco que permite diseminar los rumores más alocados, teorías conspirativas y mentiras. De hecho, es inaccesible a la comprobación de datos en los medios. Durante su campaña, Trump pudo dirigirse a su pequeño país de resentimiento mediante Twitter y Facebook, y lograr que se convirtiera en una “ola” súper entusiasmada. ¿Qué piensa usted de este concepto de “posverdad política”?**

—Me cuesta creer que esas sean las palabras de Trump; más bien deben ser las de alguien que quiere hacer pasar como normal e incluso festejar su actitud displicente hacia la verdad. No estoy segura de que estemos inmersos en la posverdad. Trump parece atacar la verdad y no muestra evidencia que respalde sus afirmaciones ni tampoco demuestra argumentos lógicos. No todo lo que dice es completamente arbitrario, pero está dispuesto a cambiar

de posiciones a voluntad, solamente lo ata la ocasión, su antojo y lo que le resulte eficaz. Por ejemplo, cuando dijo que iba a “meter en la cárcel” a Hillary Clinton si era elegido presidente, logró que todos los que la odiaban festejaran; permitió incluso que la odien más aun. Por supuesto, no tiene poder como para “meter en la cárcel” a Hillary, e incluso como presidente tiene que respetar un proceso jurídico largo y el fallo de una Corte. Pero en ese momento está por encima de todo proceso jurídico, ejerce su voluntad sin límites y le da forma a una tiranía que no se preocupa por el hecho de si ella en verdad cometió un delito punible. La evidencia que se conoce hasta el momento no sugiere que ella sea culpable. Pero Trump no vive en un mundo de evidencias. De forma similar, tampoco puede respaldar su afirmación de que Clinton no hubiera ganado el voto popular si no fuera por los millones de ilegales que votaron por ella. Sin embargo, en ese momento muestra su herida narcisista ante el público y también busca deslegitimar el voto popular. Al mismo tiempo, descarta que pueda haber habido votos no válidos para él. Por una parte, no importa si se contradice o no o si es obvio que rechaza solamente las conclusiones que merman su poder o su popularidad. Tanto el narcisismo descarado y herido como su negativa a aceptar evidencia y los argumentos lógicos lo hacen más popular. Vive por encima de la ley, que es adonde les gustaría vivir a muchos de sus simpatizantes.

—**En su libro *Excitable Speech* usted analiza la violencia verbal presente en el discurso homofóbico, sexista o racista que tenga como objetivo destruir y excluir a la gente a la que esté dirigido. También demuestra que el objetivo de esta violencia verbal es el redefinir los límites de una persona. Esto se traduce en una operación discursiva para excluir, marcar y delimitar, pero también para configurar, haciendo emerger una forma homogénea, monocromática y heterosexual de personas que no existen en el mundo real. Sin embargo, usted también explica que esta operación puede volverse en contra de sí misma y abrir la puerta para una lucha política y una subversión de las identidades. ¿Cuáles cree que son las palancas que pueden forzar esto?**

—Quizá tengamos que pensar al nacionalismo xenófobo como una forma de afirmar y definir al “pueblo”. Trump tuvo apoyo entre los económicamente desposeídos así como entre aquellos que creen que perdieron el privilegio de ser blancos, pero también votó a Trump mucha gente pudiente que creyó que se iban a abrir muchos mercados y que iba a haber más riqueza al alcance de la mano. Nos podemos concentrar en su discurso, no es que no sea importante, pero no es lo único que atrae a la gente. Sin embargo, me pareció que la senadora por Massachusetts, Elizabeth Warren, tuvo razón en responder al insulto hacia Clinton: “Es una mujer horrible”, con el agregado “Entiende esto bien, Donald. Las mujeres horribles son duras. Las mujeres horribles son inteligentes. Y las mujeres horribles votan. Y, el 8 de noviembre, nosotras las mujeres horribles vamos a usar nuestros pies horribles para ir y depositar en las urnas nuestros votos horribles y así sacarte para siempre de nuestras vidas”. Sin duda fue un momento increíble de feminismo público, pero claramente no fue suficiente.

**—Desde 2011 en adelante hemos visto la aparición internacional de movimientos como Occupy Wall Street, los Indignados, Nuit Debout, la Primavera árabe... en su libro más reciente, Rassemblement, usted analiza las condiciones en las cuales aparecen estos movimientos y sus implicancias políticas, extendiendo su análisis hacia la actuación política. Usted escribe que cuando los cuerpos se juntan forman una expresión política, no reducida a las demandas de estos actores ni al discurso que adelantan. ¿Qué fuerzas previenen o posibilitan este tipo de acción plural? ¿Cuál es su carácter democrático?**

—Que algo nos sea una “aparición” quizá no sea la palabra adecuada para “aparecer” en inglés, pero en el lenguaje tenemos que vivir con los fantasmas. A pesar de que las manifestaciones y las asambleas no son por lo general suficientes como para producir cambios radicales, sí alteran nuestra percepción sobre quién es el “pueblo”, y afirman libertades fundamentales que pertenecen a los cuerpos en su pluralidad. No puede haber democracia sin el derecho a reunirse libremente, y no puede haber reuniones si no hay derecho

a circular y a estar en un mismo lugar libremente. Así que esta libertad presume la libertad y capacidad de movilidad de los cuerpos. Por ello, muchas de las manifestaciones públicas en contra de la austeridad y la precarización exponen cuerpos en la calle y a la vista del público que también está sufriendo por ser desplazado y desposeído. También afirman una voluntad política común reuniéndose de la forma en la que lo hacen. Así que cuando pensamos a las asambleas parlamentarias como parte de la democracia, también podemos considerar que el poder de las asambleas extraparlamentarias puede alterar la comprensión pública sobre quién es el pueblo. Cuando aparecen aquellos que se supone que no tienen que aparecer es especialmente cuando vemos cómo la esfera del aparecer, y los poderes que controlan su frontera y divisiones, está presupuesta en cualquier discusión sobre quién es el pueblo. En esto estoy de acuerdo con Jacques Rancière.

**—Michel Foucault hizo un análisis sobre la democracia ateniense de los siglos V y IV a. C simultáneamente en forma de problema discursivo, la paradoja de “decir la verdad” en una democracia (se pervierte la parresía) y como un desplazamiento del “escenario” de la política, del “ágora” a la “ecclesia”; esto es, de la ciudad de los ciudadanos a la corte del soberano. ¿Se puede considerar el desarrollo de estos escenarios políticos democráticos que aparecen desde 2011 en adelante como la revancha del “ágora” sobre la “ecclesia”?**

—Decir la verdad ante el poder no es fundamentalmente un acto individual. Decir la verdad ante el poder significa apropiarse del poder al hablar de la manera en la que se lo hace. Y que las estructuras de poder pueden ser apropiadas o redefinidas en el oficio de ser “contestatorio”. Así que podemos pensar al sujeto que habla como un individuo que habla, es una posición anónima y cambiante que incluye potencialmente a cualquier número de personas. Antes de preguntarnos qué significa decir la verdad ante el poder, tenemos que preguntarnos quién puede hablar. A veces la mera presencia de aquellos que se supone que tienen que permanecer mudos en el discurso público rompe y atraviesa esa estructura. Cuando hay una asamblea de los indocumentados, o de aquellos que fueron desalojados, de aquellos que están desempleados o perdieron mucho de sus pensiones, se afirman en el imaginario y el discurso que nos da una idea de quién es el pueblo, o quién debería ser. Desde luego que tienen demandas específicas, pero la misma asamblea es también una forma de demandar algo con el cuerpo, un pedido corpóreo por espacio público y una demanda pública hacia el poder político. Así que en cierta forma tenemos primero que irrumpir en el discurso antes de poder decir la verdad ante el poder. Tenemos que irrumpir en medio de las restricciones a la representación política para poder exponer su violencia y oponernos a sus exclusiones. Mientras la “seguridad” siga justificando prohibir y dispersar manifestaciones, asambleas y acampes, la seguridad está al servicio de diezmar los derechos democráticos y a la democracia en sí. Sólo una movilización muy amplia, un coraje personificado y transnacional, podríamos decir, va a derrotar con éxito al nacionalismo xenófobo y las diversas coartadas que en este momento amenazan a la democracia. ■

Traducción: Ignacio Barbeito

---

**1** Judith Butler, *Rassemblement. Pluralité, performativité et politique*, Fayard, París, 2016. Sin traducción en español todavía: *Notas para una teoría performativa de las*

*asambleas.*

**2** Ex gobernador del estado de Nueva York entre 1983 y 1994. El dicho decía algo así como "La campaña se hace en verso y el gobierno en prosa".

## Epílogo

---

### **Una democracia jaqueada por el neoliberalismo**

Étienne Balibar

La pregunta que surgió en boca de mis amigos norteamericanos luego de la elección de Trump fue siempre la misma: “¿Quién es el próximo? ¿Crees que Le Pen ganará las elecciones francesas?”. Anticipaban una especie de efecto dominó o el comienzo del contagio, basado en la devastación de las políticas redistributivas que fueron destruidas por el neoliberalismo. Veían el Brexit como una advertencia, un presagio. La caída de Renzi y el anuncio de Hollande de que no se presentaría a reelección se hicieron eco de la derrota de Hillary Clinton. La cuestión de si Merkel “resistiría” de cara a la extrema derecha alemana se convirtió en una variable estratégica.

Ahora descubro que las mismas cuestiones inquietan a la prensa y a la opinión pública europeas. Y a ambos lados del Atlántico, el “populismo” es la categoría que polariza el análisis y la especulación. Es cierto que la Unión Europea y Estados Unidos se muestran entre sí uno como espejo revelador del otro. Incluso si tenemos en cuenta todas las diferencias relevantes, la iteración de las dos situaciones y la luz que cada una echa sobre la otra debería permitirnos entender que lo que se está desarrollando a ambos lados del Atlántico es una crisis de las instituciones políticas. Podemos decirlo sin caer en generalidades vacías o en provincianismos limitados.

Esto es particularmente cierto en tanto el terreno decisivo en Europa es el propio nivel continental: la parálisis que de forma gradual empieza a apropiarse de los sistemas de representación y los expone a las recetas demagógicas del nacionalismo y el proteccionismo no es más que la otra cara de la descomposición del

proyecto europeo como proyecto político y cultural. Del mismo modo, en el caso norteamericano, la decadencia de la hegemonía imperial empieza a hacer notar sus efectos no sólo en el “contrato social” –del cual era una de las bases materiales– sino también en la estructura constitucional, a pesar de que es una de las más antiguas y mejor “reguladas” del mundo.

## **Las lecciones de Trump**

El episodio norteamericano nos brinda a nosotros, europeos, tres lecciones que debemos adaptar a nuestra propia historia y nuestras prácticas.

En primer lugar –y esto es lo que nos dice la derrota de Hillary Clinton– es inútil tratar de neutralizar la política (y prolongar así indefinidamente el *statu quo* del gobierno post-democrático), negando la profunda división que el capitalismo neoliberal ha producido o reactivado. Esto incluye divisiones de clase (que son, al mismo tiempo, divisiones territoriales, económicas y culturales), étnicas y raciales (a menudo acrecentadas por la discriminación religiosa) y morales (conflictos cada vez más intensos sobre valores sexuales y familiares). Y no debemos olvidar el camuflaje institucional para las múltiples formas de violencia estructural de las que Trump se ha apropiado en nombre de la “ira”.

Pero, en segundo lugar –y es ésta la lección acerca de la comparación entre los movimientos de Trump y de Sanders– tenemos que renunciar de una vez por todas a la categoría de “populismo”, que amalgama discursos tanto de la izquierda como de la derecha. La crisis del “sistema”, una crisis de legitimidad al mismo tiempo que de representatividad, es un hecho político objetivo y no una doctrina. Sin embargo, incluso en la medida en que haya lugar para las amalgamas, las conclusiones que extraemos de este hecho –ya sea en el sentido del nacionalismo xenófobo o en busca de “la gente que falta”, lo cual implica una nueva síntesis de aspiraciones y resistencias democráticas– van en direcciones opuestas.

En tercer lugar, los modelos institucionales divergentes arraigados en la historia sin duda ofrecen condiciones diferentes para la política.

Sin embargo, no pueden disfrazar el surgimiento de un problema constitucional general en estas dos regiones del mundo (las mismas que inventaron el modelo democrático de la era burguesa y luego lo adaptaron a los movimientos de liberación y a las luchas sociales del siglo XX). Lo que está en juego aquí es la competencia entre la desdemocratización irreversible y una "democratización de la democracia". Democratizar la democracia implica hacer espacio para la formidable demanda de participación popular, incluso a riesgo de enfrentamientos entre facciones y partidos (o concepciones del mundo). Implica reinventar una ciudadanía activa, un "conflicto civil". Implica examinar o darle un contrapeso al poder del dinero, de la tecnología y de la herencia (ya sea de cultura o de bienes).

Las opciones que se nos presentan en ambos continentes – opciones sociales y de valores– tienen poderosas consecuencias no sólo "mundiales" sino "globales". Globales, en el sentido de que gradualmente contaminan todo lo demás y a veces parecen formar una especie de condición de imposibilidad para cualquier revisión racional de sus propias suposiciones. Tal es el caso de la aceleración del calentamiento global a niveles que amenazan las condiciones de vida de poblaciones enteras. También se aplica a la desregulación del capitalismo financiero, la lucha por la liquidez, cuya contracara es la explosión de la precariedad social. Y también es cierto en lo que respecta al "choque entre civilizaciones", una fantasía auto cumplida con un sustento real en el nuevo régimen de mezcla cultural y migración. La violencia extrema está potencialmente presente en cada punto de la intersección. Y a veces se desata abiertamente tras ser suscitada por la nostalgia imperial, las pretensiones de un universalismo secular o religioso, los intereses del mercado armamentista y el miedo que pone a la seguridad como tema prioritario.

Día tras día vemos que las estructuras de los Estados que llamamos "soberanos" resultan impotentes frente a estos desafíos. Y esta "impotencia de los todopoderosos" engendra pánicos colectivos que pueden volverse incontrolables. Por el contrario, las asambleas espontáneas que reviven la idea de la gente que delibera y actúa (Occupy Wall Street, la plaza Syntagma, las protestas del parque

Gezi, Nuit debout...) dan muestra de las energías que en efecto existen para una renovación de la democracia. Sin embargo, no tienen armas ante la acumulación y concentración de poderes monopolizados por la oligarquía.

Necesitamos algo más. El populismo nacionalista no puede dar respuestas a nivel de protección y regulación, ni de participación y representación. Porque plantea en términos irreales y discriminatorios la cuestión del lugar; es decir, la cuestión de los espacios en los que vivimos, trabajamos, nos encontramos y luchamos. Un mundo globalizado debe proveer estos espacios para cada persona, empezando por aquellas que sostienen las vidas de otros y se ocupan de ellos. Lo que me atreví a llamar "contra-populismo" (como hice cuando estalló la crisis griega), no constituye ningún tipo de solución, ni siquiera un plan. Sin embargo, pienso que es el nombre apropiado si queremos aunar fuerzas e identificar los diferentes elementos del problema. ¿Su apuesta? El renacimiento de una política hecha por el pueblo y para el pueblo. ■

Traducción: Virginia Higa

## Procedencia de los textos

---

**"Herederos de la globalización neoliberal"**, Chantal Mouffe, aporte inicial del debate en Espacio Público, diario Público.es: "El ascenso de la extrema derecha en Europa", <http://www.espacio-publico.com/el-ascenso-de-la-extrema-derecha-en-europa>.

**"Una perversión capitalista"**, Alain Badiou, en *Nuestro mal viene de más lejos*, Capital intelectual, Buenos Aires, 2016.

**"Las derechas y su ideología"**, Jean-Yves Camus, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 177, febrero de 2014.

**"El descontento popular, combustible de la derecha francesa"**, Serge Halimi, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 199, enero de 2016.

**"La versátil ideología de Marine Le Pen"**, Eric Dupin, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 154, abril de 2012.

**"El estallido de Europa: Alemania, los refugiados y el Brexit"**, Wolfgang Streeck, SPERI, Paper N° 31, septiembre de 2016, <http://speri.dept.shef.ac.uk/wp-content/uploads/2016/09/SPERI-Paper-31-Wolfgang-Streeck-Exploding-Europe.pdf>

**"Democracia corrompida en Hungría"**, G. M. Tamás, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 153, febrero de 2012.

**"La islamofobia se apodera de la 'ejemplar' Noruega"**, Remi Nilsen, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 157, julio de 2012.

**“Tierra fértil para el racismo en Austria”**, Pierre Daum, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 121, julio de 2009.

**“Populismo xenófobo con tinte social en Polonia”**, Cédric Gouverneur, *Le Monde diplomatique*, París, marzo de 2016.

**“Los motivos de una victoria inesperada”**, Ignacio Ramonet, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 209, noviembre de 2016.

**Entrevista a Noam Chomsky: “Trump y la irrelevancia de la verdad”**, Federico Kukso, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 209, noviembre de 2016.

**“El mundo según Trump”**, Immanuel Wallerstein. “Desafíos internacionales”, *La Jornada*, Ciudad de México, 10-2-17, <http://jornada.unam.mx/2017/02/10/opinion/018a2pol> y “Una victoria a la derecha en un mundo caótico”, *La Jornada*, Ciudad de México, 19-11-16, <http://www.jornada.unam.mx/2016/11/19/opinion/026a1mun>

**Entrevista a Judith Butler: “Nacionalismo xenófobo y retroceso democrático”**, Christian Salmon, VersoBooks.com 29-12-16, <http://www.versobooks.com/blogs/3025-trump-fascism-and-the-construction-of-the-people-an-interview-with-judith-butler>

**“Una democracia jaqueada por el neoliberalismo”**, Étienne Balibar, Verso Books, 10-1-17, <http://www.versobooks.com/blogs/3039-etienne-balibar-populism-in-the-american-mirror>

## Los autores

---

### **Pedro Brieger**

Periodista y sociólogo especializado en política internacional, director del portal Nodal.

### **Chantal Mouffe**

Filósofa y politóloga belga. Autora de *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011, y *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona, 2003.

### **Alain Badiou**

Filósofo francés, escritor y dramaturgo. Autor, entre otras obras, de *La República de Platón*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2013, y *Nuestro mal viene de más lejos* (al que pertenece el artículo publicado en este libro), y *Lo finito y lo infinito*, ambas de Capital Intelectual, Buenos Aires, 2016.

### **Jean-Yves Camus**

Investigador asociado al Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas (IRIS). Autor de *Les Droites Extrêmes en Europe*, Seuil, París, 2015.

### **Serge Halimi**

Director de *Le Monde diplomatique*.

### **Eric Dupin**

Periodista. Autor, entre otras obras, de *Voyages en France*, Seuil, París, 2011.

### **Wolfgang Streeck**

Sociólogo y economista alemán, profesor y director emérito del Instituto Max Planck de Investigaciones Sociales, Colonia. Autor, entre otros, de: *How Will Capitalism End? Essays on a Failing*

*System*, Verso Books, Londres, 2016, y *Comprando tiempo...*, Capital intelectual, Buenos Aires, 2016.

**G. M. Tamás**

Filósofo y ex diputado.

**Remi Nilsen**

Periodista, director de la edición noruega de *Le Monde diplomatique*.

**Pierre Daum**

Periodista.

**Cédric Gouverneur**

Periodista.

**Ignacio Ramonet**

Director de *Le Monde diplomatique*, edición española.

**Federico Kukso**

Periodista científico.

**Immanuel Wallerstein**

Profesor y sociólogo estadounidense. Algunas de sus obras publicadas: *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 2012; *Universalismo europeo. El discurso del poder*, Siglo XXI, México, 2007, y *Análisis del sistema-mundo*, Siglo XXI, México, 2005.

**Christian Salmon**

Escritor e investigador del Centro de Investigación en Artes y Lenguas del CNRS de París. Es fundador del Parlamento Internacional de Escritores y autor de varias obras, entre ellas: *Tombeau de la fiction*, Denoel, París, 1999 y *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*, Península, Barcelona, 2008.

**Étienne Balibar**

Filósofo francés. Autor, entre otros libros, de *Spinoza y la política*, Prometeo, Buenos Aires, 2011, y *Violencia, identidades y civilidad*,

Gedisa, Madrid, 2005.